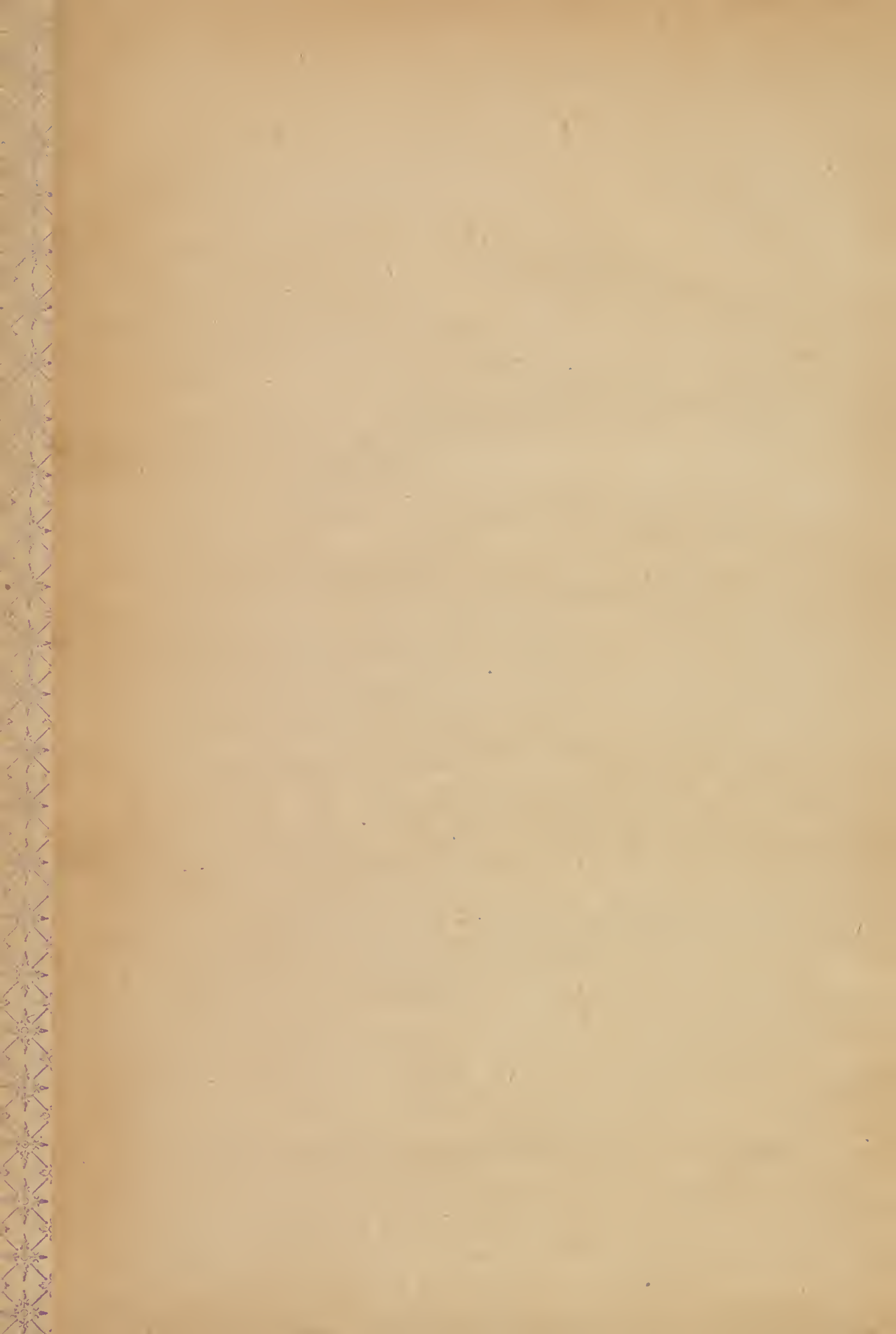








DOS CARTAS AUTÓGRAFAS

É INÉDITAS

DE BLANCO WHITE

Y

UNA TRADUCCIÓN DE LISTA

TIRADA DE CIEN EJEMPLARES

Ejemplar núm. 83

A mi querido amigo el Señor

Dn Luis Montoto y Rautenstrauch

Manuel Gómez Imaz

DOS CARTAS AUTÓGRAFAS

É INÉDITAS

DE BLANCO WITHE

Y

EL ENFERMO DE APREHENSIÓN

COMEDIA DE MOLIÈRE

TRADUCIDA Y DEDICADA AL MARISCAL SOULT

POR

D. ALBERTO LISTA

(Inédita y autógrafa.)

POR D. MANUEL GÓMEZ ÍMAZ

de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla y Correspondiente
de la de la Historia.

SEVILLA
En la Oficina de E. RASCO, Bustos Tavera 1
AÑO DE MDCCCXCI





Ilmo. Sr. D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO.

Mi estimado señor y amigo:



SCRIBIR *de asuntos históricos ó literarios el que no tiene títulos para ello, si no es buen deseo ó afición, que es bien corta cosa, y enderezarlos precedidos de carta al que es flor y espuma de nuestros más eximios escritores, podría parecer á la gente maliciosa, que es mucha, algo como inmodestia en mí ó pujos de quererme hombrear á la manera de aquella descomedida turba, tan bien descrita por Moratín, què interrumpió el dulce y apacible sueño de Apolo cuando dormía á pierna suelta sobre catre liviano y bajo verde y sutil mosquitero; pero aquellos buenos vates, por referirse á la República de las Letras, eran de opinión que sus miembros debían de ser iguales, por estar lo de república reñido con toda jerarquía; mas yo, que ni me tengo por ciudadano de ella ni creo en igualdades, debo declararlo así para descargo de mi conciencia escrupulosa.*

Y á propósito de igualdad, he de referir á V. un sucedido que entiendo no encaja del todo mal en esta ocasión. Había en Sevilla, allá por los años en que los liberales can-

taban el Trágala *á los serviles, y éstos, cuando les llegaba la vez, rapaban las barbas á los primeros sin preparativos de bacía, jabón ni otro dulcificante, en bien de la brevedad, un Marqués muy conocido en la buena sociedad sevillana, hombre liberal, si los había, y si en su mollera no brillaban demasiado las luces del entendimiento, suplíalas con las que buenamente le prestaran Rousseau en el* Pacto Social *y Volney en las* Ruinas de Palmira; *y con esto, mucho himno de Riego, bullir en las elecciones, acaudillar la Milicia y dar vivas á la libertad, llegó á ser uno de los jefes del partido, y éste casi llegó á creer que era hombre de entendimiento.*

Era su manía, y hubo al fin de costarle el mayor disgusto, darla de orador, achaque antiguo de políticos españoles, y aun de no políticos, siempre que estén bien enrazados y abunden en nobilísima sangre Ibera; es el caso, que llegó una ocasión para el Marqués suprema y de empeño, y para robustecer el prestigio y remachar la fama que de orador popular pretendía, convocó á los buenos liberales al café del Turco, palenque á la sazón de la oratoria bullanguera y laboratorio de pronunciamientos y motines. Llenóse el café que rebosaba de gente; porque eso sí, oir discursos con olvido de toda urgencia ú ocupación útil, es también delicia de todo buen español, dispuesto siempre á gozar más de las dulzuras retóricas y de las bellezas del arte que de las prosáicas faenas que proporcionan el diario sustento; lo cual, después de todo, descubre un fondo nobilísimo, platónico y bonachón, característico de nuestra raza, herencia tal vez de aquellos griegos que poblaron la península, no sé, á la verdad, si cualidad digna de alabanza ó vituperio.

Entre los concurrentes no podía faltar el negro *Domingo, corneta de uno de los batallones de la Milicia Nacional, muy ciudadano, liberal exaltado, aunque no sabía leer ni escribir, mas no le faltaba ingenio y cierto despejo natural; era decidor, locuaz y dado á la zumba, por lo que hubo de hacerse muy popular y muy traído y llevado de los patrio-*

tas del estado llano. Para más gozar del espectáculo, y empujado de ardores liberales, subióse á una mesa del café, dominando así el concurso su negra catadura, más visible y marcada por la casaca azul, alto corbatín, morrión desmesurado y correaje y pantalones blancos, que parecía entre lacayo de indiano y mono de organillo.

Llegó el Marqués todo alborozado de ver el numeroso concurso, y subido en otra mesa, para mejor dejarse oir, dió rienda suelta á la oratoria comprimida sobre el tema favorito en aquella época, la igualdad. Como una hora llevaría de hablar, sin saber lo que decía, tal vez ofuscado en la profundidad de sus pensamientos, lo que al fin era motivo de grande entusiasmo en el auditorio, porque á ello estimulaba lo velado de las ideas y cierta interesante confusión en los conceptos, cuando por sus pecados se le ocurrió, como rasgo supremo de oratoria, dirigirse al negro *en estos ó parecidos términos:*—Ved al ciudadano Domingo y decidme, señores, ¿qué diferencia hay entre él y yo?—*Los oyentes se volvieron y clavaron sus ojos en la figura del* negro, *que hubo de inquietarse y correrse de tan brusca acometida, temeroso de la zumba y vaya de la concurrencia.*—¿Qué importa, *continuó el marqués,* que los ardores del africano sol ennegrecieran su piel, y que el clima de aquellas ignotas regiones deprimiera su nariz y anillara sus cabellos? Él, como yo, es hombre; nació como yo nací; morirá como yo he de morir; ama como yo la libertad. ¿Hay, decidme, alguna diferencia entre él y yo?...

—¡Sí, Marqués, *gritó el* negro *todo amostazado,* que tú eres tonto y yo nó!

Una algazara terrible acogió esta inesperada salida, y entre gritos, pullas y agudezas terminó la reunión como el Rosario de la Aurora, *mientras que el Marqués, todo mohino, corrido y melancólico escapaba por la más cercana puerta, al parecer convencido de que la igualdad no existe en este pícaro mundo.*

De mí sé decir, desde que oí contar este curioso lance, que ni creo en la igualdad como el Marqués, y temo con ansias de muerte toparme con el zafio y socarrón negro. Así, mi Sr. D. Marcelino, ruego á V. vea en este opusculillo un obsequio y agasajo de mi buena voluntad tan sólo, y que al darle cuenta de unos documentos que casualmente vinieron á mis manos y juzgo curiosos é interesantes, vengo á ser, á la postre, lo que el droguero que envía al artista unas cuantas vejiguillas ó ampollas de pinturas para que, derramadas en la paleta, dé con pincel velazqueño algún toque á las figuras creadas por su genio.

Si las Cartas de Blanco *y la* traducción de Lista *le son de alguna utilidad para la nueva edición que según mis noticias prepara de la magnífica y trascendental* Historia de los Heterodoxos Españoles *ó para la de* Traductores Españoles, *que todos esperamos con impaciencia, porque será, á no dudarlo, prodigio y maravilla de erudición y saber, crea V. que se verán colmados los deseos de su apasionado amigo*

Q. L. B. L. M.,
MANUEL GÓMEZ ÍMAZ.



RESUMEN

—Dedicatoria.—Dos cartas autógrafas é inéditas de Blanco White.—D. Alberto Lista patriota.—Redacta *El Espectador Sevillano* en 1809.—Su Elogio de Floridablanca.—Se afrancesa en 1810.—Redacta la *Gaceta de Sevilla* del Gobierno intruso.—Poesía del *dulcísimo Batilo*.—*El enfermo de aprehensión*, comedia de Molière, traducida por Lista y dedicada á Soult.—Ábrese el Teatro Cómico en Sevilla.—Etiquetas de los invasores.—Cartelillo de comediantas y bailarinas.—Primera representación en Sevilla á la que asiste el Rey intruso.—Soneto en su elogio, de D. Felix José Reinoso.—Declárase José Bonaparte protector del Teatro Cómico de Sevilla.—Concede una pensión á la empresaria Ana Sciomeri.—Reclamaciones y memoriales contra el General D. Eusebio Herrera, Alcaide de los Reales Alcázares.—Mr. Simón Mayer de triste recordación.—Sus desmanes y tropelías.—Se hace empresario del Teatro.—Nuevas reclamaciones contra el Alcaide del Alcázar.—Represéntase dos noches en el Teatro de Sevilla la comedia de Lista.—Cartel anunciando la representación.—Carta autógrafa é inédita de Lista á Reinoso muy interesante.—Abjura Lista de sus errores políticos.—Otra carta suya inédita muy donosa.—Sus últimas cartas y último periódico en el que colaboró.

—*El enfermo de aprehensión*, comedia en tres actos de Molière, traducida por Lista.

BLANCO WHITE



CASUAL y felizmente llegaron á mis manos unos legajos de papeles manuscritos, procedentes del docto D. Antonio Martín Villa, casi en su totalidad cartas de Sotelo, Sanjurjo y Reinoso, cuyas fechas comienzan en 1808 y en algunas de más remoto tiempo; papeles que la casualidad depositó en poder de aquel honrado varón, ó la amistad más bien, porque grande y estrechísima la tuvo con ellos, y aún mayor con Reinoso, del que escribió extensa biografía (1), notable como de su correcta pluma, muy llena de datos y sentida, mas no á la verdad imparcial ó justa en todas sus apreciaciones, ni era posible que su ánimo alcanzara aquella reposada serenidad é independencia necesarias, dado el tiernísimo y entusiasta afecto que siempre profesó al cantor de *La inocencia perdida,* y aun dado también su bondadosísimo carácter, que más lo inducía á la disculpa y al encomio que á la murmuración ó la censura por justificadas que fuesen, bondad

(1) *Obras de D. Félix José Reinoso.*—Sociedad de Bibliófilos Andaluces. Sevilla, 1872, 2 vol. en 8.º

loable en el amigo, si bien harto perjudicial á las exigencias de la historia.

Entre estas interesantes cartas, que coordinadas verán algún día la luz pública en forma de epistolario, útil para determinar el carácter, creencias y modo de ser de sus autores, tuve la agradable sorpresa de hallarme dos curiosísimas de Blanco White y una comedia de Molière, *El enfermo de aprehensión,* traducida en prosa, con prólogo y dedicatoria en verso al mariscal Soult, por D. Alberto Lista, por él mismo toda ella escrita y firmada.

Consideré tan importante el hallazgo, que desde luego hice ánimo de darlo á conocer y dedicarlo al que con crítica ilustradísima, varonil desenfado y sapientísima doctrina juzgó á Lisio y Albino tan magistralmente, que ni es posible superarlo, ni dejar de admirar retratos tan primorosamente trazados.

Inquiétame, sin embargo, un escrúpulo; el temor de dar á conocer las faltas ó debilidades de aquellos hombres que fueron bajo algún aspecto eminentes y notables; mas consuélame que lo que publico ni deprimirá más su opinión ni hará otra cosa que confirmar lo que de ellos se sabe, si bien ya quedará robustecido y sellado para siempre. La historia, por otra parte, no permite ocultaciones, y el fin moral que encierra, grandísimo y trascendental, reclama para cada uno lo que en justicia le pertenece. ¿Cómo depurar la historia y aquilatar los hechos y las personas sin poner á mano de la crítica cuantos datos se hallen á los unos ó á las otras referentes?

Bien es verdad, y confieso mi pecado, si lo es, que profeso singular aversión, por lo mismo que siento en mí ardiente amor hacia España, llevándome tal vez ese afecto á recrearme con rara complacencia en su gloriosa historia y con mayor ahinco y empeño en la heróica guerra de la Independencia, á todos aquellos que, con olvido del más noble de los sentimientos, abrazaron la causa del invasor

en 1808 y á él ayudaron, con mano parricida, para ver de destruir la patria á costa de tantas hazañas y bizarrías erigida por nuestros mayores, y con ella los fundamentos de nuestras creencias, instituciones, leyes y hogar. Aun así no es ensañamiento mío la publicación de estos documentos; aun sin ellos bien sabida es la conducta de los que el pueblo, con justo y despreciativo desdén, llamó *afrancesados,* que no fué á la verdad platónica ni continente, que de serlo en algo hubiera, si no disculpado, que eso nunca era posible, sí mejorado el concepto ú opinión; antes al contrario, abusaron del pecado de la gula entrándose á gustar, á la sombra del Gobierno intruso, los pingües despojos de las comunidades ó de los buenos patriotas, las prefecturas, los odiosos cargos de policía, las canongías y prebendas y hasta la redacción de gacetas y periódicos, desde cuyas columnas, con cantos de sirenas, llamaban á los leales á la traición y alevosía, ó despechados los calificaban de bandidos y gavillas de malhechores, ignorantes y fanáticos, ¡á ellos, que morían por la patria!

No fué el docto sevillano D. José María Blanco polilla de las arcas del Rey intruso, mas sí del erario inglés, á cuyo servicio, después de una doble apostasía de la fe católica y de la patria, puso su castiza pluma (1) é inmenso talento á merced de la nación británica contra España invadida y amenazadas sus colonias. No me incumbe á mí referir los hechos deplorables de Blanco, ni menos ensañarme contra sus errores; harto atormentarían la conciencia de aquel desventurado durante su intranquila vida: ni es mi ánimo tampoco hacer la biografía del Magistral de la Capilla Real de San Fernando en 1801, porque de mano maestra la tene-

---

(1) —*El Español*, por D. J. M. Blanco White.—Londres, en la imprenta de R. Juigné, 17 Margaret—Street Cavendish—Square (1810-1813). 7 vol. en 4.º

La Regencia, por Decreto de 1810, prohibió la entrada de este periódico en España y declaró á Blanco reo de lesa nación.

mos escrita (1), y en ella juzgados todos los hechos de aquella escandalosa vida, al mismo tiempo que reconocidos sus talentos, que fueron muchos y superiorísimos, tantos como sus errores y extravíos. Sólo me propongo dar á conocer dos cartas suyas autógrafas é inéditas para ilustrar ó confirmar algunos hechos de aquel hombre singular, dirigidas á su amigo D. Félix José Reinoso desde Londres, que aparte el interés histórico que en sí llevan, son además gallarda muestra del estilo epistolar de Blanco, de tanto mayor aprecio cuanto que, según creo, sólo se conoce una carta suya en castellano que en la Universidad de Sevilla se conserva, escrita desde Londres á 16 de Setiembre de 1826, dirigida al Rector del Colegio de Maese Rodrigo, cargo que él desempeñó por los años de 1800, enviando libros griegos para la biblioteca y recomendando el estudio de dicha lengua, «única prueba de afecto, dice el Sr. Menéndez Pelayo, que Blanco dió á su patria durante su larga ausencia» (2).

La primera carta está fechada en *Londres á 26 de Enero de 1816,* escrita en la morada del Lord Holland. Ya en esta época había terminado la publicación de *El Español* y recibido, en premio de los ataques á España y las Américas españolas, una pensión vitalicia de 200 libras, que le concedió el ministro Canning, y ocupaba á la sazón la pluma en servir á la iglesia anglicana, al mismo tiempo que dirigía como ayo y maestro la educación de Enrique Fox, hijo del Lord Holland. Habíale escrito Reinoso una extensa carta en Diciembre de 1815, á poco de ser nombrado por la Sociedad Patriótica de Sevilla profesor de Humanidades, pidiéndole consejo, porque siempre el de Blanco lo tuvo por superior é indiscutible, para el cumplimiento de

(1) —*Historia de los Heterodoxos Españoles*, por D. Marcelino Menéndez Pelayo.—T. III, pág. 547 y siguientes.

(2) —*Historia de los Heterodoxos Españoles.*—T. III, página 583 (nota).

la nueva cátedra, rogándole le remitiese los apuntes y papeles que conservara de cuando él mismo la desempeñó antes de la invasión francesa, por aquellos tiempos en que escribía en *El Correo de Sevilla* y en él publicaba la notable oda *Los placeres del entusiasmo.* Á estas expansiones literarias iban mezcladas en la carta de Reinoso amargas nuevas para Blanco por la pérdida de seres queridos y allegados, y no menos amargas reconvenciones, á las que lo autorizaba la grande amistad que los unía, por el abandono en que se hallaba su madre anciana y desvalida, y apremiantes consejos para que renunciara á los rendimientos de la capellanía de las Dueñas, en evitación de justas y acerbas censuras. Á todos estos extremos contestó Blanco en la siguiente notabilísima carta:

Holland House, Enero 26, 1816.

Mi amado Reinoso: La fatal noticia habia llegado á mi ántes del recibo de tu carta, despues de haber herido al pobre Fernando en primer lugar por una equivocacion del correo. La carta de Lúcas, que aún no he visto, fué dirigida á mi hermano, que á la sazon se hallaba en París, y él me comunicó desde allí su contenido. Este excelente hijo, hermano y todo cuanto hay bueno en el mundo, dejó sus intereses y negocios, y poniéndose en camino para aquí con intencion de partir para España á consolar á nuestra madre, se halla disponiendo sus cosas para marchar al punto que pueda hacerlo sin peligro de mal tiempo. Ni él ni yo pudiéramos dudar un momento en dar á nuestra pobre madre el consuelo que esté en nuestra mano. Pero en los deberes y áun inclinaciones de los hombres es preciso que entren consideraciones de muchas clases, que parece que se han olvidado hasta cierto punto con respecto á él. ¿Qué ha hecho para merecer desaprobacion ó resentimiento de ninguna clase? Un hombre que se halla á los veinte y cinco años prisionero, y que cuando muy cerca de los treinta se ve libre, no sabe qué ha de ser en este mundo, ¿es extraño que se quede en un país en donde la habilidad y la industria acompañada con honradez rara vez deja de hallar recompensa? En el dia tiene en su mano una situacion que le valdria cincuenta mil reales al año, además de los negocios que pudiera hacer por su cuenta. No obstante esto, sin dudar un momento, se deter-

mina á abandonarlo todo por contribuir al consuelo de la pobre anciana, sin saber (porque tal es nuestro estado, y lo ha sido siempre) si tiene ó nó de qué vivir en Sevilla. Sea de esto lo que fuere, allá va, porque tiene generosidad para todo; y al fin, si puede servir de alivio á nuestra pobre madre, ni á él ni á mí nos parece inútil cualquier sacrificio que esté dentro de los límites de la posibilidad.

En cuanto al consejo que me das acerca de la capellanía, nada puede ser más conforme á mis deseos; y si no me he desistido ántes, ha sido por miramientos á las aprehensiones que pudiera esto causar en mis padres. Yo he tenido que seguir una senda dificultosísima, en que hay que evitar males por todos lados; pero, gracias á Dios, no me he precipitado por ella tan á ciegas que no haya calculado todas las probabilidades respecto á los miramientos que debo á las personas más unidas á mí por deber y naturaleza. No puedo entrar en explicaciones más menudas; pero si me conoces (como lo creo), no dudarás darme asenso cuando te juro que me he guiado por lo que ingenuamente he creido mi deber, y que mi vida en Inglaterra puede, gracias á Dios, sufrir el más menudo exámen sin tener de qué abochornarme. Por lo demas, nuestras ideas de las cosas son naturalmente, y en virtud de nuestras posiciones, tan distintas, que sólo podemos convenir mutuamente en lo que por mi parte durará hasta la muerte.... un ardiente aprecio de tu cabeza y corázon.

Fernando, pues, llevará mis amplios poderes: se desistirá de la capellanía de las Dueñas; y siento que no se pueda hacer ántes de su llegada. Me avergonzaria de que pudiese suponerse que en mis circunstancias quiero aprovecharme de un maravedí de ese dinero. Si existen mis cartas á mi buen padre, se verá por ellas que le supliqué que cualquier dinero que yo hubiese ganado en la capilla Real antes de mi partida lo diese de limosna en la Algaba, y que si los que pagan el dinero de las Dueñas son pobres, que no lo tomase; y si lo tomaba, lo diese de limosna tambien. Ésta ha sido siempre mi intencion; y por tanto te pido que si los 3.540 reales que dices están en tu poder, los pongas en el de mi madre, para que por sus manos pasen á los pobres de la Algaba en el modo que mejor le parezca. Igualmente quiero que se haga lo mismo con cualquier otra cantidad que se cobre en la capilla; en la inteligencia de que no concibo que se me debe nada desde el dia que dejé á Sevilla.

Me alegro del honor que te ha hecho la Sociedad Patriótica, con tanto placer como si fuera hecho á mí mismo. Yo no conservo papeles ningunos de aquel tiempo, ni creo que merezcan seguirse. La Metafísica francesa de que estaban llenos puede contribuir muy

poco á la formacion del gusto. En mi opinion, el modo de aprender Humanidades es leer mucho y estudiar los autores clásicos griegos y latinos. El plan que siguió Blair en sus lecciones, aplicado por tí á los autores latinos y españoles, sería muy bueno. Pero es menester que convenzas á las gentes de que la práctica de asistir todos los dias á una clase de Humanidades es inútil é impracticable. Semejante cosa sólo puede acomodarse á una clase de Gramática. Los estudiantes deben hacer el estudio por sí: tú no puedes hacer otra cosa que dirigirlos en grande. ¡Ojalá pudieras influir en la enseñanza del Griego, tan ignorado en España! Si tienes tiempo deberias aplicarte por tí solo á él; tres años de estudio te pondrian en estado de enseñarlo. Perseverancia y teson son el mejor maestro del mundo. Alma viviente me ha dado á mí el menor auxilio en este estudio. Si quieres libros, te los puedo mandar muy buenos.

Entre cuantos escriben de mi casa, no puedo sacar en claro cuál es el estado de la infeliz M.ª Fernanda. Muy melancólico debe ser. ¡Qué destrozo! Aunque no tengo un instante mio, tendré el mayor gusto en recibir cartas tuyas y en que tú las tengas mias. Créeme, amado Reinoso, que nada en el mundo puede disminuir el aprecio que te profesa tu antiguo y verd.º am.º—*José María.*

Á la v.ta encontrarás la direccion con que puedes escribirme sin valerte de nadie.—Rev.d J. Blanco White.—Holland House.—Kensington.—London.

El sobrescrito de la carta dice:—Spain.—via France.—Á los s.es Cahill White y Beck.—p.ª D. Félix José Reinoso.—Sevilla.

No entro en los comentarios á que esta carta incita, que serían muchos, ni á sacar sustancia de los conceptos de Blanco, que revestidos cuidadosamente por él con un puritanismo oportuno, se traslucen de tal manera que dejan ver, en lo más escondido de su alma, la intranquilidad angustiosa y amarga que en todo hombre culto, por descreído que sea, causa el rompimiento de las leyes morales y del honor. ¡Y aún se atrevía á decir que su vida en Inglaterra podía sufrir el más menudo examen sin tener de qué abochornarse!

En cuanto á los consejos atinados y discretos y oportunas recomendaciones que para el desempeño de la cátedra de Humanidades daba á Reinoso, fueron tan bien acogi-

dos por éste, que desde luego siguió como base de sus explicaciones las *Lecciones de Hugo Blair,* traducidas al castellano por D. José Luís Munarriz, y en los mismos principios abunda el discurso que para la apertura de la cátedra pronunció ante la Sociedad Patriótica sobre la *Influencia de las Bellas Letras en la mejora del Entendimiento,* trabajo tan aplaudido por aquella Sociedad, que mereció el honor de que lo imprimiera á sus expensas (1), por más que personas doctas lo tachasen de estar basado en la filosofía sensualista.



La segunda carta, dirigida como la anterior á Reinoso, fechada en Londres á 1.º de Enero de 1825, es aún más interesante, no tan esmerada y pulcra de estilo, ni tan pensada ni cuidadosamente escrita, ni con los artificios y protestas de puritanismo que en aquélla empleó para dejarse ver ante el amigo de la infancia limpio, ó por lo menos medianamente aseado, de manchas harto bochornosas; por el contrario, adviértese en esta segunda que se olvida de todo cuidado ó artificio, y deja á la pluma que diga lo que de momento sentía, y esto adviértese en los conceptos y hasta en la letra corrida y descuidada, como de mano que escribe á la ligera, sin que la meditación la refrene ó el temor le ponga trabas; y es que en nueve años habíase Blanco curtido en larga campaña contra las voces y advertimientos de la conciencia, y sordo á ellas, navegaba á toda vela por el mar de los errores sin miramientos ni cuidados.

Después de algunas amargas lamentaciones, con que da comienzo á la carta, calificando de *naufragio universal de los españoles* la gloriosa lucha en que revivieron, considé-

(1) En casa de Aragón y Compañía.—Sevilla, 1816.

rase feliz por vivir libre en una segunda patria, y exhorta á Reinoso, que por lo visto tuvo conatos de fuga, á que sufriera los males de la suya antes que abandonarla; á seguida de estos escarceos y melindres, cuando sobre los dos pesaba el delito de infidelidad á la patria, y no obstante esto llovían sobre Reinoso comisiones, destinos y prebendas, excúsase Blanco de no haber traducido y publicado la defensa que aquél escribió contra las impugnaciones de Benthan á su obra sobre el *Proyecto de Código Penal* (1), y le da cuenta de los trabajos literarios que por aquellos días redactaba, una biografía ó *historia de sí propio,* como dice, y el periódico trimestral *Variedades ó el Mensajero de Londres,* dedicado á los americanos para explotarlos segunda vez á costa y en daño siempre de España, y con mayor descrédito de su concepto, porque en este periódico es «donde se declaró *clérigo inmoral* y enemigo fervoroso del Cristianismo, allí donde afirmó que *España es incorregible,* y que se avergonzaba de escribir en castellano, porque nuestra lengua había llevado consigo la *superstición y esclavitud religiosa donde quiera había ido.* Allí, por último, llamó *agradable noticia* á la de la batalla de Ayacucho» (2).

Pero lo más importante de la carta está en el final de ella, donde sin preverlo dejó fijada por él mismo á la posteridad la causa única de los errores y extravíos de toda su vida; revelación que tuvo el mal gusto y poca cautela, porque agrava la culpa, de hacerla á seguida de confesar los groseros apetitos que lo dominaban con procaz cinismo; y si antes sabíanse sus devaneos por referencia, ó revelación de Gallardo, grande aficionado á dar á conocer libros raros y flaquezas ajenas, éstas no por puro amor á las le-

---

(1) Reparos sobre los capítulos primeros y sobre el estilo del proyecto de Código Penal, por D. T. I. R.—Sevilla, Imprenta Mayor de la Ciudad, 1821.—En 4.º

(2) Vid. *Historia de los Heterodoxos Españoles,* t. III, pág. 560.

tras, ya con la carta quedó por el mismo Blanco sellada su culpa y embarrada en cieno con chistes de mala ley contra la Iglesia Católica y su Cabeza visible; él mismo, después de confiar á Reinoso que una enfermedad cruel y los cincuenta años alcanzaban de su natural vicioso lo que el Papa no pudo conseguir, le refiere que en 1825 tenía un hijo de diez y seis años, nacido en España en 1809, cuando á la sazón era capellán de la Real capilla de San Fernando y de la Junta Central, cuya primera misa celebró á su instalación.

«La invasión de las Andalucías por los franceses en 1810, dice el Sr. Menéndez Pelayo en su ya citada obra, obligó á Blanco á salir precipitadamente de Sevilla, en la noche del 19 de Enero, en compañía del Embajador de Portugal. Á los pocos meses, con universal sorpresa de sus amigos, se embarcaba en Cádiz para Talmouth. ¿Qué motivos pudieron forzarle á tan extrema resolución? Blanco tenía varios hijos, y amando entrañablemente aquellos frutos de sus pecados, quería á toda costa darles nombre y consideración social. De aquí su resolución de emigrar y hacerse protestante; para él, incrédulo en aquella fecha, lo mismo pesaba una religión que otra, ni había más ley que la inmediata conveniencia.»

Estos acertadísimos juicios se encarga el mismo Blanco de confirmarlos con su carta.

7. Paradise Row. Chelsea.
En.º 1. 1825.

Mi amado Reinoso: La primer fecha de este año que escribe mi pluma se dirige á tí, de quien por tanto tiempo me ha separado la suerte que nos unió íntimamente durante nuestra juventud. Tanto al ver tu carta como al empezar ésta, que me recuerda las amargas pérdidas que hemos sufrido desde nuestra separacion, tengo que hacer un esfuerzo violento para no permitir que un dolor muy natural, aunque inútil, me oprima. Mi suerte ha sido más feliz que la tuya en este naufragio universal de los españoles; porque al fin vivo libre

y me he formado una especie de segunda patria. Tú vives como desterrado en la tuya. Pero creo que haces bien en sufrir los males que en ella te cercan, y no arrojarte á un pais extranjero cuando es demasiado tarde para aclimatarte en él. La situacion de los españoles refugiados aquí es dolorosa en extremo, y aunque la beneficencia inglesa está haciendo cuanto es posible por ellos, no es posible procurar fondos para siquiera dar pan á seiscientas personas, que ni pueden ganar una subsistencia, ni tienen la menor probabilidad de volver á su patria.

D.[n] Clemente de Zulueta me entregó tus observaciones sobre los errores de Benthan acerca de tu libro. Empecé al momento á traducirlas con intencion de insertarlas en un papel inglés; pero al paso que adelantaba en la traduccion, se aumentaba mi recelo de que no podia resultarte bien alguno de publicarlas. En España todos saben lo que contiene tu libro; aquí no es conocido. Benthan es mirado generalmente como un hombre de talentos, pero visionario y encaprichado con sus sistemas; de modo que poquísimos hacen caso de lo que publica. Por otra parte, para defenderte de sus imputaciones es preciso declarar la perversa conducta de los locos partidos que han arruinado á la nacion. Esto, al momento presente, en que se están recogiendo subscripciones para los expatriados, sería dañoso en sus intereses, cosa que ningun hombre benéfico quisiera hacer. Así, pesando todas las circunstancias del caso, he determinado suspender la publicacion, como probablemente dañosa á tí, pues irritaria más y más á tus enemigos, y dañaria á los alucinados infelices que están pereciendo aquí.

Sé que quieres saber de mí. Para darte idea completa de mi historia moral se necesitaria un volúmen. De la física te diré, que despues de haber padecido una enfermedad horrible de estómago y vientre, que casi me quitó el juicio, al cabo de ocho años de sufrimiento empiezo á gozar de cierta tranquilidad y alguna fuerza. Con el retorno de esta pequeña porcion de salud, recobré el poder de escribir hasta cierto punto, y desde entónces he publicado una especie de historia de mí propio, en inglés, y estoy ocupado en escribir un periódico trimestre, en español, para América. El estado de mi salud me ha hecho vivir en celibato, y los cincuenta, que se acercan, me han confirmado en lo que el Papa no hubiera logrado de mí. Tengo un hijo, que me nació en España, á quien he reconocido aquí públicamente. Es un muchacho de 16 años, al presente inglés por educacion, y digno por sus excelentes cualidades del afecto de cuantos le conocen. Lo he puesto de cajero en una casa de comercio.

Nada sé de Lista. Mi hermano Fernando me escribe de tiempo en tiempo. Siempre estoy con temor de que la injusticia que ahí reina le haga sufrir.

Mucho placer me darás en escribirme. Ojalá que pudiera serte útil, pues siempre te conserva el más vivo afecto tu antiguo y fiel amigo,—*J. Blanco White.*

En el sobre se lee: *Á Don Félix José Reinoso.—Cádiz,* sin membrete ó signo de correo, por lo que es de suponer se entregara á mano ó fuera incluída dentro de otra carta.



D. ALBERTO LISTA



CUANDO en 1809 obligaban los sucesos de la guerra á la Junta Central á trasladarse á Sevilla, ocurrió la muerte de su presidente el conde de Floridablanca, cuyo elogio, por mediación del Sr. Jovellanos y acuerdo de la Junta, encomendóse á D. Alberto Lista, que á la sazón era ya conocido como humanista y matemático, por la gallardía de sus versos y por la redacción de *El Espectador Sevillano* (1), periódico político y

(1) De mis *Apuntes bibliográficos* de obras de la guerra de la Independencia, trascribo de la sección de *Periódicos* el artículo referente á la publicación citada:

—*Espectador Sevillano (El).*

Diario político, liberal, literario y de noticias, fundado y publicado en Sevilla y redactado por D. Alberto Lista y Aragon. Comenzó el 2 de Octubre de 1809 y terminó con el n.° 119 el lúnes 29 de Enero de 1810, debiéndose la suspension á la entrada de las tropas invasoras en Sevilla el 1.° de Febrero de 1810.

Se imprimía con superior permiso.—En Sevilla, en la imprenta de Hidalgo. El tamaño en 4.°; constaba cada número de dos hojas, ó sea medio pliego, y salía todos los días; la colección completa la forman 119 números y 474 páginas. La siguiente nota, que se halla al final del primer número, da algunos pormenores de esta publicación:

literario por él fundado y dirigido en los albores de la revolución, y en donde hizo gala de ardiente patriota, defensor del alzamiento y liberal algún tanto exaltado; periódico, ó el primero, ó de los que más prontamente pidió la reunión de Cortes como medida salvadora en el apurado trance por el que pasaba España.

Bien comprendió que su reputación literaria pendía del desempeño acertado de esta misión honrosísima, y con toda eficacia y diligencia dedicóse á escrito que por su índole y ocasión, sería muy leído y comentado por toda clase de personas, muy particularmente de las doctas y

---

—Se suscribe á este periódico por quadrimestres. Las suscripciones de Sevilla se admiten en casa de D. Francisco de Paula Carrera, á la entrada de la Calle de Génova por 45 rs. vn. por quadrimestres. Los interesados lo recogerán diariamente en dicha casa por medio de una contraseña. Los suscriptores de fuera pagarán 68 reales por quadrimestres, y se les enviarán franco de porte. Estas suscripciones se admiten en la Librería de Hidalgo. Al público se venderá en casa del mencionado Carrera á 4 quartos. Todo papel que se nos remita, se designará, franco de porte, á Dn. José Hidalgo, en calle Génova, Sevilla.

La indicada causa de la invasión, no sólo impidió terminara el cuadrimestre, al que sólo faltaban los núms. 30 y 31 de Enero y 1.º de Febrero, sino que reapareciera este diario con nueva forma, como se indica en nota del núm. 23 de Enero, que dice:

«*Continuará pues, nuestro periódico en la forma actual hasta el 1.º de Febrero, dia en que concluye la suscripcion del primer quadrimestre. Pasado este dia, empezará la publicacion baxo otras reglas. Saldrá tres veces á la semana, los lúnes, Miércoles y Viérnes y tendrá un pliego de extension....*» etc.

Este diario fué el primero ó de los primeros que pidió la convocatoria de las Cortes, y al efecto escribió y publicó Lista una serie de artículos cuyos epígrafes son los siguientes:

«Cuestiones importantes sobre las Córtes.

»I. ¿Las Córtes deben representar la nacion dividida en clases?

»II. En caso de la representacion por estamentos, ¿deberán dividirse en Cámaras?

»III. ¿En qué proporcion debe estar el número de representantes con la poblacion?

que más figuraban y aun dirigían los arduos negocios políticos, y justo es decir que llenó cumplidamente el empeño y aun superó toda esperanza, cuando impreso esmeradamente (1) y repartido tuvo el público ocasión de admirar tan bellísimo trabajo, donde se advierte todo el cuidado y amor que el autor puso, porque atraído de tan noble encargo y aguijado por la esperanza de renombre, como torrente desbordado vertió en sus páginas cuanto supo y sentía, todas las galas que en el estudio de los clásicos antiguos espigó en largas y aprovechadas vigilias; ni antes ni después salió de la pluma de Lista escrito que lo supere

»IV. De la forma de las elecciones de Diputados.

»V. ¿Qué instrucciones deben llevar á las Córtes los diputados?

»VI. ¿Deberán quedar diputaciones de provincia despues de la eleccion de los representantes?»

Entre algunos escritos curiosos de este diario recuerdo uno de Lista, en prosa, *Gerona.—Proclama en su rendicion,* unos versos alejandrinos á la muerte de Cienfuegos, firmados por D. C., y una composición poética de Martínez de la Rosa, sólo con sus iniciales firmada, con el título *Epístola.—Degradacion del hombre;* comienza:

«¿Será por siempre encadenado el hombre
Á gemir en el mal? Torno la vista,
Caro Salicio, á la profunda nada,
Y los siglos descubro que volaron....
Volaron ¡ay! sin que la humana estirpe,
Con la amarga leccion de tantos males,
Ni su salud, ni su mejora hallara.
Siempre el mismo el mortal: vicios á vicios,
Sucédense tiranos á tiranos,
Á cien errores, cien: ¿quieres la historia
Del humano linage? Estudia un siglo.
. . . .
. . . .

(1) —Elogio histórico del Serenísimo Señor Don Josef Moñino, Conde de Floridablanca, Presidente de la Suprema Junta Central Gubernativa de los Reynos de España é Indias, por Dn. Alberto Lista y Aragon.—Sevilla, 1809, Imprenta Real.

Folleto en 4.º mayor de 35 págs., esmeradamente impreso en papel de hilo.

Obra de la que pocos ejemplares se encuentran.

ni aun que lo iguale, porque en él campean todos los adornos de la más bella prosa, si algún tanto declamatoria, aun así clásica y hermosa.

Es además una á manera de profesión de fe de las ideas del autor en 1809; desempeñó el Conde de Floridablanca elevados puestos y resolvió arduas y dificilísimas empresas en el campo de la política durante los reinados de Carlos III, Carlos IV y en los albores del de Fernando VII; de aquí que, al referirlas y comentarlas su panegirista, érale forzoso revelar las propias ideas en tan variados y graves asuntos; y de tal y tan franca manera lo hizo, que sólo por este escrito, con preferencia á otro alguno, se sabe cómo pensaba Lista y qué ideas abrigó en el fondo de su alma en el primer año de nuestra gloriosísima guerra y trascendental revolución.

Al narrar los servicios prestados por Floridablanca durante el reinado de Carlos III, muéstrase regalista, partidario de la extinción y expulsión de los jesuítas; califica de bárbaras y envejecidas las universidades, truena contra el escolasticismo y acoge con entusiasmo los primeros resplandores de la filosofía bajo la ilustrada administración de aquel estadista; encomia las sociedades patrióticas y aspira á la libertad civil y política, revelando en sus conceptos el amor á los enciclopedistas, y á las máximas de la revolución francesa, que aunque veladamente, déjalo ver con claridad suma. Cuando llega al reinado de Carlos IV, caída de Floridablanca y privanza de Godoy, juzga á éste con todo el encono del más exaltado patriota de aquellos días, y con expresivas y hermosas frases se lamenta y condena la conducta desacertada del funesto privado; presenta el cuadro tristísimo de aquel período de vergonzosos tratados de paz y alianzas, conjuraciones como la del Escorial, motines de Aranjuez y tantas viles torpezas que dieron por resultado la entrega de la patria y de los reyes al más desleal de los aliados; al llegar á este momento se expresa así:

—«Rompióse al fin el velo que encubria á los ojos vulgares el misterio de iniquidad. José Napoleon, con el pretexto de las renuncias arrancadas en Bayona á los individuos de la familia real, es proclamado rey de España é Indias. Apénas darán crédito nuestros descendientes á semejante alevosía: empero si la atrocidad inaudita del crímen admirará los siglos futuros, la venganza no podrá ser mirada sino como el mayor de los prodigios.

»Yo hablo ahora á la posteridad española: hablo á los nietos de los valerosos que han sostenido la independencia nacional envilecida hasta el extremo, para que conozcan los prodigios de heroismo que obran sus abuelos por defenderla, y aprendan en sus exemplos á trasmitir á sus descendientes libre y gloriosa esta patria tantas veces perdida y tantas restaurada á costa de nuestra propia sangre. Sucesores de los esforzados de Baylén, hijos futuros de Zaragoza, habitantes venideros del Ebro y del Xúcar, sabed que nuestra patria, en el momento de ver invadida con la más vil perfidia su libertad, tenía el exército de su usurpador en el centro mismo de la monarquía, dueño ya de todas las fortalezas fronterizas del norte y próximo á dividirse y marchar precipitadamente á las provincias marítimas. Sabed que veinte años de dilapidacion y rapiña habian destruido hasta el nombre de crédito nacional, hasta la esperanza de que refloreciese la industria, el comercio y la agricultura. Sabed que el maquiavelismo del favorito habia desorganizado en parte nuestros exércitos é impedido los progresos de su disciplina é ilustracion: sabed que por la más vil de las condescendencias habia enviado á perecer sobre los yelos del Báltico la mayor parte de nuestras tropas de línea á merced del gran usurpador. Sabed en fin que el largo y doloroso sultanismo de Carlos IV. habia privado á la nacion de su energía, de sus costumbres, de su preponderancia en Europa, hasta del nombre de Potencia. España no era considerada como una patria, sino como un bien abandonado, que sólo esperaba un ambicioso astuto.»

Creo que se leerán con gusto los períodos que entresacados trascribo referentes al *2 de Mayo, alzamiento popular* y *creación de la Junta Central*, y por ellos, aunque cortados y sin trabazón, podrá juzgarse del conjunto de esta obra elocuentemente escrita y de pulcro y elegante estilo:

—«Anhelo, Españoles, anhelo por llegar á la época memorable del 2 de Mayo, orígen de nuestra gloriosa revolución, pero

padron eterno de la crueldad de un ambicioso. Los anales del género humano no refieren un hecho más atroz. ¡O manes de los Vargas, de los Toledos y de los Córdobas! ¡O siglos de combates y de victorias empleadas en crear y engrandecer la patria! ¿Conque tanta sangre derramada, tantos afanes políticos, tanta gloria adquirida vinieron á parar, en que una tropa de asesinos, conservando todavía el nombre de aliados, en la misma capital de nuestro imperio se atrevieron á degollar con la insensibilidad de los caribes á nuestros amigos, nuestros compañeros, nuestros conciudadanos? ¡O baldon, que jamás podrá ser suficientemente vengado! ¡O ignominia, que no se podrá borrar ni con mares de sangre enemiga! Inocentes víctimas, vuestra muerte será vengada: sí: lo será. La patria lo ha jurado en el entusiasmo de su indignacion. Pero el oprobio de que los españoles lo hayan consentido, de que hayan permitido á un gobierno débil arrastrarnos á semejante abismo, eso no será vengado jamás.»

. . . .

. . . .

—«Empero el grito de la venganza resonó á deshora en toda la península. *Guerra y venganza* clamaron los moradores del Ebro y Llobregat. *Venganza* resonó en la España desde las márgenes del Segura hasta las orillas del mar Cantábrico. *Guerra* repitieron las llanuras de la antigua Castilla, y el terrible sonido de los instrumentos de muerte y de venganza ensordeció las riberas del pacífico Bétis.

»En un momento rompe la explosion, y rompe igualmente por todas partes. Erígense juntas provinciales consagradas á la defensa de la patria y al gobierno de su territorio en nombre de Fernando VII. La nacion se arma en masa: sus generales la guian á los combates y á la gloria contra los vencedores de la Europa; y si en Rioseco y Valladolid la superioridad del número decidió contra la buena causa, los campos de Baylén, las murallas de Zaragoza, los vergeles de Valencia y las fragosas colinas de Cataluña probarán á la posteridad admirada esta gran verdad política, que no hay fuerza comparable á la de la opinion pública, y que solamente será conquistada aquella nacion que quiera serlo.»

. . . .

. . . .

«Llegaron pues los dias felices en que triunfase la libertad. Las ventajas conseguidas por los franceses en Alcolea, Cabrillas y Cabezon, fueron efímeras. Zaragoza, la inmortal Zaragoza les opone un obstáculo insuperable para la conquista de la España septentrional. Valencia jura perecer ántes que rendirse. La terrible Cata-

luña armada en masa aniquila lentamente el exército de Duhesme. Extremadura neutraliza los movimientos de Junot. El exército de Galicia vuela al socorro de los Castellanos y leoneses; el principado de Asturias, solar de la monarquía Española, donde en otro tiempo se forjó el rayo, que devoró á los opresores de nuestra patria, arma sus valerosos ciudadanos, y los envia contra los sarracenos del norte; y la opulenta Andalucía, miéntras el vándalo Dupont se entretiene en el saqueo de Córdoba, organiza en tres dias el exército que ha de vencerle. Ya no era dudable el triunfo del patriotismo contra la perfidia; y los grandes genios de la nacion trataban más bien de organizar el gobierno, que de vencer al enemigo diseminado por las provincias, é incapaz de executar grandes operaciones militares.

»Ésta ha sido la obra más grande de la revolucion española; y la que rodea de gloria á Floridablanca que harto se afanó por ella. No solamente se oponia á conseguirla la disposicion de los exércitos enemigos, interpuestos entre las provincias, sino tambien el mismo genio de nuestra insurreccion. Ésta se verificó parcialmente; y la soberanía, una é indivisible segun nuestras leyes, se halló, por la opresion del centro nacional, dividida en un gran número de juntas, unidas á la verdad para la defensa comun; pero independientes unas de otras en sus derechos y operaciones. ¡Quán inmensa dificultad era la de reunir tantas y tan diferentes opiniones, que todas merecian ser atendidas para la organizacion de un poder único! ¡Quán arduo reducir al silencio los gritos de las pasiones particulares, que podian oponerse al restablecimiento del órden! No era ménos el obstáculo que la escasez casi general de luces políticas oponia á un buen establecimiento. El gobierno anterior habia creido exercer más seguramente su imbécil despotismo, ahogando en su nacimiento las ideas sanas y liberales en materia de administracion; por eso la mayor parte de los españoles, merced á la opresion de la imprenta, ignoraban en la época misma de su regeneracion quál fué su antiguo gobierno, por quáles grados imperceptibles se habia domiciliado entre nosotros la tiranía, y quáles son los medios de encadenarla, y los lazos constitucionales que deben unir á las naciones con los gobiernos y á los gobiernos con las naciones.

»Así cada qual abundó en su sentido. Todos convenian en el restablecimiento de un gobierno único; pero discordaban en quál debia ser la forma de este gobierno. Unos opinaban por el consejo executivo de regencia: otros por una constitucion federativa; otros por la coalicion de todas las juntas parciales en una sola. Quando la victoria de Baylén obligó á los enemigos á retirarse del centro de la monarquía, recogiendo vergonzosamente cortos destacamentos

de las inmensas divisiones que habian enviado á las provincias, se temió que la fermentacion de opiniones contrarias causase desavenencias mil veces más terribles que el poder enemigo.

»Mas ¡oh! que entónces se manifestó el mayor prodigio de la revolucion! ¡Bendicion sempiterna al carácter de los españoles! ¡Alabanza inmortal al desinterés, á la moderacion que los distingue de todos los pueblos del mundo! ¡Gloria en fin á Floridablanca y á las sabias juntas que supieron reunir todos los partidos y someter todas las opiniones al yugo de su ilustrado patriotismo! Hablaron y á su voz reunen en Aranjuez diputados de todas las juntas provinciales, y es erigida la Suprema Central. ¡Qué espectáculo tan tierno y sublime! Los partícipes del mismo peligro y de la misma gloria se estrechan mútuamente en sus brazos, se dan la enhorabuena de haber salvado la patria, y renuevan el juramento de morir por ella. En aquel instante, por siempre memorable en los anales del género humano, pasó la soberanía, sin quejas, sin reclamaciones, sin turbulencias, de las juntas que tan gloriosamente la habian exercido á la Suprema gubernativa, único depósito ya de la autoridad pública y de las esperanzas de la nacion. No hay exemplo en la historia de igual revolucion: no hay pueblo alguno, en que se hubiera realizado con tan grande tranquilidad. La mutacion de gobierno ha sido siempre consagrada con asolamientos, muertes y ruinas. Lo repito: no es el mayor prodigio de nuestra insurreccion habernos atrevido solos y casi desarmados al colosal poder del usurpador: nó el haber vencido sus exércitos, victoriosos de toda Europa, con tropas nuevas y apenas disciplinadas: nó el haber ahuyentado sus orgullosos generales á un rincon de nuestra península: estos son prodigios del valor, del patriotismo, del amor á la libertad: estos nos son comunes con todos los pueblos que han sacudido el yugo de la tiranía. Pero el prodigio que es exclusivamente nuestro, obra de nuestro carácter generoso, firme y moderado, es la organizacion tranquila de un gobierno central contra el esfuerzo de todas las pasiones particulares, y contra el deseo natural de retener la autoridad de que se ha usado gloriosamente. Sólo los corazones españoles saben hacer semejante sacrificio. Grecia se glorió de haber poseido un solo Timoleon y Roma de un solo Colatino: nosotros podemos decir que tenemos tantos Colatinos y Timoleones, quantos son los que han cedido voluntariamente su autoridad por el bien de la patria.»

. . . .

«Murió Floridablanca; pero la memoria de los beneficios que la nacion le debe, no morirá jamás. Murió: pero el impulso comu

nicado por su genio al gobierno y pueblo español, se conservará eternamente. Sus conciudadanos agradecidos derramarán abundantes lágrimas ante su tumba, y jurarán sobre su cadáver morir por la causa de la libertad. Sí, ilustre hombre: áun entre los silenciosos horrores del sepulcro, tus amadas cenizas hablan al corazon de los españoles, y mudamente les inspiran el odio á los tiranos, el amor á la patria y el ardor por la gloria del nombre Ibero. El gobierno, que en la persona de tu heredero ha honrado tu memoria, allí aprenderá á sostener vigorosamente el alto destino de dirigir á la independencia once millones de españoles. Y si las desgracias, que aceleraron tu muerte, continúan afligiendo esta amada patria, que tan dolorosamente hemos creado, y que á tanta costa se va salvando, entónces tu recuerdo solo bastará para animar nuestros corazones á nuevos sacrificios: entónces no habrá español que no exclame en el ardor de su patriotismo: *peleemos como buenos. Floridablanca jamás desconfió de la salvacion de la patria.*»

Á los pocos meses de escritas tan hermosas frases, que rebozan lealtad y patriotismo, tuvo lugar la entrada en Sevilla de las tropas francesas, el 1.º de Febrero de 1810, al mando del mariscal Soult y del mismísimo Rey intruso en persona, y forzoso aunque triste es decirlo, D. Alberto Lista se apresuró á reconocerlo y jurarlo, y de tan buena voluntad, que aceptó una media ración en la Iglesia Metropolitana, y desde luego el cargo más grave y de mayor confianza del Gobierno intruso, la redacción de la *Gaceta de Sevilla,* donde era forzoso dar muestras de adhesión entusiasta á los invasores y mostrarse enemigo acérrimo de los leales, y lo uno y lo otro llenó cumplidamente con asombro de todos. Y no se diga como alguno de sus biógrafos (1), que este cargo *nominal y honorífico* se reducía

(1) —Biografía del Sr. D. Alberto Lista y Aragon, seguida de una coleccion de poesías, inéditas unas, y otras no comprendidas en las ediciones que se han hecho de las de dicho señor.—Madrid.—1848.—*Se hallará en la Librería de D. José Cuesta, calle Mayor.*

En 8.º—200 págs., con retrato de Lista.

Es importante esta obrita por las composiciones que de Lista contiene, no incluídas en anteriores ediciones de sus poesías (Madrid, 1822.—París,

á traducir los partes oficiales de los generales franceses, porque la colección de la *Gaceta de Sevilla* dice lo contrario: véanse entre otros muchos los núms. 41 y 45 *del 10 y 24 de Mayo de 1811,* en los que insertó artículos furibundos, como el que lleva por epígrafe «*Del verdadero sentido de la palabra traidor,* que no lo hubieran firmado ni aun los mismos invasores; y en el núm. 92, *del 25 de Octubre* del mismo año, el *Apéndice al vocabulario de la lengua castellana, ó explicación del diccionario de la revolución para la inteligencia de necios y discretos,* escrito á manera de diccionario como el célebre de Gallardo, que aunque impío abundaba en chistes y donaires, mas el de la *Gaceta* ni revela ingenio en el fondo ni belleza en la forma, y sólo es conjunto de injurias y groserías contra los españoles que defendían la patria. Puede formarse idea de este escrito inconcebible por dos palabras, tal vez las más suaves y comedidamente definidas del artículo:

> *Guerrillero:* nombre dado por decencia á un conjunto de hombres ó empecinados, con oficio de salteadores ó foragidos, sacados de prisiones y presidios, y muchos de ellos libertados de la horca casi de milagro.
>
> *Exército español:* Enxambre de hombres armados: simulacro de fuerzas militares: tropel de mansos corderos llevados al matadero á la voz de gefes guiados en general por el *temor* y la ambicion.
>
> . . . .

Mas si en los bellos períodos del elogio al Presidente

1834.—Madrid, 1837); unas son inéditas, y otras que sólo vieron la luz pública en periódicos; á las primeras corresponde el ensayo épico *La Inocencia perdida,* canto heróico que presentó á la *Academia de Letras Humanas de Sevilla* en 1799 en competencia con su amigo D. Félix José Reinoso, que obtuvo el premio, y Lista el accesit; «cuando oyó el poema de su amigo, dice el anónimo biógrafo, se propuso no publicar el suyo, y desde luego lo rompió, pero la copia presentada á la Academia se encontró entre los papeles de ésta, y de ella nos hemos valido para esta colección.»

de la Junta Central brotan el entusiasmo y el más acendrado patriotismo; si escritos en 1809 reboza en ellos ardiente amor á España, la admiración más profunda por sus hijos heróicos, la fe del vencimiento y el odio hacia la Francia nuestra enemiga tradicional; si el alma blanda y apacible de Lista y su condición templada revuélvese contra el intruso José y el usurpador Napoleón, violador desalmado de todo derecho, ¿cómo húmeda aún la pluma con que escribió el elogio de Floridablanca, que es himno á la independencia, la empleó para redactar la *Gaceta* del Gobierno intruso, escribir poesías á los opresores de la patria, reconocer y jurar la usurpación, y, en una palabra, afrancesarse en cuerpo y alma?

De todos aquellos *espíritus sensibles,* amantes tiernos del *pacto social,* llenos de filantropía y amor al género humano, de respeto convencional al Sér Supremo, partidarios del escepticismo volteriano, encomiadores en castellano de cuanto se escribía en francés; de todos aquellos afrancesados que brotaron, como la peste, de los campos de batalla tintos en sangre española; de todos, el que siempre llamó más mi atención por su apostasía fué Lista, y subió de punto mi extrañeza luego que leí el elogio de Floridablanca. ¿Es posible, me decía, olvidar el amor á la patria una vez sentido?

Su estado, su ilustración vasta y sólida, su natural bondadoso, sus escritos en 1809, donde alardeó de ardiente patriota, todo esto parecía barrera infranqueable que se oponía á fraternizar con los invasores, y sin embargo fué á engrosar el bando de Arjona, Sotelo y Reinoso. ¿Qué causa tan poderosa influyó en este desacertado acuerdo? Tal vez se hallará la clave en aquella *Academia de Humanidades* que en 1791 fundó D. Manuel María de Arjona en Sevilla, continuación ó apéndice de la que años antes creara en la *hacienda del Ciprés,* inmediata á la ciudad de Osuna, con el nombre de *Silé,* una y otra con todo el aparato de *logia*

masónica; allí entre otros se reunían Arjona, Blanco, Reinoso, Matute, Lista, Vacquer, etc., é inspirados por el primero, nutrían su espíritu con la lectura de los enciclopedistas; allí fueron imbuyéndose en los principios de la filosofía y máximas de la Revolución francesa; allí donde verdaderamente se afrancesaron, donde aprendieron á odiar la monarquía y suspirar por los principios democráticos que dominaban en Francia; allí, al fin, perdieron la fe, se volvieron escépticos y renegaron de la patria; la conducta de todos ellos, ó los más, bien claramente lo demuestra. Un detalle curioso de la *Academia;* en días determinados en los estatutos daban fin á la sesión con un *himno misterioso* que trascendía á *mandil* (1) cantado en coro después de

---

(1) —Corona poética dedicada por la Academia de Buenas Letras de esta Ciudad al Sr. Dn. Alberto Lista y Aragon, precedida de su biografía.—Sevilla.—1849.—Imprenta y Librería de D. J. M. Geofrin; calle de Olavide números 4 y 5.

En fol. Portada, magnífico retrato de Lista, índice y 92 págs. de texto. Impresión lujosa.

La biografía está escrita por D. José Fernández-Espino.

Es curiosísima la *nota 6* á la Elegía del Sr. D. Juan María Capitán; dice así:

> «Por los años de 1789 el maestro en Artes D. Manuel María de Arjona y Cubas tenía en la biblioteca de San Acasio de Sevilla una Academia de Poesía, procurando con don Justino Matute y otros despertar á la Academia de Buenas Letras del sueño en que por entónces yacia. Doctorado en leyes en su patria Osuna, para vencer la repugnancia de aquel claustro á los estudios amenos, ideó una Academia secreta, que llamó *Silé,* inaugurada en la hacienda del Ciprés, á una legua del expresado pueblo, propia del Gobernador Aillon, cuyo sobrino, prebendado de aquella Iglesia, era uno de los alumnos. Grabóse el nombre de *Silé* en un grueso árbol inmediato á dicha hacienda (que aún lo conservaba pocos años hace), cantándose á la despedida este gracioso himno:
>
> «Prospera árbol dichoso,
> del cielo tan amado,
> que del Silé en tí ha puesto
> el nombre sacrosanto.

tomar *una empanada y una taza de ponche*, especie de máxima utilitaria en acción, que parecía advertir á los *académicos* que es bueno atender al estómago aun en los actos más serios y solemnes de la vida, y justo es decir que no olvidaron la *empanada* la mayor y mejor parte de los *Silesianos*.

Forzoso es creer que bajo los inocentes nombres *pastoriles* que escogieron eran en el fondo escépticos impenitentes y amantes de la escuela utilitaria; tan sólo así se explica que *Lisio* escribiera un día el elogio de Floridablanca ó la oda á la batalla de Bailén y al siguiente al Rey intruso y al mariscal Soult; que *Albino* cantara en versos hermosísimos la instalación de la Junta Central y luego pusiera la pluma misma con que escribió á merced de Inglaterra contra España, y que Fileno pulsara el laud indistintamente por la patria y por los invasores, á manera del *dulcísimo* Batilo, que alentó con sus magníficas *Alarmas*, que vivirán

---

»Aquel dichoso nombre,
que durará entre tanto
que el Sol nazca al Oriente
y espire en el ocaso.
»Del Sena, el Pó y el Bétis,
del Támesis nublado
vendrán en gruesas tropas
los moradores sabios.
»Dejará sus arenas
el árabe tostado
por quemar en tus hojas
sus aromas preciados;» etc.

»Siendo ya el Señor Arjona colegial mayor en Maese Rodrigo de Sevilla en 1791, estableció en su mismo aposento una Academia de Humanidades, que despues pasó á las casas de Don Francisco Tolezano y de D. José María Blanco, siendo sus primeros discípulos D. Eduardo Vacquer, D. Alberto Lista, D. José de Mora, el mismo Blanco, D. Félix José Reinoso, y otros varios; cuya reunion fué objeto de invectivas en los primeros años, de lástima y desprecio de muchos llamados sabios, y que incorporados despues en la Real Academia Sevillana, han prestado á su patria los beneficios, que de ellos esperaba su Maestro y Mentor, como colonia del *Silé*. Cuando todavía formaban Academia privada, al fin de la reunion

lo que la buena poesía castellana, el alzamiento nacional, y luego movió el dócil plectro en loor de José Bonaparte. Y á propósito de Meléndez Valdés recuerdo, y referiré, una anécdota que leí en la *Gaceta de Sevilla* y prueba cuán fácilmente se *impresionaban* aquellos excelentes vates, sin que á punto fijo sepamos si sentían lo que decían ó decían lo que querían con artificio maravilloso, ó encubrían en la inconstancia y veleidades pasiones poco nobles y generosas. Era el 20 de Abril de 1810 Jueves Santo, y el Rey intruso, que á la sazón se hallaba en Sevilla, deseoso de ganarse la voluntad del pueblo sevillano aparentando devoción que no sentía, concurrió de gran gala, rodeado de generales, altos funcionarios y palaciegos, entre ellos el consejero de Estado D. Juan Meléndez Valdés, á los divinos oficios que la Catedral Hispalense celebra en tan solemnes días; terminados, visitó siete iglesias, de las pocas que

---

en los dias de San Juan Crisóstomo, su patrono, y en algunos otros, se daba á cada individuo una empanada y una taza de ponche, cantándose este himno de despedida:

«De oscura y densa niebla
cubre á España infame velo,
y á su sombra la ignorancia
estiende su hórrido cetro:
»Mas las luces triunfadoras
brillan ya del claro Febo,
y la turba desdichada
se precipita al Averno.
»Barbarie augusta,
tu trono excelso
en vil escoria
vá á ser desecho.

»Tímido el coro sagrado
pasó el alto Pirineo,
y sólo la cruda egide
dió Minerva á nuestro imperio.
»Mas volved, amables, Musas;
que ya el Silesiano esfuerzo
las cadenas quebrantando,
triunfo os prepara soberbio.
»Barbarie augusta, etc.»

dejó en pié abiertas al culto y no saqueadas, cuando á su paso por calle de Génova acercósele un muchachuelo como de unos nueve años de edad, huérfano de cierto Corregidor afrancesado de Talavera de la Reina, y con desparpajo ensayado le dijo:—*Señor, sé leer y escribir y ruego á V. M. me costee una carrera para no ser mendigo.*—Te se dará plaza en un colegio de esta ciudad, le contestó el intruso en su jerga medio italiana y española.—*Pero, Señor, replicó el niño, ¿quién mantendrá á mi pobre hermano?*—Yo cuidaré de los dos, le contestó José en voz alta, para que llegara su magnificencia callejera á oídos de los transeuntes.—Pues bien; este episodio, que no se le ocultaba á Meléndez Valdés que era teatral y preparado, lo *conmovió* tanto, que fué motivo de una hermosísima poesía improvisada, que Lista se apresuró á insertarla al siguiente día en el núm. 26 de la *Gaceta;* es conocida de pocos, y á mi ver digna de que se copie por lo delicada, bella y elegantísimamente escrita:

«AL REY NUESTRO SEÑOR.

»No en el cansado anhelo
Del mandar imperioso,
Ni en el vil oro, ni el laurel glorioso
La dicha se halla en el amargo suelo.

»Solo es pura, inefable,
Superior á la suerte,
Á vil envidia y ominosa muerte
La dicha de aliviar al miserable.

»Sus lágrimas limpiando
Con mano cariñosa,
Con ojos de bondad, con voz piadosa
La esperanza en su seno reanimando.

»Que una sola mirada,
Una palabra amiga,

La vida vuelve y el dolor mitiga
Á un alma en crudas penas abismada.

»Vos gozais de esta dicha,
Vos, Señor, quando humano
Tendeis al triste la oficiosa mano,
Padre comun en la comun desdicha.

»Clama á vos condolido
El huérfano indigente,
Y rey y padre con bondad clemente
Le escuchais, le acogeis enternecido.

»En el fuego divino,
Que sólo arde en el seno
De piedad blanda, de indulgencia lleno,
Arder os vi; y os emulé el destino.

»Mis ojos se arrasaron
En agua deliciosa,
Latióme el pecho en inquietud sabrosa;
Y mi amor y mi fe más se imflamaron.

»Más os amé, y más juro
Amaros cada día,
Que en ternura comun el alma mia
Se estrecha á vos con el amor más puro.

»Seguid, ó bien querido
Del cielo, á manos llenas
Sembrando bienes, y aliviando penas;
Y nunca un día, ó Tito, habreis perdido.»

No se limitó Lista á redactar la *Gaceta,* en la que con todo empeño y sin repugnar medio alguno trabajó cuanto humanamente pudo para consolidar la usurpación; aprovechó cuantas ocasiones se le presentaron para dar testimonio de entusiasmo á los invasores, y en ocasión señalada dedicó espontáneamente poesías al Rey intruso ó á sus satélites; entre éstos era el mariscal Soult al que mayor afecto profesó siempre, porque el cargo de redactar el periódico de cámara y oficial, empresa delicada y de grande

confianza, lo puso más en contacto con él, y muestra de adhesión y agradecimiento á los beneficios que recibiera del Duque de Dalmacia fué la traducción que le dedicó de la comedia de *Molière, El enfermo de aprehensión,* con dedicatoria ampulosa en verso, en la que, aun campeando la adulación más vulgar, es de forma tan bella, que bien puede pasar por una de las mejores composiciones de Lista. ¡Lástima se inspire en sentimiento tan ruín!

Del acierto en elegir la obra de Molière y del mérito de la traducción el lector juzgará, puesto que á mí no me llama Dios por el camino de la crítica, y menos cuando en el *prólogo* de Lista hallará discretísimas observaciones tocante al autor y á la traducción de la obra. Que es castiza y primorosamente hecha no hay que dudarlo, ó por lo menos á mí me lo parece, porque de la pluma suya, y más en caso de empeño como éste, no podía salir sino un trabajo pulido, concienzudo y muy meditado; mas dejando á los doctos todo juicio crítico, por ser asunto de suyo imponente, sólo daré algunas noticias, que es manjar al alcance de cualquier roedor de archivo, referentes al día y teatro en que por dos veces se representó en Sevilla *El enfermo de aprehensión,* en circunstancias para esta ciudad harto tristes por cierto y calamitosas.

El 1.º de Febrero de 1810 tuvo lugar la entrada en Sevilla de José Bonaparte, y el 9, á pesar de la general consternación por los desmanes y tropelías cometidas contra lo estipulado en las capitulaciones, dió orden para que se abriera el teatro Cómico aquella misma noche, anunciando á la vez su presencia. Apresuróse el Ayuntamiento á complacer al intruso, que á todo obligaban las circunstancias, y precipitadamente adornóse el teatro, se aderezó el palco que antes ocupara el Asistente con banderas y coronas, destinándose á José Bonaparte, se iluminó el coliseo con vasillos de colores por dentro y fuera, é improvisóse la función, costeada por la Ciudad, que dió libre y

franca entrada al pueblo por las galerías altas y bajas, reservando los asientos de preferencia á personas de viso, á las que se repartieron invitaciones impresas, que en aquella ocasión más eran órdenes terminantes ó amenazas que galantería y obsequio. He visto una de esas invitaciones, por cierto la que se dedicó á la Duquesa de Alba (1), impresa en un cuadradillo de papel de hilo, sin orla ni adorno alguno, el primero y último renglón manuscritos; dice así:

Mi Sra. la Excma Duquesa de Alba.

En obsequio del Rey nuestro Señor Dn. Josef Napoleon Primero, ha dispuesto este Ayuntamiento que se celebre una representacion Cómica en el Teatro de esta Ciudad, la tarde de mañana Viérnes 9 del corriente á las 6½ *y para que se verifique con el correspondiente decoro; suplica á V. E. se sirva concurrir á ella.*

Febrero de 1810

Otra invitación recuerdo, del mismo archivo, para el baile y cena que el gobernador militar Marqués de Ríomilano dió el 19 de Marzo, día del Rey intruso, en la casa que para morada escogió, y fué la que está frente al *Triunfo* de la Lonja, impresa en una tira de papel, redactada en forma no muy culta que trasciende á *egalité:*

(1) Archivo Municipal de Sevilla.

Sr. D. Manuel de
Flores.

El General Gobernador de la Provincia, espera se servirá V. acompañarle el 19 del corriente á las 6 de la tarde en su Casa, para celebrar los dias del Rey nuestro Señor Don Josef Napoleon Primero (que Dios guarde.)

Se suplíca que los hombres presenten las Esquelas de convite á su entrada, y asistan sin botas.

Marzo de 1810.

Volviendo al interrumpido teatro, dió comienzo la función con *La Dama sutil,* de D. Luciano Francisco Comella, autor muy en voga entonces, ante un público numeroso, soldados franceses los más por galerías altas y bajas, y oficiales y familias de las autoridades que reconocieron á José en palcos y localidades de preferencia; el Rey asistió, sin ocupar su palco y sí el de la Ciudad, desde donde presenció el espectáculo muy complacido al parecer, sobre todo cuando vió que se repartía impreso un soneto laudatorio á él dedicado, según entonces se dijo, escrito por el cura de Santa Cruz D. Félix José Reinoso; y aunque yo se lo atri-

buía más bien á Lista, he reformado la opinión luego que me fijé en el corte de esta composición y muy particularmente en el último verso:

Cerró tu templo palida Talía
Al rumor de la trompa pavorosa,
Y el puñal de Melpomene llorosa,
Cedió á la lanza de Belona impia.

Mas quando ve que la clemencia guía
Del nuevo Rey la espada victoriosa,
Abre otra vez festiva y bulliciosa
El centro de la pública alegría.

El senado hispalense, conducido
De su fiel gefe, este homenage ofrece
Del sacro Apolo sobre el ara amada.

Sufre, SEÑOR, *benigno y complacido,*
Que al lauro que en tus sienes ya florece
Esta yedra feliz brille enlazada.

Los comediantes que representaron en esta función teatral, primera á la que asistió el Monarca intruso en Sevilla, entre los que figuraban algunas celebridades como el popular gracioso Antonio Guzmán, pueden verse por la copia del cartelillo (1) que la empresaria y directora Ana Sciomeri repartió del impreso en aquellos azarosos días, que á la verdad no convidaban al esparcimiento y recreo.

---

(1) Archivo Municipal.

CON SUPERIOR PERMISO.

LISTA DE LA COMPAÑIA QUE A FORmado Doña Ana Sciomeri, dueña é Impresaria del Teatro de esta Ciudad de Sevilla, para este año de 1.810.

AUTOR.

Sr. Vicente Torretaglc.

ACTRICES.	ACTORES.
Sras. Maria Samaniego.	*Sres.* Bruno Rodriguez. *Del Puerto.*
Joscfa Romero. . . . . *Del Puerto.*	Miguel Hernandez.
Manuela Palomino. . . *De Id.*	Josef Roxo.
Joaquina Navarro.	Santos Diez.
Juana Lopez.	Josef Bodos.
Maria Vives. . . . . . *Del Puerto.*	Juan Berrido. . . . . . *Del Puerto.*
Luisa Cañete.	Manuel Guillen.
Maria Huertas.	Josef Cañete.
Juana Escosaria.	CARACTER ANCIANO.
	Sres. Manuel García. . *Del Puerto.*
SOBRESALIENTA.	Vicente Torretagle.
Francisca Perez.	CARACTER JOCOSO.
	Sres. Antonio Guzman. *Del Puerto.*
	Francisco Parra.
	SOBRESALIENTE.
	Fermin Roxo. . . . . . *Del Puerto.*

COMPAÑIA DE MUSICA.

ACTRICES.	ACTORES.
Sras. Maria Martinez.	Francisco Parra.
Manuela Palomino.	Josef Rosales. . . . . . *Del Puerto.*
Joaquina Navarro.	Vicente Torretaglc.
Francisca Perez.	Antonio Guzman. . . . *De Id.*
	Fermin Roxo . . . . . *De Id.*
	Juan Berrido.

COMPAÑIA DE BAYLE.

ACTRICES.	ACTORES.
Sras. Maria Vives. .	*Director.* Josef Roxo.
Luisa Cañete.	Manuel Guillen . . .
Maria Huertas. . . . . *Del Puerto.*	Josef Cañete. . . . . -
Juana Escosaria.	Gabriel Rodriguez. . . *De Sevilla.*

APUNTADORES.

Sres. Josef Peralta: Manuel Sierra: y Cayetano de Castro.

MUSICO DE COMPAÑIA.	PINTOR.
D. Antonio Linares.	D. Juan Ricardi.

TRAMOYISTAS.

Juan de Andrades: Manuel Roxo: y Juan Roxas.

GUARDARROPA.

Felipe Xivigell.

Con una completa Orquesta.

Impresor del Teatro D. Manuel de la Carrera.

Eran D.ª Ana Sciomeri y su consorte el bufo Lorenzo Calderi de procedencia italiana, y ella, como mujer intrigante y astuta, propúsose, ocupada Sevilla por los franceses, de sacar las ventajas que los acontecimientos tristes para la ciudad cuanto ventajosísimos para ella le brindaban; porque la pequeña corte de personajes, generales y altos funcionarios de que se rodeó el Mariscal Duque de Dalmacia á manera de principote ó reyezuelo de las Andalucías, y la numerosa oficialidad de un crecido cuerpo de ejército, estratégicamente situado para operar según las circunstancias en las extremidades andaluzas, dió á Sevilla un público bullicioso, regocijado con las dulzuras del clima y los mil encantos y bellezas de esta ciudad que alegraban el natural ligero y decidor de la gente francesa, subida de punto con la abundancia que les daba toda clase de exacciones, despojos y rapiñas con que los conventos riquísimos, las opulentas labores andaluzas, las repletas moradas de los grandes, mayorazgos, hacendados y mercaderes, hartó durante dos largos años la desaforada codicia á los bienes ajenos de aquellos ilustres imperiales regeneradores de la Europa. Pensó, pues, la sagaz empresaria, y pensó bien, que toda aquella turba que por medios tan fáciles y cómodos llenaba la escarcela, la vaciaría no con grande dificultad á los piés de Talía y de las bellezas femeniles, las más de virtud dudosa, que pudiera reunir entre la turba alegre de comediantas, cantantes y bailarinas, lo que le proporcionaría negocios más ó menos loables, pero todos pingües y lucrativos, y el gusto al fin de cumplir la máxima horaciana de *enseñar deleitando.*

Dirigióse, pues, derechamente al Real Alcázar donde se había aposentado el Rey intruso, y como era hombre llano y pedestre, sin conciencia del cargo que la casualidad lo obligara á desempeñar, fuéle fácil á la empresaria llegar hasta el augusto y asendereado Monarca que, amante del teatro y de Italia, la acogió con tanta benevolencia, que

oída la demanda, y enterado del proyecto, se declaró por Real Orden de 11 de Febrero de 1810 *protector del teatro Cómico de Sevilla,* mandando que se reservara el palco primero á su *Real Persona,* y que se abonara á la empresaria Ana Sciomeri la pensión de dos mil reales mensuales sobre las rentas del Real Alcázar de Sevilla.

Mas no le fué tan llano el cobro de la pensión, para lo cual tuvo que valerse de sus artes y amaños, porque era Alcaide de los Reales Alcázares el general D. Eusebio Herrera, que parecía tudesco ingerto en aragonés según la flema é insistencia con que se opuso al pago de la pensión real, contra las órdenes severísimas de las autoridades francesas; rasgo de entereza en aquella ocasión, acaso en desquite de alguna mala tercería de la Sciomeri. Pero no era ésta mujer que se arredraba ni que perdía terreno en sus propósitos ó desistía, y valida de la protección que le dispensaban el mariscal Soult, el general Barón Darricau, gobernador militar, y el comisario Conde de Montarco, á cambio tal vez de inolvidables favores, acribillaba al Alcaide con empeños y solicitudes, á punto de no dejarlo respirar un momento, originándole serios y molestísimos disgustos.

Á los pocos meses de la concesión rompió el fuego de sus memoriales con esta solicitud:

«Excmo. Sr. Mariscal del Imperio.

»Dña. Ana Sciomeri, dueña é Impresaria del Teatro Cómico de esta Ciudad; á V. E. con el respeto y veneracion devida: Dice que en Real Orden de 11 de Febrero último, se sirvió S. M. C. declararse Protector de dicho Teatro, mandando que se reservase el Palco primero á su Real Persona, y que se abonasen á la Exponente dos mil rs. cada mes que señaló de la pension á su fabor sobre las rentas del Real Alcázar: El Sr. Intendente, Gobernador de él nada le ha dado sin embargo de sus instancias, y á pesar de los Meses vencidos: Las pérdidas casi diarias que esperimenta la Supp.te son notorias; y el gasto que hace en la Compañía es insufrible, al mismo tiempo que la obra que se está haciendo para reparar su Casa Teatro le cuesta más de veinte mil rs.; en esta atencion=

»Supp.ca á V. E. se sirva mandar se le paguen las cantidades devengadas en razon de los dos mil rs. mensuales que están señalados por S. M. C.; pues de este modo evitará la ruina de su casa; Gracia y Justicia que espera merecer de la que V. E. administra, etc. =Excmo. Sr.=*Ana Sciomeri.*»

El Mariscal, nó con la mejor ortografía, decretó al margen lo siguiente:

«Tengo el honor de pedir al Sr. General Herrera Governador del Palacio del Alcázar despache favorablemente la instancia de la directriz del Teatro de Sevilla haciéndole pagar lo que S. M. C. á ordenado que reciva por los parcos que S. M. se ha reservado.= *M. Duque de Dalmacia.*»

Paraba el golpe el Alcaide abonando alguna pequeñez, para no privar á la empresaria del gusto de pedir y reclamar con urgencia, y ella volvía luego á su demanda, y él á resistirse, hasta que alguna orden destemplada le obligaba á *dar á cuenta,* como la que el gobernador militar, general Darricau, hombre de malas pulgas y poco sufrido, le enderezó en estos términos:

—«Sr. General.=Ni las órdenes del Excmo. Sr. Mariscal Duque de Dalmacia, ni las invitaciones del Sr. Conde de Montarco, ni las mias, han merecido ser atendidas ni tenidas en consideracion por V. S. sufriendo que la Directora del Teatro se vea precisada á recurrir continuamente para el pago de los dos mil reales que le ha señalado S. M. C. por el palco que le está reservado, un débito tan ruidoso, y puesto á las intenciones y decoro que V. S. debe á S. M., no me es posible tolerarlo, y sí al contrario guardar y hacer guardar todos los respetos tan justamente debidos á la Real persona; prevengo pues á V. S. que no verificando el expresado pago, me veré precisado á tomar una seria providencia.

»Dios grd. á V. S. ms. as. Sevilla 4 de Junio de 1811.=El General Gobernador=*B.on Darricau.*=Sr. D. Eusebio Herrera, Gobernador de los R.les Alcázares.»

No es decible el número de memoriales, órdenes, decre-

tos y contestaciones (1) que sobre este ruidoso asunto mediaron hasta Julio de 1812, en que por orden del Gobierno, y mediante escritura con la Sciomeri, fué á parar la empresa del teatro á las pecadoras manos de Mr. Mayer, ó porque las de aquélla quedaran hartas y repletas, ó apurada la paciencia de los protectores, ó tal vez, y es lo más probable, que la sagaz empresaria barruntara las tropas del general Cruz Mourgeón y los aprestos y rumores de no lejana huída en la turba imperialista.

Era Mr. Simon Mayer, asentista general del ejército francés, hombre codicioso y desalmado, atento sólo á enriquecerse sin reparar en medios aun los más crueles y arbitrarios, valido de la protección interesada del Mariscal, á cuya sombra se enriquecía, según voz pública, en subastas, suministros, acopios y con riquísimos despojos de iglesias y museos; adulador del Duque de Dalmacia, era el que en las grandes recepciones y saraos adornaba la suntuosa morada del Mariscal con valiosos objetos que pedidos en calidad de préstamo á particulares y corporaciones, luego por involuntario olvido no se devolvían á sus dueños, siendo tanta la codicia y tan desenfrenada, que no perdonó negocio, desde el derribo del convento de monjas de la Encarnación, en cuyo solar, siendo él contratista, levantó la actual plaza de abastos, hasta la compra de cuantos granos y semillas halló en esta ciudad y sus contornos, para con el monopolio producir el alza, hasta el extremo de que el 5 de Mayo de 1812 subió la hogaza de pan á 22 reales, y 15 la de acemita, sobreviniendo al fin, como era consiguiente, el hambre, cuyos horrores fueron terribles y desastrosos, pero las ganancias de Mayer y su protector, según fama, pingües y fabulosas. Tal era el hombre á cuyas manos fué

(1) El expediente, que es voluminoso, hállase en el archivo de los Reales Alcázares de Sevilla. Debo la copia á mi amigo el Sr. D. José Gestoso y Pérez.

á parar, porque no repugnaba negocio por ruín que fuera, la contrata del teatro, al olor de la pensión real; y valiéndose de iguales medios que la antecesora, dió comienzo á un sinnúmero de reclamaciones que duraron hasta la evacuación de Sevilla por las tropas francesas, con el siguiente oficio dirigido al alcaide D. Eusebio Herrera:

—«Excmo. Sr.=Á consecuencia del contrato celebrado por órden del Gobierno con D. Lázaro Calderi y Dña. Ana Sciomeri su muger, ha recaido en mí el título de Empresario del Teatro Cómico de esta Ciudad de Sevilla, como se acredita de la certificacion adjunta; y correspondiéndome cobrar los 2.000 rs. mensuales que S. M. C. ha señalado por los Palcos que le están reservados, que en el dia disfrutan su Real familia, estimaré á V. E. se sirva dar la oportuna órden á D. Rafael Tenllado recaudador de las Rentas de los Reales Alcázares, para que inmediatamente me entregue bajo el competente recivo los 4.000 rcs. que están vencidos por los meses de Mayo y Junio próximos.=Dios grd. á V. E. m. a. Sevilla y Julio 2 de 1812.=*Mayer.*=Excmo. Sr. Gobernador de los R.s Alcázares.

—»*Testimonio.*=Juan Vicente Íñigo Escno. de S. M. pu.co del n.º de esta Ciudad=Doy fée: Que ante mí y el competente número de Testigos en 5 de Junio de este año, D. Lázaro Calderi, y Dna. Ana Sciomeri su muger vecinos de esta Ciudad y Monsiur Simon Mayer residente en esta Ciudad, otorgaron Essra. por la que los referidos D. Lázaro Calderi y Dna. Ana Sciomeri dieron en arr.to al Expresado Mr. Simon Mayer El Teatro Cómico de esta Ciudad por el Tiempo que havia desde el dia de la citada Essra. hasta el dia 1.º de Quaresma próximo exclusive, en cierto precio, y condiciones diferentes. Con más expresion consta de mi registro á que me refiero y para entregar á la parte de Mr. Simon Mayer doy el presente en una hoja del sello quarto de á quarenta mrs. Sevilla 1.º de Julio de 1812.=Está signado.=*Juan Vicente Íñiguez*=Essno.»

No le arredró á D. Eusebio Herrera la orden del temido Mayer, y en sus trece de continuar los aplazamientos y dilaciones en el pago de la pensión real, contestóle que no tenía fondos y que considerándola personal de D.ª Ana Sciomeri, habíase dirigido en consulta al Exmo. Sr. Conde de Melito, Superintendente General de la Real Casa; la

representación ó consulta, que es muy curioso documento, dice así:

«Excmo Sr.—En cumplimiento de la órden que en 14 de Febrero me comunicó V. E. para que mensual y provicionalmente se diesen al Teatro de Comedias de esta Ciudad 2.000 rs. de vn. mensuales del producto de los Bienes de este Sitio R.l, de que me noticiaria V. E. las disposiciones convenientes para realizar este pago provicional, se ha estado satisfaciendo esta Cantidad, y está cubierto hasta fin de Abril último apesar de los ahogos y fatigas en que me he visto por falta de fondos, la que ha sido de tanta consideracion que me ha obligado á despedir dos quadrillas de Albañiles que tenía destinadas para las casas de Cartuja agregadas á estos Dominios que la mayor parte están en mal estado y necesitan reparos continuos; pero en el dia no me puedo extender á tanto por que las contribuciones con que está grabado el Rey (de que he enterado á V. E. en otras ocasiones) me dejan sin arbitrio.

»La Empresaria del Teatro Dña. Ana Sciomeri ha sido tan eficaz en querer cobrar esta pension que ha impulsado á los Sres. Mariscal, Comisario Regio y Governador, á que me pasen oficios de apremios para pagarle algunos meses en que me retardaba por falta de fondos.

»Ahora ha traspasado el Teatro y la Empresa á Mr. Mayer el que me ha dirigido el oficio y Testimonio que acompaña pidiendo inmediatamente los 4.000 rs. de Mayo y Junio, que se le deven expresando en él que asiste la Real familia á los dos Palcos de S. M. C. siendo así que no los ocupa más que el oficial de la Guardia de este Palacio y algunos otros oficiales franceses que ban con él.

»La gracia del Rey fué provicional y con calidad de realizar el pago. El estado de fondos y su decadencia le consta á V. E. quál es: la Sciomeri á quien se concedió ha dejado su empresa; con cuio motibo suplico á V. E. se sirba promober con S. M. el que provisionalmente y mientras duran las circunstancias presentes y el Alcázar no se reponga de fondos cese el pago de los 2.000 rs. lo que no parecerá estraño, así como no lo ha sido el que por los propios motibos de escazes de fondos no hayan tenido efecto los R.s Decretos que á fabor de los Curas y otras corporaciones despachó S. M. en el año 1810.

»De lo expuesto inferirá la penetracion de V. E. la necesidad que ay de que se resuelba el pago del Diezmo del Carbon que consumen la fundicion y Maestranza de Artillería; y el de Tercias R.s

de Cartuja que tengo consultado en 11 de Sepre. del año pasado; y 2 de Enero del corri.te con otros varios puntos de que ha de dimanar el aumento de fondos de este Sitio R.l pues de otro modo no podré evitar, y me será muy dolorosa su progresiva decadencia. =Dios grde. etc. Sevilla y Julio 8 de 1812.=*Eusebio Herrera.*= Excmo. Sr. Conde de Melito.

Era aún Ana Sciomeri empresaria del teatro cuando eligió D. Alberto Lista los días primeros del año de 1812 para dedicar su ofrenda literaria al mariscal Soult y representar la comedia de Molière, por él traducida, previo detenido ensayo y prolijo estudio por parte de los comediantes de una obra que por ser el original de autor francés famosísimo, y dedicada al Duque de Dalmacia, árbitro á la sazón de los destinos de Sevilla, en la que apenas pasaba día sin que se sacrificara, con horror de sus habitantes, alguna gloriosísima víctima de la independencia (1), era forzoso y de empeño y además andaba en ello interesado el traductor para mayor lucimiento, presentarla con esmero y primorosamente ejecutada; y para más adular á Soult y á la turba francesa, y atraer numeroso público al coliseo, anuncióse que los niños Susana y Agustín Lefebre, franceses, *bailarían el Bolero,* y se representaría el sainete *Tres centinelas en un mismo puesto ó la mocita en facción,* compuesto *ad hoc* para aquel día por un oficial del ejército francés; y, por último, que la función sería á beneficio de la graciosa Manuela Palomino, que del Puerto de Santa María, tierra de la sal y de la gracia, era por sus chistes y donaires el encanto de la gente gabacha, desde el mismísimo mariscal Soult hasta el último mameluco del ejército

(1) El 4 de Enero, que fué segundo día de la representación de la comedia de Lista, se dió muerte de garrote á un hombre por haberlo cogido con armas contra los franceses; el 9 á otro natural de Dos-Hermanas, llamado José Domínguez, por haberlo cogido con armas interceptando un correo; el 11 á dos, Juan Pérez y Manuel Camacho, condenados por una comisión militar, por haberlos cogido en despoblado con armas, y, etc., etc.

imperial. No se omitió, pues, reclamo alguno, y preparado así el programa, tiráronse los cartelillos (1) de anuncio muy pomposamente en esta forma:

TEATRO

Los incesantes beneficios que de la generosa proteccion de los amados Sevillanos ha conseguido siempre la graciosa Manuela Palomino, en las epocas que ha tenido el honor de servir en este caracter, la han inspirado los mas vivos deseos de complacer á un público tan respetable, deseando por lo tanto verlos colmados en la diversion que ofrece para el *Jueves 2 de Enero,* dispuesta en los tèrminos siguientes.

COMEDIA.

EL ENFERMO IMAGINARIO.

Traducida del francés á nuestro idioma por un amante de las bellas letras, y compuesta por el celebre Mólicre, su argumento es jocoso, y no visto en ningun teatro de la Nacion,

BAYLE BOLERO.

Los niños Susana, y Augusto Lefebre, tendràn el honor de presentarse á executarlo fiados en la indulgencia del público por ser la primera vez.

TONADILLA A DUO

EL CABALLERO MAJO.

Que cantarà la interesada en este caracter; pero el *Sr. Josef Roxo,* tercer actor de la compañìa que lleno de la mayor gratitud, no ha encontrado ocasion oportuna para patentizarla, acompañará à la mencionada con este objeto, y espera un prudente disimulo, pues jamas ha tenido la menor idea de música y teme con justicia no conseguir el acierto.

SAYNETE

TRES CENTINELAS EN UN MISMO PUESTO, O LA MOCITA EN FACCION.

Esta composicion es nueva, y hecha por un oficial del Exercito Imperial, expresamente para exôrnar esta funcion.

BAYLE GENERAL NUEVO

LAS LOCURAS DEL AMOR O EL TUTOR BURLADO.

La interesada no ha omitido medio alguno para agradar. Si su desgracia es mayor que sus esfuerzos, la quedará solo el consuelo de haber errado con buenos deseos.

NOTA. Los Sres. abonados tendrán reservados sus asientos hasta las dos de la tarde.

A las seis y Media.

(1) Archivo Municipal.



Anunciada la ejecución de la obra para el día 3, hubo, ó por falta de ensayo ó por causas propias de aquella intranquila y turbulenta situación, de suspenderse, dándose al siguiente día 4, y repitiéndose el 5, no sabemos si con aceptación y contentamiento del público; ello es que Lista, luego que la vió en escena, introdujo algunas modificaciones en la obra, como él mismo lo advierte al final del prólogo: «En esta traduccion, dice, he suspendido los intermedios de baile y música, que son bastante impertinentes á la accion. En las primeras representaciones que se han dado de ella en el teatro de Sevilla se conservó el final del recibimiento de un médico; pero considerando que esta escena recibe todo su mérito de circunstancias locales, que no existen acaso ni áun en Francia, y por otra parte que nuestros cómicos no han podido darle toda la expresion y gracia necesarias para asegurar un buen éxito, me he resuelto á suprimirla y darle á la accion un desenlace más sencillo y ménos estrepitoso.»

Meses después de esta fiesta teatral, el 27 de Agosto, evacuaban las tropas francesas la ciudad, con pérdida de más de quinientos hombres entre muertos y prisioneros, y huían precipitadamente después de sostener tenaz lucha con las fuerzas libertadoras del general Cruz Mourgeón, auxiliadas del paisanaje de Sevilla y barrio de Triana, que lució por sus bríos en la pelea muy bizarramente en aquel memorable día (1). Seguían á los invasores, temerosos y

---

(1) Al siguiente día la musa alegre y popular de Sevilla ponía en boca de las gallardas y graciosas mozas de los barrios de Triana, los Humeros y la Macarena alegres y expresivas *seguidillas*, que cantaban y bailaban con toda la sal de esta tierra del rumbo y el donaire:

«Preguntó un insurgente
á una muchacha:
¿los guapos de Marengo
dónde se hallan?
Respondió ella:
busque usté esos valientes
en las gazetas.

con razón al furor popular, los afrancesados que á costa de la patria oprimida compartieron con aquéllos los despojos de la conquista, y entre éstos marchaba D. Alberto Lista al abrigo de las fuerzas imperiales. Ya en tierra francesa, después de dilatado paseo militar que duró largos meses, comenzó para el fugitivo una serie de penalidades más acerbas por venir de aquella nación por él admirada y por cuyos ideales políticos se veía en trance tan apurado y angustioso; porque nombradas ya en Francia autoridades adictas á los Borbones, y tenidos los emigrados españoles por sectarios de Napoleón imbuídos en las máximas anárquicas de la revolución francesa, no les permitían los prefectos fijarse en parte alguna, y hubieron de recorrer á pié y en miserable situación no pocos departamentos de Fran-

---

»Alegrarse, muchachas,
siga la broma,
ya que el francés infame
no nos estorba:
Cantemos recio
miéntras ellos pernean
en los infiernos.

»Los viles españoles
afrancesados
ya han recibido el premio
de sus cuidados:
Á pié caminan,
y aguardan por momentos
ver su rüina.

»Abatimos tu orgullo
francés tramoya,
y quedamos lucidos
los papamoscas:
Viva Triana,
viva la gente buena
que hay en la Caba.

»Viva la Macarena,
vivan los guapos
que quitaron de en medio
tantos gabachos:
Viva el salero,
viva el valor que tienen
los Macarenos.

cia, hasta encontrar más blandas autoridades que les permitieran residir, aunque vigilados y sin prestarles socorros en tal situación extrema y dificilísima.

Entonces los sufrimientos, que aquilatan el espíritu, y los desengaños, que ponen al hombre en el camino áspero de la realidad, y el hogar apetecido cuanto más lejos y apartado, todo contribuyó en el natural bondadoso de Lista á que viera con claridad suma sus errores; y al contemplar su patria desde Francia, comprendió que ni ésta era lo grande que en los ideales políticos de la famosa Revolución hubo de representársela, y que por lógicos caminos y naturales leyes de conservación volvía al centro de autoridad y fuerza propio y necesario á la vida de los pueblos, y que España, á la que juzgó en las postrimerías, á punto de fe-

---

»Vivan los jaquetones
de los Humeros,
que han hecho en los franceses
un buen perneo:
¡Qué bien navegan
los buques cuando tienen
viento y marea!

»El infernal portero
de los abismos,
quando Soult se presente
no ha de admitirlo:
Y tendrá razon,
no sea que allí saque
la contribucion.

»Á Santiponce vamos,
Venid, muchachos,
vereis las fortalezas
de los gabachos:
Tantas formaban
como quien echa guindas
á la Tarasca.

»¡Que por una partida
de *brigandages*
se encerrase en Cartuxa
tanto salvage!
¿Y estos cornudos
son los que se comian
los niños crudos?

necer en los débiles brazos de Carlos IV, era grande nación, puesto que guardaba en sí aquellos alientos que la hicieron famosa en tantas ocasiones, y que los móviles que la impulsaron á tan grande y singular lucha debían ser generosos y altísimos, como la fuerza de cohesión de que dió testimonio para reunir los organismos dispersos del Estado en medio de la anarquía, resultado del levantamiento general, revolución y lucha cruel y devastadora, debía ser vigorosa y fecunda, capaz de cumplir en tiempos más ó menos próximos altísimos fines encomendados á esta raza tenaz y valerosa.

Á partir de este momento sintió Lista amor patrio, y con él cierta aversión hacia los ideales políticos que durante años turbaran su espíritu, y allí en la misma Francia, y en el fondo de su conciencia casi abjuró de sus errores, y puede decirse que se *desafrancesó* por completo; él mismo á su mayor amigo D. Félix José Reinoso se lo decía franca y noblemente en carta fechada en Auch el 27 de Marzo de 1816, en breves frases, pero con dejos de amargura que prueban todo el desencanto de su espíritu.

Es tan interesante esta carta que tengo á la vista, por cierto escrita en reducido papel y con microscópica letra, que sólo por ella sabemos de modo cierto cómo pensaba el docto Lista al sufrir las amarguras de la emigración en 1816; y es además interesante, aunque por esto solo fuéralo mucho, porque en ella hallamos curiosos pormenores referentes á la célebre y repulsiva obra de Reinoso donosamente llamada *Alcorán de los afrancesados,* cuya primera impresión dirigió Lista, y por los juicios en que se extiende sobre *Humanidades* y *Estética,* consultado por Reinoso, que á la sazón, como ya dijimos, cumplía la cátedra á él encomendada por la *Sociedad Patriótica de Sevilla,* cátedra que antes de la invasión francesa desempeñaron Blanco y Lista consecutivamente. Esta carta de tanto interés para la biografía de Lista, dice así:

«Auch 27 de Marzo de 1816.

»He retardado, mi querido Fileno, contestarte hasta haber recibido resto del original y dinero que ya tengo en mi poder. La impresion está comenzada en 8.º mayor, la letra es más menuda que la de la parte impresa del original, para evitar que saliese un volúmen demasiado grueso; pero el carácter es muy bonito y el papel muy bueno.

»No se me escapa ninguna de las prevenciones que me has hecho en tus cartas. Me he resuelto á poner con minúscula *rey, monarca,* & á no ser que se hable del Rey de Prusia, Francia &. He suprimido algunas comas, tales son las de todos los incidentes que son cortos y deben pronunciarse sin pausa: como por ejemplo; *los empleados deben permanecer en el pueblo acometido por el enemigo*. He omitido la coma entre *pueblo* y *acometido.*

»No tenemos acentos para las mayúsculas: pero ese defecto me parece poca cosa.

»Te agradezco la nota en defensa mia: está exacta, y bastante. Por lo demas, jamás pensaría yo en defenderme, si tú no lo hicieras por mí. El silencio es la leccion de los fanáticos.

»Otro dia te hablaré de la instruccion del duque de Febre, con la qual haré una nota que te consultaré. Envíame quanto ántes el prólogo. Ahora es menester ir aprisa.

»Yo estoy quizá más ignorante que tú en quanto á hechos políticos; porque desde que entré en Francia y conocí mi error, no he vuelto á leer una sola gaceta ni á mezclarme en conversaciones ni materias políticas. ¿Quieres saber quál era mi error? Éste: haber creido que la revolucion de Francia habia dado á esta nacion un carácter. Me engañé, amigo. Son los franceses de Brenno, de Francisco I y de Luis XIV. Sin embargo, tomaré noticias para ampliar el artículo de las amnistías. Esto en quanto á la tuya de 10 de Febrero.

»Respondo ahora á la de 9 de marzo. Creo que esas gentes no tienen razon en preferir el Batteux al Blair. Las observaciones de éste, aunque no tan sistematizadas, son nuevas y eminentemente filosóficas. Es en mi entender la obra más profunda que hay sobre humanidades. Munarriz su traductor hizo diabluras, pero no tantas como el sórdido traductor de Batteux.

»En quanto al principio de imitacion, adopto sin reserva todos sus raciocinios, y añado 1.º que aunque el principio no estuviera tan demostrado, deberia sin embargo adoptarse para sistematizar la enseñanza, salvo el derecho de mostrar despues las anomalías. 2.º que me parece, ó yo estoi trascordado, que Batteux no excluye la

eloquencia de las artes imitativas, ni tampoco architectura: pues confiesa que en una y otra se busca el placer, y para éste es necesario la imitacion. Toda la diferencia está en que el placer en estas artes no es más que un medio, quando en la poesía es el fin.

»Yo tengo en esta materia una opinion á la que tú darás el valor que merezca. Yo creo que la eloquencia, la historia, y los demas géneros de literatura, hasta la carta y el diálogo, prescindiendo de su objeto primordial, que es la utilidad, y contrayéndonos á la parte ornamental, son una verdadera poesía. Yo quisiera que se me buscase en ninguna parte un quadro más animado ni más atrevido ni más poético, que la prosopopeya de la patria al fin de la primer Catilinaria de Ciceron. Aquello no está tomado del mundo existente, sino del ideal: aquél no es un personage ni existente ni posible, sino moral: aquélla es una verdadera creacion; hasta la harmonía del número es poética é imitativa. Á semejanza de éste, encontrarás otros quadros de igual fuerza en los oradores, historiadores & que sirven de modelos. ¿Qué quiere decir esto, sino que el orador, historiador & quando quiere excitar el placer, debe ser poeta, es decir, creador é imitador, pero que debe usar de este atributo solamente quando saque de él una grande utilidad, y quando haya puesto la imaginacion de sus lectores y oyentes en tal punto de exaltacion que puedan prestarse á la magia de la imitacion?

»Así pues, yo no diria que la Eloquencia es una imitacion de la naturaleza *existente*. Con esta definicion, por un lado, obligas al orador á imitar siempre (lo que no es tu objeto primordial) y por otro proscribes todas las figuras imitativas tomadas del mundo ideal, hasta las metáforas: porque, ¿en qué consiste la metáfora sino en atribuir á un sér una propiedad que no tiene, fundada en el privilegio que tiene la imaginacion en crear seres de su composicion, componiéndolos empero baxo analogías y relaciones exactas? Concluyo pues, que todos los ramos de literatura imitan, el poeta siempre, porque su objeto es el placer, y los demás sólo quando la utilidad (que es su fin) lo manda ó á lo ménos lo permite. Todos en la parte ornamental, pertenecen á la poesía, es decir, al arte de crear y embellecer. En las artes están los géneros mezclados como en la naturaleza, y nada lo prueba más que esta mezcla continua de imitacion de raciocinio que se encuentra en los buenos oradores. Los preceptos deben nacer en el arte oratoria del principio de utilidad.

»Es quanto me ocurre sobre una materia que ya hace mucho tiempo que he dexado. Tú rectificarás mis ideas: sobre todo, mi amado, *enseña y da luces*. Forma esa juventud, ya que la que forma-

mos nuestro Albino y yo se ha malogrado. ¡Quiera Dios que seas más feliz!

»Quisiera que quando me escribieras, te informaras de la salud de mi pobre hermana y me lo dixeses. De este modo podria saber de ella dos veces al mes. Perdona esta incomodidad y manda á tu

»*Licio*.

»¿Qué es del Aragones? ¿Qué es de Arjona? Mis expresiones y mi corazon á Crailo.

»No hay más medio de deleitar que la imitacion. El danzar no causa placer, quando da saltos insignificantes, sino quando imitan. Áun las artes mecánicas, quando habiendo satisfecho la necesidad, quieren producir deleite, imitan. Así se añaden hojas, flores, cabezas á una cama, á un bureau &.»

Cuando en 1844 nombró el Gobierno á Lista catedrático de Matemáticas sublimes en la Universidad de Sevilla, y con motivo de recibir un ejemplar á él dedicado, como profesor de Matemáticas, de una obra sobre la *Cuadratura del círculo en el cuadrado* de cierto autor huero ó visionario, escribió una saladísima carta á un su amigo de Cádiz, de los muchos que allí tenía, donde por espacio de algunos años dirigió el célebre colegio de San Felipe Neri: la carta dice así:

«Sor. D. José de Gardoqui.—Sevilla 19 de agosto de 1844.

»Mi nunca olvidado amigo: mis recomendaciones nunca son *ad hominem*. Pido lo que buenamente se pueda hacer, y eso sin ofensa de las leyes y de la justicia. Acepto con sumo placer la enorabuena y el consejo higiénico de V. m. Pero, amigo mio, mi primer paso en la cátedra ha humillado mucho mi amor propio. Cómo querrá creer V.m. que he recibido como tal *catedrático de matemáticas superiores* un folleto geométrico (por señas que me costó 25 cuartos de porte, que aún los tengo sobre mi corazon) del cual no he podido entender ni áun el título? *(La cuadratura del círculo en el cuadrado.)* Está dedicado á la reina Cristina, y el autor (D. Joaquin Cáceres y Arias, doctor en la Universidad de Bolonia) dice que aunque su aplicacion á resolver el problema le impidió estudiar Geometría, lo acertó poco despues que S. M. abrazó á su hija. ¡Bendito sea Vallejo que enseñó á los matemáticos españoles

este modo de ligar á los sucesos de la vida los inventos geométricos ó algebráicos! Yo he leido muchas soluciones del mismo problema; y en ellas he podido seguir el órden de ideas de los autores, y conocer si iban errados y en qué. Pero de la actual solucion me he quedado en ayunas desde su primera palabra. Si V.m. puede haberla á las manos (sin el gravámen de los 25 susodichos), y consigue entenderlo, le suplica su antiguo compañero y eterno amigo, que me instruya de lo que ha querido hacer ó decir el Sr. Doctor en Bolonia, á fin que yo pueda ocultar la ignominia de mi obtusa inteligencia. Sigo bueno sin más achaque que el que acabo de explicar á V.m. como á mi médico: y si V.m. tiene por conveniente hacer junta con Novella, Quijano, Riquelme ó Isla (si está capaz de ello), me sacaria V.m. de un grande apuro. Deseo toda felicidad á V.m., á su señora y á su niña: y queda amándole como siempre su afectísimo amigo q. s. m. b.—*Alberto Lista.*—Á Quijano que tenga ésta por suya.»

Era la persona á quien está dirigida la carta médico gaditano, profesor de Física Médica de la Facultad de Medicina de Cádiz, y años después de la fecha de esta carta, en 1847, concibió el proyecto de publicar una revista de ciencias matemáticas y físicas para alentar en España el gusto por esta clase de estudios, á los que profesaba singular atención; llegóse á publicar en 1848, aunque pocos números, con el título *Periódico mensual de Ciencias Matemáticas y Físicas,* en 4.º, de 40 páginas de impresión; salía el último de cada mes, imprimiéndose en la imprenta de la *Revista Médica* de Cádiz, colaborando además del iniciador del periódico personas tan notables como el ilustre Sánchez Cerquero, que había sido director del Observatorio Astronómico de San Fernando; D. Saturnino Montojo, que á la sazón desempeñaba este cargo; D. José Márquez, primer astrónomo del mismo; D. Evaristo García Quijano, catedrático de Matemáticas en el Colegio Naval Militar, hombre de rara facilidad y grandes talentos para las ciencias matemáticas y de modestia exagerada (1), y

(1) Este notable gaditano falleció en Cádiz el pasado año de 1890.

D. Alberto Lista, que al ser invitado para que su nombre autorizado acrecentara el concepto del periódico, accedió gustosísimo, aunque herido ya de muerte y con el pié en el estribo para partir de este mundo, después de prestar durante su laboriosa vida y hasta el último momento grandes servicios á las letras y á las ciencias.

En las cartas que á continuación copiamos él mismo refiere al médico y amigo los síntomas de la cruel enfermedad que un año después cortó su existencia: al comenzar el año de 1847 escribía esta melancólica epístola:

—«Sr. D. José de Gardoqui.—Sevilla 12 de Enero de 1847.—Mi nunca olvidado amigo: recibo con gratitud su cariñosa enhorabuena por mi mejoría de un ataque el cual realmente no esperaba yo; porque desde el verano pasado, no he trabajado de manera que lo mereciese. Presentóse bajo la forma de un simple costipado; mas al dia siguiente aparecieron dos síntomas alarmantes: un letargo casi continuo, y en los momentos libres, casi destruida la memoria

---

Véase el artículo necrológico *D. Evaristo García Quijano, capitán de fragata, retirado, y profesor del antiguo Colegio Naval Militar*, por D. José Gómez Ímaz, capitán de navío de la Real Armada, jefe de la Comisión Hidrográfica.—*Revista general de Marina*.—Tomo XXVI, cuaderno 6.º; Junio 1890.

Reunía D. Evaristo García Quijano á la facilidad prodigiosa de su entendimiento para las ciencias matemáticas, memoria felicísima y una modestia exagerada que, unida á singulares rarezas de carácter, lo alejaron de todo lucimiento y notoriedad, quedando oscurecido hombre de tan singular mérito, cuando debió brillar entre los más doctos y sabios. La modestia de su carácter y la apatía que siempre lo dominó, tal vez debida á un grande fondo de escepticismo, lo llevó, entre otras raras decisiones, á permanecer en reclusión voluntaria por más de diez años en la estrechez de su habitación, empleándose aquel singular talento en infructuosos y á veces pueriles trabajos. Yo recuerdo la última vez que lo vi en aquella voluntaria prisión, y refiero esto como prueba de su memoria prodigiosa, que me recitó un capítulo del *Quijote*, elegido por mí, puesto que sabía de memoria buen número de los de la primera parte sin errar un punto, *item* uno de los más largos discursos de D. Emilio Castelar; y en esto, inventar una manera de hablar y escribir por números, signos y gestos, y hacer combinaciones con naipes pasó los últimos años de su vida, en ocio deplorable para la ciencia.

de los signos. De modo que una frase de seis palabras me costaba media hora, y aveces era menester, que á quien hablaba, adivinase lo que queria decir. Esta situacion duró 24 horas, en las cuales me dieron tres sangrías, y hasta la tercera no volví de mi letargo, ni recobré mi memoria. Desde entónces he ido convaleciendo, aunque con suma lentitud, y el único achaque que me ha quedado, es cierta opresion al pecho, cuando vuelvo por las tardes á casa, á hora yá fria. Todo esto quiere decir, amigo mio, que me precisa vivir de manera, que no se repitan ataques tan peligrosos, almenos por culpa mia. De consiguiente me doi por muerto en materia de trabajo intelectual. Pero estoi sumamente vivo en cuanto al amor de mis amigos, señaladamente de V. á quien tanto debo, y cuyo afecto es uno de los que más me honran, y que he procurado y procuraré siempre pagar con todo mi corazon. Viva V. seguro de que pocos le aman en este mundo como su—*Alberto Lista.*»

Algunos meses después escribía al mismo amigo esta otra carta:

«Sr. D. José de Gardoqui.—Sevilla 1.° de Set.e de 1847.—Mi estimado y nunca olvidado amigo: recibo su apreciable del 21 de agosto con accion de gracias, no sólo por su afectuosa enhorabuena, sino tambien por los consejos que me da, y que coinciden con los preceptos de mi médico D. Rafael Chichon. Éste ha examinado cuidadosamente mi pecho, y me ha asegurado que el pulmon está libre, y que el asiento de mi mal está en los bronquios, que sabe Vm. cuánto trabajan en el servicio de las clases. Habiendo pasado el ataque, originado visiblemente de la abundancia de sangre, sólo me quedan dos síntomas. Uno es el catarro crónico, que V. m. conocia y que he procurado corregir aquí con la leche de burras; pero ésta me ofende el estómago y no puedo seguirla por muchos dias. El otro es cierta opresion en el pecho cuando empiezo á andar; lo que hace un año que esperimento. *No predica V.m. en desierto,* amigo mio, cuando me aconseja la disminucion del trabajo, que el señor Chichon y todos mis amigos me exigen imperiosamente. Olvidábaseme decir á V.m. que siempre que tengo algun pesar ó enojo, por leve que sea, siento la misma opresion en el pecho, que cuando empiezo á andar. El quince del mes próximo de Noviembre cumplo 72 años. La cabeza no se ha resentido en lo más mínimo, ni el estómago tampoco. Chichon quiere para quitarme el catarro crónico, usar de revulsivos: me ha propuesto una fuente, ó producirme granos en el cuerpo. ¿No sería mejor cáusticos volantes?

En fin, amigo mio, continúo mejor, aunque con los síntomas sobredichos. Cuente V.m. con el eterno cariño y gratitud de su afect.mo *Alberto Lista.*»

Poco tiempo después contestaba á la invitación para colaborar en el periódico en estos términos:

«Sr. D. José de Gardoqui.—Sevilla 21 de Noviembre de 1847. —Mi querido amigo: V.m. puede hacer de mi nombre el uso que tuviere por conveniente; y siento no gozar de toda la salud que quisiera, para ofrecerle tambien mi trabajo en una empresa que juzgo tan útil como digna de V.m. Reuniré los papelorios que tenga, y ó separados ó juntos se los remitiré á V.m.—Sigo bien con mi fuente, y va disminuyéndose la opresion del pecho que me fatigaba ántes al empezar á andar ó cuando hacía frio: verémos qué tal me trata el de este invierno. Mas no por eso trabajo más: estoi reducido á la clase de matemáticas, en el colegio. Á Dios amigo mio: le ama como siempre—*Alberto Lista.*—P. D. Don Alberto Lista, doctor en filosofía y en sagrada teología, catedrático de matemáticas superiores en la Universidad de Sevilla y decano de la facultad de filosofía en dicha Universidad, indivíduo de las Academias Española y de la Historia de Madrid, y de la de Buenas Letras de Sevilla, etc. etc.»

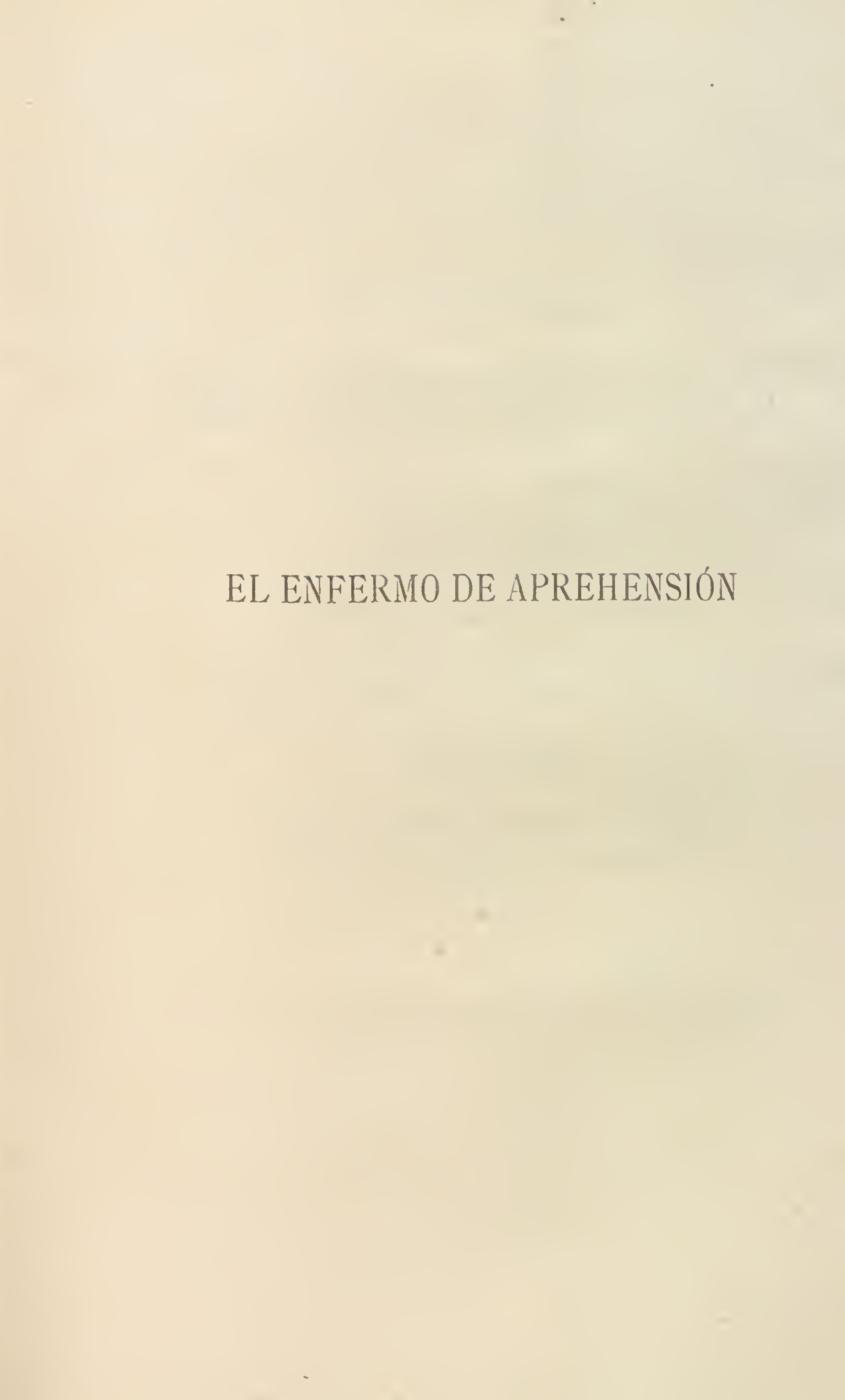
En Mayo de 1848, pocos meses antes de morir, aún se ocupaba de las ciencias aquel genio laborioso, y escribía al mismo amigo sobre el trabajo que le remitió para insertarlo en el periódico gaditano, con advertencias y salvedades que prueban toda la delicadeza de su carácter:

«Sr. D. José de Gardoqui.—Sevilla 19 de Mayo de 1848.— Mi querido y nunca olvidado amigo: mi enfermedad ha tomado tantas y tan diversas formas que me es imposible esplicarlas. Ataques á la respiracion y á la cabeza, un frio en el codo izquierdo, hinchazon en el brazo, muslo y pierna del mismo lado y dolores.... ¿qué sé yo? sólo he conservado bueno el estómago. Áun ahora que estoi convaleciente de la última recaida, tengo algun dolor é hinchazon en la pierna izquierda. Á pesar de todo, se me da la enhorabuena de poderlo contar. Se me ha prohibido todo trabajo mental intenso, y así será necesario recurrir á la memoria que leí en nuestra academia. He escrito á Novella que se la entregue á V m.: pues creo que quedó en su poder. Tambien será necesario que V.m. corrija lo

defectuoso que tenga en ella, y que ponga por nota, que no hallándome por mis males en estado de trabajar, he entregado ese trabajo antiguo para el periódico; pues no me acomoda que se sepa que *ahora* trabajo, habiéndome el gobierno dispensado del servicio de mi clase y decanato hasta el principio del curso siguiente. Queda de V. m. afectísimo amigo, como siempre—*Alberto Lista.*

»Recibí con accion de gracias el prospecto. Recogeré los números en casa del librero Álvarez.»

El 5 de Octubre de 1848 falleció Lista cristianamente. Apagóse aquella superiorísima y vasta inteligencia, apta lo mismo para la poesía que para las matemáticas, para las humanidades y las ciencias físicas que para la historia, para la ardiente lucha del periodismo que para las reposadas tareas de la academia ó la cátedra; genio tenaz y laborioso, consagró toda la vida y todos sus talentos á la noble y honrada afición del estudio, del que brotaron sabrosos y sazonados frutos. Dos tendencias predominaron en él; el clacisismo en las letras, y las ideas reformistas y radicales en la política; de la primera jamás prescindió, tal vez ahogando el genio poético en plétora de preceptos clásicos, de la segunda comenzó á apartarse desde 1816, y fuése alejando de ella á medida que la edad y la experiencia lo empujaban por el camino de la realidad de las cosas; y esto sin género de duda lo vemos confirmado por los actos todos de su vida que siguieron á la famosa carta á Reinoso donde confesó su error tocante á la política de Francia en aquella expresiva frase *el silencio es la lección de los fanáticos,* declaración honrada y noble, no hecha en documento llamado por su índole á leerse en público, que habría dado lugar á dudas ó sospechas, sino en carta al amigo, llamada á desaparecer apenas leída. De natural honrado y bondadoso, de trato ameno, sin excluir la seriedad de su carácter los donaires de un felicísimo ingenio, dióse á querer de propios y extraños, y haciendo olvidar errores pasados, fué su muerte harto sentida de todos y un vacío grande para las letras españolas.



EL ENFERMO DE APREHENSIÓN

EL ENFERMO
DE APREHENSIÓN

COMEDIA DE MOLIERE

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

TRADUCIDA LIBREMENTE AL CASTELLANO

POR D. ALBERTO LISTA Y ARAGON

Y DEDICADA

AL EXCMO. SR. MARISCAL DUQUE DE DALMACIA,

General en jefe del Ejército Imperial del Mediodía
en España.

Mens sana in corpore sano.
JUVEN.



Al Excmo. Sr. MARISCAL DUQUE DE DALMACIA, etc., etc.

PERMITE, invicto Duque, que el acento
De mi olvidada lira
Los gloriosos cuidados interrumpa
Del mando y la victoria. Tú que sabes,
Bajo el sacro laurel que te corona,
Proteger de Talía
El mirto alegre, y de la amable escena
Favorecer el arte encantadora,
Fácil perdonarás que á tus auspicios
Este débil ensayo de mi musa
Audaz ofrezca, y que el varón ilustre,
Que del suelo francés llevó la gloria
Sobre la erguida cima del Parnaso,
Hoy prodigue á la escena castellana,
Bajo tu protección, nuevos tesoros:
Ofrenda corta de mi humilde ingenio,
Pero de gratitud y afecto llena:
Que si mi pecho tímido alentara
Con su sagrada inspiración Apolo,
Y me dictara el atrevido canto,
Tus claras alabanzas resonaran
Sobre la ya felice lira mía.
Entonces ¡oh! los piélagos undosos
Pasara el pensamiento,

Y en las cimas del Alpe se mirara,
Temible como el Dios de los combates,
(1) Oponiendo en tu esfuerzo firme muro
Al austrïaco audaz, y con su sangre
Tiñendo las lagunas de la Helvecia:
Ó en clima más risueño disputando
Las selvosas vertientes de Apenino
Paso á paso al caudillo confiado
Que los rayos postraron de Marengo (2):
Ó cuando orillas del Danubio undoso
Te vieron Austria y Rusia amedrentadas
(3) Fijar altivo la mayor victoria
En las colinas de Austerlitz y fuiste
Brazo diestro del Marte de la Francia.
Ya te admirara rápido volando
Desde la Hercinia selva
Del Báltico á las márgenes heladas,
(4) Do en vano á tu cuchilla
Buscó el prusiano favorable asilo.
Ya el Wístula nevado
Y el tenebroso Niemen de tu nombre
De tus hazañas ínclitas llenando (5).
Yo viera la victoria
Tus sienes coronar con los laureles
Que en abundante mies segó tu espada,
Ya en el estéril clima
Que el silvoso Aquilón cubre de yelo,
Ya en los campos floridos y abundosos
Que baña el Duero, ó los que en lento curso
Inunda el sosegado Guadïana.
Yo cantara á tus rayos sometido
Y cuando el anglo fiero
Escarmentado huyó, de dos provincias,
Que ya tu padre y salvador te aclaman,
Libres de la britana tiranía,
Los aplausos se unieran á mi acento.
  Mas ¡oh! jamás la débil musa mía

(1) En la célebre campaña de Suiza de 1799.
(2) El general austriaco Melas.
(3) La ocupación de las alturas de Witschauw.
(4) Después de la batalla de Jena.
(5) En la campaña de Prusia, que terminó la paz de Tilsitt.

De Marte acerbo el funeral encuentro,
La tierra de cadáveres cubierta
Y en sangre de los míseros humanos
Fecundada ¡oh dolor! cantar podría.
Nó: virtudes más dulces, más amables,
Que benigna inspiró naturaleza
En tu sensible corazón, serían
Ocupación más grata de mi lira.
Esa afabilidad que unida siempre
Al severo deber de la milicia
En tu semblante traslucir se deja:
Esa blanda piedad, que al desgraciado,
De su bien nuncia, plácida sonríe:
Ese inflexible amor á la justicia
Que todos los afectos de tu pecho
Con inmortales lazos encadena:
La compasión activa con que lloras
Los crudos males de la triste España;
Tus deseos, tus votos porque luzca
De la tranquilidad el bello día,
Y tu mente solícita ocupada
Siempre en acelerarlo, digno objeto
De mi sensible y tierna lira fueran.
  Acepta, pues, benigno,
En tanto que á mi voz concede Febo
Canto digno á tus ínclitas virtudes,
Aqueste humilde dón de humilde musa:
Que á ennoblecerlo basta,
Oh ilustre general, tu heróico nombre.

Excmo. Señor.

ALBERTO LISTA.





ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

EL ENFERMO DE APREHENSIÓN *de Molière es una composición que no debe juzgarse con toda la severidad de las leyes dramáticas. El objeto de aquel gran cómico al escribirla no fué componer una comedia igual al* Hipócrita, *al* Misántropo, *á* Las mujeres sabias *y á otras piezas suyas tan recomendables por la fuerza del ridículo como por la regularidad de la ejecución. Sólo pretendió en ésta ofrecer á los ojos del público un tejido de escenas, en que tuviese lugar la pintura de las ridiculeces de los médicos de su tiempo y de la necia credulidad de los enfermos. Los intermedios de música y baile y el final del recibimiento de un médico, que son episodios muy ajenos de un drama regular, prueban que no tanto quiso presentar una composición acabada como hacer reir á los espectadores á costa de los discípulos de Galeno, cuyo pedantismo era insufrible en aquella época. Á ese fin inventó y desenvolvió el carácter de su enfermo, verdaderamente raro y original, y que está más en el género recargado de Aristófanes que en el natural y elegante de Terencio.*

Pero si esta pieza no se puede considerar como un modelo de la comedia rigorosamente arreglada, no por eso resplandecen menos en ella las más relevantes bellezas del arte cómico. Las profundas miras del autor, que casi sin advertirlo conducen á los grandes resultados morales, se observan en esta pieza con tanta claridad como en las demás que dió al teatro. Él corrige por medio del ridículo más acre la pedantería de los médicos, la necedad de los hombres que por un amor desordenado á la vida se hacen esclavos de su imaginación y de las medicinas, los artificios de las mujeres que se ligan por interés á maridos ancianos para heredarlos, la pésima educación que comúnmente se da á los niños, enseñándolos á ser falsos, tímidos y chismosos desde la primer edad, y las sutilezas de los satélites de Temis para cometer en nombre de la ley las mayores injusticias. Si á estos efectos morales, que jamás olvidó Molière en sus inmortales composiciones, se agrega la fuerza cómica, calidad en que quizá aventajó á todos los dramáticos conocidos, nos convenceremos de que esta pieza merece ser traducida á nuestra lengua. Siempre me ha parecido demasiado rígida la censura de Boileau contra ciertas piezas de aquel célebre cómico. En sus farsas más desarregladas Molière es siempre Molière: es decir, es siempre un pintor superior de las ridiculeces humanas: y si á algunas de sus comedias les falta regularidad ó verosimilitud, no hay alguna en que no se encuentren descritos con maestría y corregidos por medio de la burla más delicada los vicios y defectos de la sociedad.

En esta traducción he suprimido los intermedios de baile y música, que son bastante impertinentes á la acción. En las primeras representaciones que se han dado de ella en el teatro de Sevilla se conservó el final del recibimiento de un médico: pero considerando que esta escena recibe todo su mérito de circunstancias locales que no existen acaso ni aun en Francia, y por otra parte que nuestros cómicos no han podido darle toda la expresión y gracia necesaria para ase-

gurar su buen éxito, me he resuelto á suprimirla y darle á la acción un desenlace más sencillo y menos estrepitoso.

Si acaso mi trabajo tiene algún mérito, es el de ser protegido por un nombre ilustre, y el de haber complacido con él á un amigo estimable, que deseaba ver esta pieza sobre nuestro teatro. He procurado evitar los galicismos tan comunes en nuestras traducciones y tan fáciles de cometer en el escrito familiar por la poca correspondencia que hay entre los modismos familiares de diferentes idiomas. Me juzgo acreedor á alguna indulgencia, por ser el primer trabajo que presento en este género, tan contrario al que he cultivado hasta ahora.



PERSONAS

D. HEMETERIO, enfermo imaginario.
ANTONIA, criada.
ISABEL, hija de D. Hemeterio.
D.ª CLAUDIA, mujer del mismo.
El Sr. BUENAFÉ, notario.
D. CARLOS, amante de Isabel.
D. ESTEBAN RUINA, médico.
D. TOMÁS RUINA, médico, su hijo.
LUISITA, niña, hija de D. Hemeterio.
D. PABLO, hermano de D. Hemeterio.
D. CRISTÓBAL OLIZCO, boticario.
D. HILARIO PURGÓN, médico.

La escena es en Madrid, en casa de D. Hemeterio.



ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

D. HEMETERIO, *sentado junto á una mesa y ajustando las cuentas del boticario con tantos.*

Tres y dos son cinco y cinco diez. «Item, del día 24 una lavativa insinuativa, preparatoria y remoliente para enmuellecer, humestar y refrescar las entrañas del señor don Hemeterio...» Esto es lo que me gusta del señor Olizco, mi boticario; que escribe siempre sus cuentas con mucha cortesía. «Las entrañas del señor don Hemeterio, seis reales.» Ya! pero no basta tener buena crianza, señor Olizco: es menester ponerse en la razón y no desollar á los enfermos. Seis reales por un ayudazo! Beso á usted las manos, señor boticario; en otras cuentas no me las ha puesto usted más que á cuatro reales; y cuatro reales en el idioma de las boticas quieren decir dos reales: aquí están, dos reales. «Item, del mismo día por la tarde, un jarabe hepático, soporativo, somnífero, compuesto para hacer dormir al señor don Hemeterio, siete reales.» De éste no me quejo, porque me ha hecho dormir como un lirón. «Item, del 26, una ayuda carminativa para desalojar los flatos del señor don Hemeterio, seis reales.» Dos reales, señor boticario. «Item, una poción cordial y preservativa, compuesta de doce granos de bezoar, jarabes de limón, granada y otras yerbas, con arreglo á ordenanza, dos duros.» Ah, señor boticario! poco á poco, con perdón de usted: si usted sigue de esa manera no habrá quien quiera estar enfermo. Conténtese usted con veinte y cuatro

reales. Diez y dos doce, y siete diez y nueve, y dos veinte y uno, y veinte y cuatro cuarenta y cinco. De modo que este mes he tomado una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho medicinas, y una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce ayudas... y el mes pasado doce medicinas y veinte ayudas: no es extraño, pues, que este mes haya estado peor que el pasado... Yo se lo diré al señor Purgón para que ponga remedio en esto. Hola!... que se lleven esta mesa... No hay nadie?... Por más que digo, siempre me dejan solo: no hay forma de que paren aquí. *(Toca la campanilla.)* No oyen. *(Toca.)* Nada. *(Toca.)* Están sordos... Antonia!... *(Toca con la mayor fuerza que puede.)* Como si no tocara... Demonio!... Maldita!... Antonia ó diablo!... *(Toca.)* Ay, Dios mío! que me van á dejar morir solo! *(Toca.)*

ESCENA II

DICHO, ANTONIA.

ANT. *(Al entrar.)* Ya voy!...

D. HEM. Pícara, pícara!

ANT. *(Fingiendo haberse dado en la cabeza.)* Malhayan sus impaciencias de usted! Esos gritos me han atolondrado y me he hecho pedazos la cabeza contra el quicio de la puerta.

D. HEM. Ah perra!

ANT. *(Interrumpiéndole.)* Ay!

D. HEM. Ya hay...

ANT. Ay!

D. HEM. Ya hay una hora...

ANT. Ay!

D. HEM. Que me has dejado...

ANT. Ay!

D. HEM. Cállate, maldita, y te reñiré.

ANT. Pues: en eso estaba yo pensando después de lo que me he hecho.

D. HEM. Perra, tú has hecho que me desgañite.

ANT. Y usted que me rompa la cabeza. Estamos en paz.

D. HEM. Y qué, malvada...!

ANT. Si usted riñe, me pongo á llorar.

D. HEM. Abandonarme así!

ANT. Ay!

D. Hem. Demonio, tú quieres...

Ant. Ay!

D. Hem. Conque yo no he de tener el gusto de reñirte?

Ant. Y quién se lo quita á usted?

D. Hem. Tú, maldita, que me interrumpes á cada momento.

Ant. Si usted tiene el gusto de reñir, yo tengo el de llorar: cada uno el suyo. Ay!

D. Hem. Vamos, es preciso aguantar. Quítame esto, pícara, quítame esto. *(Se levanta.)* Que me preparen una taza de caldo para antes de la medicina que voy á tomar.

Ant. El señor Purgón y el señor Olizco tienen en su persona de usted un tesoro; y yo quisiera saber qué enfermedad es la de usted para tantos remedios.

D. Hem. Cállate, ignorante: quién eres tú para censurar las operaciones de la medicina? Dile á mi hija Isabel que tengo que hablarle.

Ant. Aquí viene ella.

ESCENA III

DICHOS, ISABEL.

D. Hem. Llega, hija: tú vienes á buena ocasión.

Isab. Qué manda usted, padre mío?

D. Hem. Esperáos. *(Á Antonia.)* Dame mi bastón, que vuelvo al momento.

Ant. Lijero, señor, vaya usted lijero. Qué nos da que hacer este señor Purgón!

ESCENA IV

ISABEL, ANTONIA.

Isab. Antonia.

Ant. Qué manda usted?

Isab. Mírame.

Ant. Y bien, ya la miro á usted.

Isab. Antonia.

Ant. Qué es lo que usted quiere decir con Antonia?

Isab. No adivinas de lo que quiero hablar?

Ant. Lo sospecho: no es de aquel jovencito? Porque ha seis días

que no habla usted de otra cosa.

ISAB. Pues si lo sabes, por qué no empiezas la conversación, y me ahorrarías la vergüenza...?

ANT. Acaso me deja usted tiempo para ello? Usted toma tan bien sus precauciones, que es difícil anticiparse.

ISAB. Pero dime, Antonia, repruebas el amor que le tengo?

ANT. Nada de eso.

ISAB. Hago yo mal en abandonarme á sus dulces impresiones?

ANT. Quién tal dice?

ISAB. Sería yo insensible á las protestaciones de la ardiente pasión que demuestra tenerme?

ANT. Ni por pienso.

ISAB. Dime, no te parece cosa guiada del Cielo la imprevista aventura en que nos conocimos por la vez primera?

ANT. Sí.

ISAB. El haberme socorrido sin conocerme, no es verdaderamente acción de un hombre honrado?

ANT. Sin duda.

ISAB. De un hombre generoso hasta el extremo?

ANT. Por supuesto.

ISAB. Y que se portó con la mejor gracia del mundo?

ANT. Eso sí.

ISAB. Antonia, no te parece muy buen mozo?

ANT. Seguramente.

ISAB. Airoso?

ANT. Muchísimo.

ISAB. Que sus palabras y acciones respiran nobleza?

ANT. Seguro.

ISAB. Que no hay expresiones más enamoradas que las que me dijo?

ANT. Verdad.

ISAB. Y que no hay en el mundo una cosa tan molesta como el encierro en que me tienen, privada de todas aquellas comunicaciones que pudieran favorecer nuestro dulce y recíproco cariño?

ANT. Usted tiene razón.

ISAB. Pero, Antonia mía, te parece á tí que él me quiere tanto como dice?

ANT. Eh, esas cosas están un poco sujetas á fianza. La representación del amor se parece mucho á la realidad, y yo conozco grandes cómicos en esta materia.

ISAB. Ay Antonia! qué me dices? Sería posible que me engañase con aquel modito tan bello...?

ANT. Pero pronto sabrá usted la verdad. Ayer le escribió á usted

que pensaba pedirla en casamiento: si lo hace, es una gran prueba.

ISAB. Ay Antonia! si éste me engaña, no vuelvo á creer á ningún hombre.

ANT. El amo vuelve.

ESCENA V

DICHAS *y* D. HEMETERIO.

D. HEM. Ahora bien, hija mía, voy á darte una noticia que te cogerá de nuevas. Te han pedido en casamiento. Hola! te ríes? Qué graciosa es para las muchachas la palabra casamiento! Naturaleza, naturaleza! Según veo no tengo que preguntarte si te quieres casar.

ISAB. Padre, yo debo hacer todo lo que usted me mande.

D. HEM. Me alegro mucho de tener una hija tan obediente. Yo te he prometido, y ya es negocio concluído.

ISAB. Yo, padre, debo obedecer ciegamente la voluntad de usted.

D. HEM. Tu madrastra quería que te metiese religiosa, y también á tu hermana Luisita: siempre, siempre ha tirado á eso.

ANT. *(Aparte.)* La bestia tiene sus motivos.

D. HEM. Y no quería consentir en este casamiento; pero yo he vencido, y mi palabra está dada.

ISAB. Ay padre! cuán agradecida estoy á la bondad de usted!

D. HEM. Yo no le he visto todavía; pero me han asegurado que me agradaría su persona y á tí también.

ISAB. Seguramente, padre mío.

D. HEM. Seguramente! Pues qué, le has visto tú?

ISAB. Ya que el consentimiento de usted me autoriza para descubrirle mi corazón, no debo ocultarle que ha seis días que la casualidad hizo que nos conociésemos, y que el haberme pedido por esposa es un efecto de la mutua inclinación que nos tenemos desde la vez primera que nos vimos.

D. HEM. No me han dicho tanto... Pero me alegro mucho de que las cosas estén sobre ese pié... Dicen que es un joven alto, bien formado...

ISAB. Sí señor.

D. HEM. De bella presencia...

ISAB. Sin duda.

D. HEM. Agradable en su persona...

ISAB. Seguramente.

D. HEM. De hermosa fisonomía...

ISAB. Muy hermosa.

D. HEM. Juicioso, de buena familia...

ISAB. Sí, padre mío.

D. HEM. Muy honrado y atento...

ISAB. Como el que más.

D. HEM. Que habla muy bien el latín y el griego...

ISAB. Eso no sé yo.

D. HEM. Y que se recibirá de médico dentro de tres días.

ISAB. Él, padre?

D. HEM. Sí; pues qué, no te lo ha dicho?

ISAB. Nó señor. Quién se lo ha dicho á usted?

D. HEM. Don Hilario Purgón.

ISAB. Pues qué, el señor Purgón lo conoce?

D. HEM. Bella pregunta! No le ha de conocer, si es su sobrino?

ISAB. Carlos es sobrino del señor Purgón?

D. HEM. Qué Carlos, si hablamos del que te ha pedido por esposa?

ISAB. Pues bien.

D. HEM. Pues bien; es el sobrino del señor Purgón, hijo de su cuñado don Estéban Ruina el médico, y se llama don Tomás Ruina y nó Carlos, y hemos concluído este casamiento hoy por la mañana entre el señor Purgón, don Cristóbal Olizco y yo, y mañana se me presentará el novio. Qué te parece...? Estás tonta.

ISAB. Padre, usted me hablaba de uno y yo entendía de otro.

ANT. Pero, señor, ha formado usted un designio tan ridículo? Teniendo tanto caudal, ir á casar su hija con un médico!

D. HEM. Y quién te mete á tí en eso, picarona, desvergonzada?

ANT. Dios mío! *(Con más flema.)* Usted se va siempre á las malas razones. Es posible que no hemos de hablar una vez sola sin reñir? Vamos, templanza. Qué motivo tiene usted para hacer este casamiento?

D. HEM. El motivo es que, viéndome tan enfermo como estoy, quiero tener yerno y parientes médicos para fortalecerme con buenos socorros contra mi enfermedad, tener en mi familia un almacén de remedios y rodearme de consultas y recetas.

ANT. Muy bien; esa es una razón que se entiende: á la verdad que es un gusto tratar los asuntos sesudamente y con buen modo. Pero, señor, meta usted la mano en su pecho. De veras está usted malo?

D. HEM. Cómo si estoy malo, picarona, insolente...!

ANT. Sí señor, sí señor; está usted malo, no riñamos por eso: muy malo; más malo de lo que usted piensa. Ya estamos convenidos. Pero su hija de usted debe tener un marido para sí misma; y no estando enferma, no es necesario que sea médico.

D. HEM. Yo le doy un médico para mí, y una buena hija debe estar muy contenta con ser esposa del que es útil á la salud de su padre.

ANT. Señor, quiere usted que como amiga le dé un consejo?

D. HEM. Veamos ese consejo.

ANT. No piense usted en ese casamiento.

D. HEM. La razón.

ANT. Porque su hija de usted no consentirá.

D. HEM. No consentirá?

ANT. Nó. Le dirá á usted que no se le da un pito del señor Ruina, ni de su hijo Tomás Ruina, ni de todos los Ruinas del mundo.

D. HEM. Á mí se me da. Por otra parte, el novio es más ventajoso de lo que piensas. El señor Ruina no tiene más hijo ni heredero que ése; y el señor Purgón, que no tiene hijos ni mujer, le deja todo su caudal si se verifica este enlace; y el señor Purgón es hombre de tres mil duros de renta.

ANT. Preciso es que haya muerto mucha gente para juntar tanto dinero.

D. HEM. Tres mil duros de renta no son de despreciar, además del caudal del padre.

ANT. Señor, todo eso es muy bueno; pero su hija de usted no ha nacido para ser madama Ruina.

D. HEM. Pues yo quiero que lo sea.

ANT. Señor, no diga usted eso.

D. HEM. Cómo que no lo diga?

ANT. Nó señor.

D. HEM. Y por qué no lo he de decir?

ANT. Dirán que usted no sabe lo que se dice.

D. HEM. Digan lo que quieran, pero ella cumplirá la palabra que yo he dado.

ANT. Nó señor, no la cumplirá.

D. HEM. Yo sabré obligarla.

ANT. Yo le digo á usted que no la cumplirá.

D. HEM. La cumplirá ó la plantaré en un convento.

ANT. Usted?

D. HEM. Yo.

ANT. Mucho!

D. HEM. Qué quiere decir mucho?

Ant.	Usted no la pondrá en un convento.
D. Hem.	No la pondré en un convento?
Ant.	Nó.
D. Hem.	No?
Ant.	Nó.
D. Hem.	Esto sí que es gracioso! Con que si quiero no pondré á mi hija en un convento?
Ant.	Nó, le repito á usted.
D. Hem.	Y quién me lo impedirá?
Ant.	Usted mismo.
D. Hem.	Yo?
Ant.	Sí; usted no tendrá corazón para eso.
D. Hem.	Yo lo tendré.
Ant.	Usted se chancea.
D. Hem.	Yo no me chanceo.
Ant.	El amor de padre se apoderará de usted.
D. Hem.	No se apoderará.
Ant.	Una ó dos lagrimitas, un abrazo, un «papá mío,» pronunciado con ternura, bastarán para ablandar á usted.
D. Hem.	Todo eso no valdrá nada.
Ant.	Sí, sí.
D. Hem.	Te digo que no me ablandaré.
Ant.	Qué disparate!
D. Hem.	Sí, sí; disparate.
Ant.	Si yo lo conozco á usted: usted es bueno naturalmente.
D. Hem.	*(Encolerizado.)* Yo no soy bueno; y seré malo siempre que me dé la gana.
Ant.	*(Con templanza.)* Mire usted que está usted enfermo.
D. Hem.	Yo le mando que se prepare á recibir el marido que digo.
Ant.	Y yo se lo prohibo.
D. Hem.	Dónde estamos? qué insolencia es la de una pícara criada, hablar de esa manera delante de su amo?
Ant.	Cuando el amo no sabe lo que se hace, una criada sensata debe enmendárselo.
D. Hem.	*(Corriendo tras de ella.)* Ah, insolente! te he de moler á palos.
Ant.	*(Poniendo una silla entre su amo y ella.)* Es obligación mía el oponerme á todo lo que puede desacreditar á usted.
D. Hem.	*(Corriendo tras ella con el bastón al rededor de la silla.)* Ven, ven, yo te enseñaré á hablar.
Ant.	*(Escapándose por el lado donde no está su amo.)* Yo me intereso, como debo, en que usted no haga disparates.
D. Hem.	*(Lo mismo.)* Perra!...

ANT. *(Lo mismo.)* Nó; jamás consentiré en ese casamiento.

D. HEM. *(Lo mismo.)* Malvada...

ANT. *(Lo mismo.)* No quiero que se case con ese Tomás Ruina.

D. HEM. *(Lo mismo.)* Maldita!...

ANT. *(Lo mismo.)* Y ella me ha dc obedccer más bien que á ustcd.

D. HEM. *(Se pára.)* Isabel, agárrame esa picarona.

ISAB. Padre mío, no se ponga usted malo!

D. HEM. Si no me la deticnes te echo mi maldición.

ANT. *(Escapando.)* Y si obedece á usted yo la deshercdo.

D. HEM. *(Arrojándose en su silla.)* Ah! ya no puedo más! Yo no sé cómo no me muero!

ESCENA VI

D. HEMETERIO, D.ª CLAUDIA.

D. HEM. Ay, mujer! llega, llega!

D.ª CLAUD. Qué tienes, pobrecito mío?

D. HEM. Ven á socorrerme.

D.ª CLAUD. Qué ha sucedido, hijito mío?

D. HEM. Niña...

D.ª CLAUD. Queridito...

D. HEM. Me acaban de dar un enfado.

D.ª CLAUD. Ay, maridito mío! Y qué ha sido, mi alma?

D. HEM. Esa pícara de Antonia ha estado más insolente que nunca.

D.ª CLAUD. No te alteres, niño.

D. HEM. Mc ha hecho rabiar, vida mía.

D.ª CLAUD. Témplate, hijito mío.

D. HEM. Una hora entera se ha estado oponiendo á lo que yo quiero haccr.

D.ª CLAUD. *(Con suavidad.)* Vamos.

D. HEM. Ha tenido la desvergüenza de decirme que no estoy malo.

D.ª CLAUD. Miren la impertinente!

D. HEM. Tú sabcs, niña mía, lo malo que estoy.

D.ª CLAUD. Sí, corazoncito mío, ha hecho mal.

D. HEM. Amor mío, esa pícara me ha de matar.

D.ª CLAUD. Vamos, vamos.

D. HEM. Ella tiene la culpa de toda mi bilis.

D.ª CLAUD. No tc enfades tanto.

D. HEM. Yo no sé cuántos meses ha quc te estoy diciendo que la eches de casa.

D.ª CLAUD. Oh, Dios mío! No hay criado ó criada que no tenga sus faltas, hijito. Por sus buenas calidades se suplen las malas. Antonia es hábil, cuidadosa, diligente, y sobre todo fiel: y tú sabes cuánto tino es menester para tomar criados nuevos. Hola, Antonia.

ESCENA VII

DICHOS, ANTONIA.

ANT. Señora.

D.ª CLAUD. Por qué das enfados á mi marido?

ANT. *(Con humildad afectada.)* Yo, señora? Ay! por qué me dice usted eso, cuando no pienso en más que en complacerle?

D. HEM. Ah, bribona!

ANT. Nos ha dicho que quería casar su hija con el hijo del señor Ruina, y le repliqué que aunque el partido era ventajoso, sería mucho mejor ponerla en un convento.

D.ª CLAUD. No dice mal: á mí me parece que tiene razón.

D. HEM. Y qué, tú la crees, niña? Es una perversa: me ha dicho mil insolencias.

D.ª CLAUD. Pues bien, yo te creo á tí, niño mío: esto se acabó. Antonia, si vuelves á enfadar á mi marido te planto en la calle. Ahora dame su capa y las almohadas, que voy á acomodarlo en su silla.—Ponte el gorro hasta las orejas: nada resfría tanto como el aire que entra por las orejas.

D. HEM. Ay niña mía! Cuánto te agradezco el cuidado que tienes conmigo!

D.ª CLAUD. *(Acomodando las almohadas.)* Levántate y pondré ésta debajo: ésta para sostenerte y ésta del otro lado: ésta á la espalda y ésta para que descanses la cabeza.

ANT. *(Poniéndole el gorro con fuerza.)* Y éste para que liberte á usted del sereno.

D. HEM. *(Levantándose y tirándole las almohadas. Antonia huye.)* Ah pícara, tú quieres ahogarme!

ESCENA VIII

D. HEMETERIO, D.ª CLAUDIA.

D.ª CLAUD. Vamos, vamos, qué es eso?

D. Hem. *(Echándose en la silla.)* Ay, ay! No puedo más.

D.ª Claud. Por qué te enfadas? Ella no pensó en hacerte daño.

D. Hem. Tú no conoces, niña mía, la malicia de esa bribona. Ay! me ha dejado sin sentido. Necesito más de ocho medicinas y doce lavativas para reparar el daño.

D.ª Claud. Vaya, niño, sosiégate un poco.

D. Hem. Hijita, tú eres todo mi consuelo.

D.ª Claud. Pobrecito!

D. Hem. Para manifestar lo que agradezco tu amor, quiero, como te he dicho ya, hacer mi testamento.

D.ª Claud. Ay, corazón mío! no hablemos de eso por amor de Dios: yo no tengo alma para pensar en esas cosas, y sólo la palabra de testamento me da convulsiones de dolor.

D. Hem. Yo te había dicho que avisaras á tu notario.

D.ª Claud. Ahí está, que le dije que viniera.

D. Hem. Pues dile que éntre.

D.ª Claud. Ay! la mujer que quiere bien á su marido no está para pensar en estos asuntos.

ESCENA IX

DICHOS, *el* SR. BUENAFÉ.

D. Hem. Acérquese usted, señor Buenafé, acérquese usted y tome asiento. Mi mujer me ha dicho que usted es muy hombre de bien y amigo suyo, y le he encargado que le hable á usted para hacer mi testamento.

D.ª Claud. Ay! yo no estoy capaz de hablar en esas materias.

Buen. Señor: me ha explicado las intenciones de usted y el designio que tenía de hacerle bien, y yo debo advertirle que no puede dejar nada á su mujer en su testamento.

D. Hem. Pero por qué?

Buen. Porque la disposición sería nula según el derecho de este país.

D. Hem. Pues es un derecho muy impertinente que un marido no pueda dejar nada á una mujer que lo ama tiernamente, y que tanto se afana en su regalo... Yo consultaré mi abogado, y veremos.

Buen. Déjese usted de abogados: en esta materia son severos, y miran como un gran delito testar contra la ley; no conocen las revueltas de la conciencia. Otras personas hay más fáciles, que saben pasar suavemente por cima de la ley, y hacer justo lo que es ilícito. Sin esto, dónde estaríamos? Es preciso facilitar

las cosas: si nó no habría negocios ni daría yo un ochavo por mi oficio.

D. HEM. Mi mujer tenía razón cuando me dijo que usted era muy hábil y muy honrado. Cómo, pues, podré yo dejarle mi caudal y y enajenárselo á mi hija?

BUEN. Cómo? Usted puede escoger, sin que lo sienta la tierra, un amigo íntimo de su mujer, y dejarle en su testamento todo lo que pueda, para que después se lo entregue á la señora; usted puede contraer muchos créditos no sospechosos, prestando su nombre los acreedores á la consorte, siempre que dejen en su poder una declaración de que todo lo que hacen es por complacerla. Además, usted puede entregarle en vida todo el dinero contante y todos los vales que tenga á letra vista.

D.ª CLAUD. Ay Dios! no se fatiguen ustedes en eso. Hijo mío, si tú faltas, yo no quiero vivir más en este mundo.

D. HEM. Niña mía...

D.ª CLAUD. Sí, mi alma; si tengo la desgracia de perderte...

D. HEM. Ay hija de mi alma!

D.ª CLAUD. Para qué quiero la vida? Yo te seguiré, y te demostraré entonces el amor que tengo.

D. HEM. Hijita, tú me traspasas el corazón: consuélate por amor de Dios.

BUEN. *(Á D.ª Claudia.)* Esas lágrimas son fuera de tiempo: todavía no estamos en ese caso.

D.ª CLAUD. Ay señor! usted no sabe lo que es un marido que se ama con ternura.

D. HEM. Niña mía, lo que siento más, si me muero, es no haber tenido un hijo de tí. El señor Purgón me había dicho que me daría medicinas para ello.

BUEN. Todavía no es tarde.

D. HEM. Es preciso hacer mi testamento del modo que dice el señor: pero por vía de precaución te entregaré ochenta mil reales en oro, que tengo guardados en el desván de mi alcoba, y dos letras.

D.ª CLAUD. Nó, yo no quiero tomar nada de eso. Ah!... Cuánto dices que hay en la alcoba?

D. HEM. Ochenta mil reales, consuelo mío.

D.ª CLAUD. Por Dios que no me hables de dinero. Ah!... Y de cuánto son las letras?

D. HEM. Una de cuatro mil pesos y otra de seis mil.

D.ª CLAUD. Todos los bienes de este mundo son nada para mí en comparación tuya.

BUEN. Quiere usted que procedamos al testamento?

D. HEM. Sí señor; pero será mejor en mi gabinete: llévame, niña mía.

D.ª CLAUD. Vamos, hijito.

ESCENA X

ISABEL, ANTONIA.

ANT. Van con un notario, y he oído hablar de testamento. La madrastra no se duerme. Conjuración hay contra usted.

ISAB. Que disponga de su caudal como guste, con tal que no disponga de mi corazón... Por Dios, que no me abandones en el trance en que estoy.

ANT. Yo abandonar á usted! primero morir. Por más que la madrastra ha querido que me una á sus intereses y sea su confidenta, nunca le he tenido inclinación y siempre he sido de usted. Yo usaré de todos mis ardides á favor de usted: pero para hacerlo mejor voy á mudar la puntería, fingiendo que soy del partido de la madrastra.

ISAB. Procura dar noticia á Carlos de este casamiento que han proyectado.

ANT. Hoy no tengo con quién enviársela, y ya es muy tarde; pero mañana muy temprano le enviaré á llamar, y se alegrará mucho.

D.ª CLAUD. *(Dentro.)* Antonia...

ANT. Me están llamando... Buenas noches... Descanse usted, y fíese de mí.



ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

CARLOS, ANTONIA.

ANT. *(Sin conocerlo.)* Á quién busca usted, caballero?

CARL. Á quién busco!

ANT. Ah! es usted? Y qué viene usted á hacer aquí?

CARL. Á saber mi destino, hablar á la amable Isabel, consultar los sentimientos de su corazón y preguntarle cuáles son sus resoluciones acerca de este casamiento fatal de que me han dado noticia.

ANT. Sí; pero á la señorita no se le habla, así, á tiro hecho. Es necesario ocultarse. Ya se le ha dicho á usted en cuán estrecho encierro la tienen, y que sólo la curiosidad de su vieja tía hizo que se le diese licencia de ir á la comedia el día que tuvo principio vuestra pasión, y que nos hemos guardado muy bien de contar aquella aventura.

CARL. Por eso no vengo yo aquí como don Carlos ni en calidad de amante, sino como amigo de su maestro de música, de quien he conseguido que me enviase en su lugar.

ANT. Aquí está su padre: retírese usted un poco, y le diré que está usted ahí.

ESCENA II

D. HEMETERIO, ANTONIA.

D. HEM. El señor Purgón me ha mandado pasearme por la mañana en

mi cuarto doce veces á ida y á venida; pero se olvidó preguntarle si había de ser á lo largo ó á lo ancho.

ANT. Señor, aquí está...

D. HEM. Calla, demonio! tú vienes á trastornarme el cerebro. No sabes que no se les puede hablar alto á los enfermos?

ANT. Venía á decirle á usted...

D. HEM. No te digo que hables bajo?

ANT. Señor... *(Finge que habla.)*

D. HEM. Qué?

ANT. Digo que... *(Finge que habla.)*

D. HEM. Qué es lo que dices?

ANT. *(Alto.)* Que ahí está un hombre que quiere hablarle á usted.

D. HEM. Que éntre.

ESCENA III

DICHOS, CARLOS.

CARL. Señor...

ANT. No hable usted tan alto, que se le trastorna el cerebro á mi amo.

CARL. Señor, me alegro de encontrarlo á usted tan mejorado.

ANT. *(Fingiéndose enfadada.)* Qué quiere decir mejorado? Eso es falso: mi señor sigue siempre malo.

CARL. Yo había oído decir que estaba mejor, y como le veo tan buen semblante...

ANT. Qué quiere decir buen semblante? Mi señor lo tiene muy malo; y los que le han dicho á usted que estaba mejor, son unos impertinentes: nunca ha estado más malo.

D. HEM. Tiene razón.

ANT. Él anda, come y bebe como los demás; pero todo eso no quita que esté muy malo.

D. HEM. Es verdad.

CARL. Señor, lo siento mucho. Yo vengo de parte del maestro de cantar de la señorita, que se ha visto precisado á ir fuera por algunos días, y siendo yo su amigo, me ha encargado que siga dándola lección, para que no olvide lo que ya sabe.

D. HEM. Muy bien. *(Á Antonia.)* Llama á Isabel.

ANT. Me parece, señor, que sería mejor llevar este caballero á su cuarto.

D. HEM. Nó; dile que venga.

ANT. Yo creo que no le podrá dar bien la lección si no están á solas.

D. HEM. Sí podrá, sí podrá.

ANT. Señor, lo aturdirán á usted, y en el estado en que usted se halla no se debe hacer nada que lo conmueva ó le trastorne el cerebro.

D. HEM. Nada, nada; la música me gusta y me alegraré de... Ella viene. Anda ve tú á ver si mi mujer está ya vestida.

ESCENA IV

D. HEMETERIO, ISABEL, CARLOS.

D. HEM. Ven, hija; tu maestro de música se ha ido fuera, y envia al señor para que te dé lección por él.

ISAB. *(Reconociendo á Carlos.)* Ay Dios!

D. HEM. Qué es eso? de qué te asombras?

ISAB. Es que...

D. HEM. Qué es lo que te altera, hija?

ISAB. Padre, ésta es una aventura maravillosa.

D. HEM. Cómo?

ISAB. Yo he soñado esta noche que estaba en un peligro muy grande, y que una persona, en todo semejante á este caballero, se presentaba á mi vista: yo le pedí socorro y me libertó del riesgo, y mi sorpresa ha nacido de ver aquí al mismo que he tenido en mi idea toda la noche.

CARL. No puede llamarse desgraciado quien ocupa vuestra memoria, ya despierta, ya durmiendo, y mi felicidad sería la mayor si estuviéseis en algún riesgo y me creyéseis digno de ser vuestro libertador: nada dejaría por hacer para...

ESCENA V

DICHOS, ANTONIA.

ANT. *(Á D. Hemeterio.)* Señor, me desdigo ahora de todo lo que dije ayer. El señor Ruina el padre y el señor Ruina el hijo vienen á visitar á usted. Qué bien va usted á enyernar! Usted va á ver el mozo más bello y de más talento que hay en el mundo. Estoy ya loca con sólo dos palabras que ha dicho: la señorita va á enamorarse perdidamente de él.

D. HEM. *(Á Carlos, que hace que se va.)* No se vaya usted: voy á casar mi hija, y se viene á presentar el novio, que no hemos visto todavía.

CARL. Señor, usted me honra demasiado permitiéndome que sea testigo de una entrevista tan agradable.

D. HEM. Es hijo de un médico muy hábil. Las bodas se celebrarán antes de cuatro días.

CARL. Muy bien.

D. HEM. Escríbaselo usted á su maestro de música para que venga á hallarse en ellas.

CARL. Lo haré así.

D. HEM. Y usted dése también por convidado.

CARL. Usted me favorece extraordinariamente.

ANT. Vamos, en ceremonia, que ya llegan.

ESCENA VI

DICHOS, D. ESTEBAN RUINA, D. TOMÁS RUINA, *Lacayos.*

D. HEM. *(Tocando con la mano al gorro sin quitárselo.)* El señor Purgón me ha prohibido que me descubra la cabeza: usted, que es de la profesión, conoce las consecuencias.

D. EST. Nosotros hacemos todas nuestras visitas para aliviar á los enfermos, y nó para incomodarlos.

(Los dos hablan á la par.)

D. HEMETERIO.

Yo recibo, señor, con mucha alegría, el honor que ustedes me hacen, y yo quisiera poder pasar á su casa para asegurarle de mi afecto; pero usted sabe lo que es un pobre enfermo, que no puede hacer más que decirle á usted que buscará todas las ocasiones de manifestarle que es muy su criado.

D. ESTEBAN.

Aquí venimos, señor, mi hijo Tomás y yo, á manifestarle el júbilo que nos ocupa, por el favor que usted nos hace en tener á bien el hacernos partícipes del honor de pertenecer á su familia, y á asegurarle á usted que en las cosas que dependan de nuestra profesión, igualmente que en todas las demás, estaremos siempre prontos á manifestarle nuestro afecto.

D. EST. *(A Tomás.)* Vamos, Tomás, llega: haz tu cumplido.

TOM. *(Á D. Esteban.)* No debo comenzar por el padre?

D. EST. Sí.

TOM. *(Á D. Hemeterio.)* Señor: yo vengo á saludar, reconocer, amar

y reverenciar en usted un segundo padre; pero un segundo padre, al cual me atrevo á decir que soy más deudor que al primero. El primero me ha engendrado, pero usted me ha elegido: él me recibió por necesidad y usted me acepta de gracia: lo que tengo del primero es obra de su cuerpo; pero lo que tengo de usted es obra de la voluntad: y cuanto las facultades espirituales son superiores á las corpóreas, tanto más le debo á usted, y tanto más preciosa estimo la futura filiación, por la que vengo á ofrecer á usted anticipadamente mis muy humildes y respetuosos homenajes.

ANT. Vivan las universidades de donde salen tan grandes hombres!

TOM. *(Á D. Esteban.)* Padre, qué tal he estado?

D. EST. «Optimé.»

D. HEM. Vaya, saluda al señor.

TOM. Señora: no en balde en la esposa de mi futuro padre...

D. HEM. Ésta no es mi mujer: es mi hija.

TOM. Pues dónde está?

D. HEM. No tardará en venir.

TOM. Padre, espero á que venga?

D. EST. Pero haz tu cumplimiento á la señorita.

TOM. Señorita: así como la estatua de Mennón despedía un sonido armonioso cuando la esclarecían los rayos del sol, ni más ni menos me siento animado de un dulce transporte á la aparición del sol de vuestra hermosura; y como los naturalistas observan que la flor llamada heliotropo gira sin cesar hacia aquel astro del día, así mi corazón amante, girasol sempiterno, volteará siempre hacia los astros resplandecientes de vuestros ojos adorables como su único polo. Permitid, pues, señorita, que cuelgue hoy en el altar de vuestras gracias la ofrenda de un corazón que no ambiciona ni aspira á otra gloria sino la de ser toda mi vida vuestro humildísimo, obedientísimo y fidelísimo servidor y marido.

ANT. Esto es haber ido á las clases: allí es donde se aprenden cosas tan lindas.

D. HEM. *(Á Carlos.)* Qué le parece á usted?

CARL. Maravilloso: y si el señor don Tomás es tan buen médico como orador, será un gusto ser enfermo suyo.

ANT. Seguramente: serán prodigiosas sus curas si se igualan á sus discursos.

D. HEM. Vamos, mi silla: asientos á los señores. Siéntate aquí, hija. Usted ve, señor don Esteban, que todos celebran su hijo, y yo le doy á usted la enhorabuena de sus adelantamientos.

D. Est. Señor, no es porque soy su padre, pero todos los que lo conocen hablan de él como de un joven sin maldad. Su imaginación no es muy viva ni su espíritu fogoso; pero por eso mismo siempre he augurado bien de su judiciaria, calidad tan necesaria en nuestra profesión. Cuando era niño siempre estaba sereno, pacífico, sin hablar una palabra ni entretenerse en los juegos de la infancia. Costó mucho trabajo enseñarlo á leer, y á los nueve años no conocía todavía las letras. Bueno, decía yo; los árboles tardíos son los que dan mejores frutos. Esta lentitud en comprender, esta pesantez de imaginación es la señal de un buen juicio en lo venidero. Cuando entró en la Universidad halló mil dificultades en las Ciencias; pero todas las venció con su asiduo trabajo. En fin, á fuerza de machacar en hierro frío consiguió el grado de Licencia; y puedo decir que en los dos años que lleva de actuante, donde no defiende las conclusiones arguye por la contraria. Es firme en la disputa, fuerte en sus principios como un turco, tenaz siempre en su opinión, y sigue un razonamiento hasta las últimas revueltas de la lógica. Pero lo que más me agrada en él, y en lo que más me imita, es su inviolable adhesión á las opiniones de los antiguos, y que jamás ha querido comprehender ni escuchar las razones y experiencias de los mentidos descubrimientos de nuestro siglo tocante á la circulación de la sangre y otras opinioncillas de este jaez.

Tom. *(Saca un gran papel de conclusiones.)* Yo he sostenido contra los circuladores esta conclusión que, con licencia de usted *(á D. Hemeterio)*, me atrevo á presentar á la señorita como un homenaje que le debo de las primicias de mi ingenio.

Isab. Señor, éste es un mueble inútil para mí. Yo no entiendo nada de esas cosas.

Ant. Venga acá: recortaremos la estampa y la colgaremos en el cuarto.

Tom. Igualmente, con el permiso de usted *(á D. Hemeterio)*, convido á la señorita á que venga á ver un día de éstos, para que se divierta, la disección del cadáver de una mujer, en cuyo acto tengo que discertar.

Ant. Qué diversión tan agradable! Ya se han visto galanes que obsequian á sus damas con comedias; pero una disección es cosa mucho más fina.

D. Hem. Y no piensa usted presentarlo en la Corte y conseguirle una plaza de médico?

D. Est. Si he de decir á usted la verdad, nuestra profesión es mucho

más agradable ejerciéndola con el pueblo que con los grandes. El pueblo es fácil de contentar: no hay con él responsabilidad alguna; y con tal que se observen las reglas corrientes del arte, no hay cuidado ninguno por las consecuencias. Pero la asistencia de los grandes es muy incómoda: cuando caen malos quieren que precisamente los sane el médico.

ANT. Buena impertinencia, querer que ustedes se encarguen de tal obligación! Los médicos no están para eso, sino para recibir sus gajes y mandar medicamentos: el sanar le toca á los enfermos, si pueden.

D. EST. Cierto: no estamos obligados á más que á asistir los enfermos y recetar los remedios en las formas prescritas.

D. HEM. Ya viene aquí mi mujer.

ESCENA VII

DICHOS, D.ª CLAUDIA.—*Carlos se va sin ser visto mientras los demás se ponen en pié para cumplimentarla.*

D. HEM. Querida mía, este caballerito es el hijo del señor Ruina.

TOM. No en balde miro en la esposa de mi futuro padre tanta belleza, cuyos rayos divinos...

D.ª CLAUD. Señor, me alegro de haber llegado á ocasión de tener la complacencia de ofrecerme á sus órdenes.

TOM. Cuyos rayos divinos... cuyos rayos divinos... Señora, usted me ha interrumpido enmedio del período, y esto me ha confundido la memoria.

D. EST. Tomás, resérvalo para otra ocasión.

D. HEM. Niña, yo hubiera tomado que hubieras estado aquí un poquito antes.

ANT. Ay señora! Usted se ha perdido lo del segundo padre, la estatua de Mennón, y la flor llamada heliótropo.

D. HEM. Vamos, hija, da la mano á Tomasito y entrégale tu fe como á marido tuyo.

ISAB. Padre mío!...

D. HEM. Y bien; padre mío...! Qué quieres decir con eso?

ISAB. Yo le pido á usted por favor que no precipite este casamiento. Dénos usted siquiera algún tiempo para tratarnos y para que nazca la inclinación necesaria á la felicidad del matrimonio.

TOM. Señorita, esa inclinación es ya jigante en mí, y no tengo necesidad de esperar más.

ISAB. Señor, si usted es... tan pronto, yo nó: y le aseguro que su mérito no ha hecho todavía una grande impresión en mi alma.

D. HEM. Bien, bien: lugar habrá para eso cuando estéis casados.

ISAB. Padre, por Dios, que me conceda usted algún tiempo! El matrimonio es una cadena á la cual no se deben someter violentamente los corazones; y si el señor es hombre de honor, no debe aceptar una esposa que sería suya por la fuerza.

TOM. «Nego consequentiam.» Yo puedo ser un hombre de honor y aceptar á usted de las manos de su padre.

ISAB. Mal medio es la violencia para darse á querer.

TOM. Señorita: leemos de los antiguos, que tenían la costumbre de sacar á la fuerza la doncella con quien se casaban de casa de sus padres, para que no se dijera que voluntariamente pasaban á los brazos de un hombre.

ISAB. Señor: los antiguos eran los antiguos, y nosotros somos las gentes de ahora. Las hazañerías no son necesarias en nuestro siglo, y cuando un casamiento es de nuestro gusto, sabemos ir por nuestro pié á efectuarlo sin que nos arrebaten. Tenga usted una poca de paciencia: si usted me ama, debe querer todo lo que yo quiero.

TOM. Sí, señorita, exceptuando los intereses de mi amor.

ISAB. Pero la mayor señal del amor es someterse á la voluntad del objeto amado.

TOM. «Distinguo,» señorita: en lo que no pertenezca á la posesión, «concedo;» en lo que le pertenezca, «nego.»

ANT. Usted no sacará partido. El señor acaba de salir fresquito de la Universidad, y le puede dar á usted quince y falta. Por qué se resiste usted tanto al honor de entrar en el gremio de la Facultad de Medicina?

D.ª CLAUD. Quizá tendrá alguna inclinacioncita...

ISAB. Si yo la tuviera, sería tal que me la podrían permitir la razón y la honestidad.

D. HEM. Por cierto que yo hago un gran papel en todo esto.

D.ª CLAUD. Hijo mio, si yo fuera que tú no la obligaría á casarse... Yo sabría lo que había de hacer.

ISAB. No ignoro, señora, lo que usted quiere decir, ni las bondades que tiene para conmigo; pero quizá sus consejos de usted no tendrán la felicidad de ser puestos en ejecución.

D.ª CLAUD. Sí; porque las hijas juiciosas y bien criadas como usted, se burlan de la obediencia y sumisión á la voluntad de los padres... Eso era bueno en otros tiempos.

ISAB. La obligación de una hija tiene sus límites, señora, y ni la ra-

zón ni las leyes la extiendcn á todos los casos.

D.ª CLAUD. Es decir, que usted piensa en casarse, pero quiere escoger el esposo á su gusto.

ISAB. Si mi padre no quiere darme un esposo que me agrade, á lo menos yo le suplicaré que no me entregue á uno que no pueda amar.

D. HEM. Señores, yo les pido á ustedes perdón de todo esto.

ISAB. Cada una lleva sus miras cuando se casa. Yo no quiero un esposo, sino para amarlo verdaderamente toda mi vida, y por eso tomo tantas precauciones. Algunas se casan sólo por salir de la estrechez en que las tienen sus padres y ponerse en estado de hacer su gusto en todo. Otras hay, señora, que convierten el matrimonio en un comercio de mero interés, que no se casan sino para ganar la dote y enriquecerse por la muerte de sus consortes. Éstas vuelan sin escrúpulo de marido en marido para apoderarse de sus despojos: semejantes mujeres tienen razón para no ser tan delicadas ni atender mucho á la persona.

D.ª CLAUD. Usted habla hoy mucho, señorita, y yo quisiera saber qué es lo que usted da á entender con eso.

ISAB. Yo, señora? Qué puedo dar á entender más de lo que digo?

D.ª CLAUD. Niña, es usted tan tonta que no hay fuerzas para sufrirla.

ISAB. Usted hace porque yo le responda alguna majadería; pero le advierto que no lo logrará.

D.ª CLAUD. Su insolencia de usted es sin igual.

ISAB. Se lo repito á usted: no conseguirá nada.

D.ª CLAUD. Usted tiene un orgullo ridículo, una presunción impertinente que hace reir á todos.

ISAB. Todo eso es inútil, señora: á pesar de usted, yo seré prudente: y para quitarle la esperanza de hacerme caer en sus lazos, voy á desaparecer de su presencia.

ESCENA VIII

DICHOS, *menos* ISABEL *y* ANTONIA.

D. HEM. *(Á Isabel al salir.)* Oyes? No hay medio: elige entre casarte con el señor dentro de cuatro días, ó un convento. No tengas cuidado *(á D.ª Claudia)*, yo la meteré en costura.

D.ª CLAUD. Niño, siento dejarte; pero tengo que salir con precisión: pronto daré la vuelta.

D. HEM. Adiós, mi alma! Vé en casa del notario para que despache aquel asunto.

D.ª CLAUD. Adiós, amiguito.

D. HEM. Adiós, mi vida.

ESCENA IX

DICHOS, *menos* D.ª CLAUDIA.

D. HEM. Vean ustedes aquí una mujer que me ama lo que no es creíble.

D. EST. Con su licencia de usted nos retiramos.

D. HEM. Háganme ustedes el favor de decirme antes qué tal estoy.

D. EST. *(Tomándole el pulso.)* Vamos, Tomás, toma la otra mano... Veamos si sabes formar un buen juicio de su pulso... «Quid dicis?»

TOM. «Dico» que el pulso del señor es el pulso de un hombre que no está sano.

D. EST. Bueno.

TOM. Que está duriúsculo, por no decir duro.

D. EST. Muy bien.

TOM. Recalcitrante.

D. EST. «Bené.»

TOM. Y un si es no es caprieante.

D. EST. «Optimé.»

TOM. Lo que indica una intemperie en el parénchyma splénico, es decir, en el bazo.

D. EST. Muy bien.

D. HEM. Nó; si el señor Purgón dice que lo que tengo dañado es la hiel.

D. EST. Bien; quien dice parénchyma, dice lo uno y lo otro, á causa de la extraordinaria simpatía que tienen entre sí por el vaso breve del píloro, y muchas veces por los meatos colídocos. Sin duda os habrá mandado que comáis muchos asados.

D. HEM. Nó señor; no más que los cocidos.

D. EST. Asados, cocidos, lo mismo tiene. Su régimen es muy bueno y muy prudente: usted no podía haber caído en mejores manos.

D. HEM. Señor, me quiere usted decir cuántos granos de sal se le deben echar á un huevo?

D. EST. Seis, ocho, diez, por los números pares; y en los medicamentos por los números impares.

D. HEM. Hasta la vista, señores.

ESCENA X

D. HEMETERIO, D.ª CLAUDIA.

D.ª CLAUD. Hijo mío, antes de salir vengo á darte una noticia muy importante. Al pasar por delante del cuarto de Isabel, vi con ella un joven que desapareció al divisarme.

D. HEM. Un joven con mi hija?

D.ª CLAUD. Sí; tu hija Luisita, que estaba con ellos, te podrá informar muy bien.

D. HEM. Envíamela aquí, hija, envíamela aquí. *(Solo.)* Ah insolente! Ya no me admiro de su resistencia!

ESCENA XI

D. HEMETERIO, LUISITA.

LUIS. Qué manda usted, papá?

D. HEM. Vaya, llega... Vuélvete... Mírame bien... eh?

LUIS. Qué, papá?

D. HEM. Vaya!

LUIS. Qué?

D. HEM. No tienes nada que decirme?

LUIS. Para divertir á usted le contaré, si usted quiere, el cuento de la hormiguita, ó la fábula del cuervo y la zorra, que ha pocos días que la aprendí.

D. HEM. Si no es eso.

LUIS. Pues qué?

D. HEM. Ah pícara! tú sabes muy bien lo que yo quiero.

LUIS. Papá, nó señor.

D. HEM. Así haces lo que te mando?

LUIS. Qué, papá?

D. HEM. No te he mandado que todo cuanto veas me lo vengas á decir al instante?

LUIS. Sí, papá.

D. HEM. Y lo has hecho?

LUIS. Sí señor: yo le he dicho á usted todo lo que he visto.

D. HEM. Y hoy... no has visto nada?

LUIS. Nó señor.

D. HEM. No?

LUIS. Nó, papá, nada.

D. HEM. Seguramente?

LUIS. Seguramente.

D. HEM. Bueno; yo te haré que veas algo.

LUIS. *(Viéndole tomar las disciplinas.)* Ay papá!

D. HEM. Hola, hola, embusteruela! Con que tú no me dices que has visto un hombre en el cuarto de tu hermana?

LUIS. *(Llorando.)* Papá!

D. HEM. Éstas te enseñarán á mentir.

LUIS. *(De rodillas.)* Ay papá, perdóneme usted! Si es porque mi hermana me dijo que no le dijera á usted nada; pero yo se lo contaré todo.

D. HEM. Primeramente llevarás porque me has mentido. Lo demás... nos veremos después.

LUIS. Perdón, papá!

D. HEM. Nó, nó.

LUIS. Ay, papaíto! Por Dios, que no me pegue usted!

D. HEM. Vamos, vamos.

LUIS. Ay papá, que me ha lastimado usted! Espere usted: yo estoy muerta. *(Se finge muerta.)*

D. HEM. Qué es esto? Luisita!... Luisita!... Ay Dios mío! Luisita... Hija mía!... Ay de mí, que se me ha muerto mi hija! Qué he hecho yo, miserable de mí? Malditas sean las disciplinas! Ay, pobrecita hijita mía, pobrecita Luisa!

LUIS. Vaya, papá, no llore usted tanto, que no me he muerto enteramente.

D. HEM. Miren la picaruela!... Vaya, yo te perdono por esta vez, con tal que me lo cuentes todo.

LUIS. Eso sí, papá.

D. HEM. Cuidado conmigo... porque yo tengo este dedo gordo, lo ves? que lo sabe todo, y me dirá si mientes.

LUIS. Pero, papá, no le diga usted á mi hermana que yo se lo he dicho á usted.

D. HEM. No se lo diré.

LUIS. *(Después de observar si la oyen.)* Pues, papá: estando yo en el cuarto de mi hermana, entró allí un hombre.

D. HEM. Y qué más?

LUIS. Yo le pregunté qué quería, y me dijo que era el maestro de música.

D. HEM. Ya, ya lo voy entendiendo *(aparte)*. Y bien...?

LUIS. Mi hermana llegó después.

D. HEM. Y qué?

LUIS. Le dijo: «Váyase usted, váyase usted, Dios mío! Váyase usted: usted me desespera!»

D. HEM. Y qué hizo?

LUIS. Él? Él no se quería ir.

D. HEM. Y qué le decía á ella?

LUIS. Le decía... yo no sé cuántas cosas.

D. HEM. Pero bien, qué le decía?

LUIS. Le decía... eso... que la quería mucho y que era la más bella de todo el mundo.

D. HEM. Y después?

LUIS. Y después se hincó de rodillas delante de ella.

D. HEM. Y después?

LUIS. Y después le besaba las manos.

D. HEM. Y después?

LUIS. Y después vino la madrastra, y él se escapó.

D. HEM. No ha habido más?

LUIS. Papá, nó señor.

D. HEM. Pues mi dedo refunfuña todavía algo. Veamos. *(Metiéndolo en el oído.)* Hola!... Sí?... Bien, bien. Mi dedo me ha dicho ciertas cosas que tú has visto y no me has querido decir.

LUIS. Papá, ese dedo gordo es un embustero.

D. HEM. Cuidado...!

LUIS. Nó, papá, no lo crea usted; mire usted que miente.

D. HEM. Bien, lo veremos. Anda vete, y cuenta con todo; anda. *(Solo.)* Ah! ya no hay hijos! Qué de negocios! No me dejan tiempo ni para pensar en mi enfermedad. Ya me faltan las fuerzas. *(Se echa en su silla.)*

ESCENA XII

D. HEMETERIO, D. PABLO.

D. PAB. Hermano, cómo va?

D. HEM. Ay hermano! muy mal.

D. PAB. Cómo muy mal?

D. HEM. Sí; tengo una debilidad tan grande que no es creíble.

D. PAB. Lo siento mucho; porque yo venía...

D. HEM. No tengo ni fuerzas para hablar.

D. PAB. Yo venía, hermano, á proponerte un casamiento para mi sobrina Isabel.

D. HEM. *(Con violencia y levantándose de la silla.)* No me hables de esa bribona, hermano mío. Es una pícara, una impertinente, una desvergonzada, y la he de meter en un convento antes de dos días. *(Vase.)*

D. PAB. Hola, esto está bueno! Me alegro de que mi visita le haya restituído las fuerzas. Sigámosle y sepamos la causa de tanto enojo contra su hija.



ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

D. HEMETERIO, D. PABLO, ANTONIA.

D. PAB. Vamos, hermano, yo tengo que hablarte.

D. HEM. Ten un poco de paciencia, Pablo, que ya vuelvo.

ANT. Espérese usted, señor: no se acuerda que no puede andar sin bastón?

D. HEM. Diees bien.

ESCENA II

D. PABLO, ANTONIA.

ANT. Por Dios, que no descuide usted los intereses de su sobrina.

D. PAB. Yo haré todos los esfuerzos posibles para que eonsiga lo que desea.

ANT. Es preeiso destruir este easamiento extravagante que se le ha metido en la ehola. Yo he imaginado que, introduciendo otro médieo que desaereditara al señor Purgón, se podría adelantar mueho. Pero eomo no tenemos de quién echar mano, he determinado haeer yo misma este papel.

D. PAB. Tú?

ANT. Es una loeura, bien lo veo; pero quizá nos saldrá bien. Usted no deje de atizar por su parte.—Ya vuelve nuestro hombre.

ESCENA III

D. HEMETERIO, D. PABLO.

D. PAB. Yo te suplico, hermano mío, ante todas cosas, que no se te enardezca el espíritu en nuestra conversación.

D. HEM. Concedido.

D. PAB. Que respondas sin agridez á las cosas que yo te diga.

D. HEM. Bien.

D. PAB. Y que hables sobre las materias de que vamos á tratar con el ánimo libre de toda pasión.

D. HEM. Oh Dios mío! Bien. Qué preámbulo!

D. PAB. De dónde procede, hermano mío, que teniendo tanto caudal y sólo una hija (porque ahora no cuento la pequeñita), de dónde procede, repito, que quieras ponerla en un convento?

D. HEM. Y de dónde procede, hermano mío, que sea yo el amo en mi casa para hacer lo que quiera?

D. PAB. Tu mujer no cesa de aconsejarte que separes de tí á tus hijas. Yo creo que sólo el espíritu de caridad la mueve á solicitar que sean dos buenas religiosas...

D. HEM. Anda, ya estamos con ella; ya salió la pobre de mi mujer. Ella tiene siempre la culpa de todo: no hay quien no le tire.

D. PAB. Nó, hermano, dejémosla. Es una mujer de las mejores intenciones para su familia, ajena de todo interés, que te ama prodigiosamente y tiene á tus hijos una bondad y un afecto inconcebibles. No hablemos de ella y volvamos á tu hija. Con qué fin se la das en matrimonio al hijo de un médico?

D. HEM. Con el fin de tener un yerno como yo lo necesito.

D. PAB. Pero ese no es el marido que le conviene á tu hija; mucho más, cuando se le presenta otro partido más ventajoso.

D. HEM. Sí; pero éste es más ventajoso para mí.

D. PAB. Pero el marido con que se va á casar, ha de ser para ella ó para tí?

D. HEM. Para ella y para mí: quiero tener en mi familia los sujetos de que necesito.

D. PAB. Según eso, si Luisita fuera mayor, se la darías á un boticario.

D. HEM. Y por qué no?

D. PAB. Es posible que siempre has de estar rodeado de médicos y boticarios, y has de querer estar malo, á despecho de los hombres y de la naturaleza?

D. Hem. Qué es lo que quieres decir con eso?

D. Pab. Quiero decir que no hay un hombre más sano que tú, y que yo desearía tener tu constitución. La mayor señal de que estás bueno y robusto es que, á pesar de cuanto has hecho, no has logrado arruinar tu complexión ni has reventado con tantos remedios como te han hecho tomar.

D. Hem. Pero sabes tú que esos remedios son los que me conservan, y que el señor Purgón me ha dicho, que si me abandona por tres días siquiera, soy hombre muerto infaliblemente?

D. Pab. Si te descuidas te asistirá tanto que te envíe al otro mundo.

ESCENA IV

DICHOS, OLIZCO *con una ayuda en la mano.*

D. Hem. Hermano, con tu licencia.

D. Pab. Qué vas á hacer?

D. Hem. Voy á tomar esta ayuda: esto se despacha pronto.

D. Pab. Con que tú no puedes estar un momento sin ayudas ó sin medicinas? Déjalo para otra ocasión y descansa ahora un poco.

D. Hem. Pues, señor Olizco, hasta la noche ó mañana por la mañana.

Oliz. *(Á D. Pablo.)* Y quién le mete á usted en oponerse á los preceptos de la Medicina é impedir que el señor don Hemeterio tome su ayuda? Habráse visto un atrevimiento más ridículo?

D. Pab. Vaya usted, amigo: se conoce que no está usted acostumbrado á hablarle á las gentes en su cara.

Oliz. Eso es burlarse de los remedios y hacerme perder el tiempo. Si he venido aquí, ha sido con una receta en forma. Yo le diré al señor Purgón cómo me han impedido ejercer sus órdenes y cumplir con mis funciones.—Usted verá, usted verá.

ESCENA V

D. PABLO, D. HEMETERIO.

D. Hem. Yo temo que por tu causa ha de haber aquí una desgracia.

D. Pab. Terrible desgracia la de no tomar una ayuda prescrita por el señor Purgón! Es posible que no has de sanar de la enfermedad de los médicos, y que quieres estar toda tu vida sepultado entre sus remedios?

D. HEM. Tú hablas como que estás bueno; pero si te hallaras en mi pellejo mudarías de lenguaje. Quien goza de perfecta salud no tiene dificultad en zaherir la Medicina.

D. PAB. Pero qué enfermedad es la tuya?

D. HEM. Tú me desesperas. Yo quisiera que tú la tuvieses, á ver si hablabas tanto.—Eh, ya está aquí el señor Purgón.

ESCENA VI

DICHOS, *el* SR. PURGÓN, ANTONIA.

PURG. Me acaban de dar noticias muy bellas: conque aquí se burlan de mis recetas y no quieren tomar los remedios que prescribo?

D. HEM. Señor, no fué...

PURG. Es muy grande atrevimiento! Una rebelión sin ejemplar de un enfermo contra su médico.

ANT. Eso es horrible.

PURG. Un clister que yo mismo había tenido la complacencia de componerlo...

D. HEM. Yo no fuí...

PURG. Inventado y formado según todas las reglas del arte...

ANT. Ha hecho un desatino.

PURG. Y que debía hacer un efecto maravilloso en las entrañas.

D. HEM. *(Señalando á su hermano.)* Si fué éste...

PURG. Es una acción exorbitante.

ANT. Cierto.

PURG. Un atentado enorme contra la Medicina.

D. HEM. Éste tiene la culpa.

PURG. Un crimen de lesa facultad, que es imposible castigar con el rigor debido.

ANT. Usted tiene razón.

PURG. Le declaro á usted que no lo volveré á ver.

D. HEM. Si es mi hermano...

PURG. Que no quiero su parentesco.

ANT. Usted hará bien.

PURG. Y para romper enteramente, hé aquí la donación que hacía á mi sobrino en favor del casamiento.

D. HEM. Si es mi hermano quien ha hecho todo el daño.

PURG. Despreciar mi clister!

D. HEM. Haga usted que lo traigan, y verá cómo lo tomo al instante.

PURG. Dentro de poco hubiera sacado á usted de la enfermedad.

ANT. No lo merece.

PURG. Yo iba á limpiarle ese cuerpo y á evacuarle todos los malos humores.

D. HEM. Ah hermano!

PURG. Y ya no faltaba más que una docena de medicamentos para vaciar el saco.

ANT. No merece que usted lo asista.

PURG. Pero ya que usted no ha querido recibir la salud de mis manos...

D. HEM. Si no he tenido yo la culpa.

PURG. Ya que usted se ha substraído á la obediencia que debe á su médico...

ANT. Oh! Eso clama al cielo.

PURG. Ya que usted se ha declarado rebelde á los remedios que yo le receto...

D. HEM. Nada de eso, señor.

PURG. Le digo á usted que lo abandono á la malicia de su complexión, á la intemperie de sus entrañas, á la corrupción de su sangre, á la acritud de su bilis, á la feculencia de sus humores...

ANT. Muy bien hecho.

D. HEM. Ay Dios mío!

PURG. Y dentro de cuatro días llegará usted al grado de incurable.

D. HEM. Misericordia!

PURG. Y caerá usted en la bradipepsia.

D. HEM. Señor Purgón...

PURG. De la bradipepsia en la dispepsia.

D. HEM. Señor Purgón...

PURG. De la dispepsia en la apepsia.

D. HEM. Señor Purgón...

PURG. De la apepsia en la lientería.

D. HEM. Señor Purgón...

PURG. De la lientería en la disentería.

D. HEM. Señor Purgón...

PURG. De la disentería en la hidropesía.

D. HEM. Señor Purgón...

PURG. De la hidropesía en la privación de la vida, á que lo habrá llevado su tontería.

ESCENA VII

D. HEMETERIO, D. PABLO.

D. Hem. Ay Dios mío! yo soy muerto! Hermano, tú me has perdido!

D. Pab. Pues qué hay?

D. Hem. Ya no puedo más! Ya siento que la Medicina se venga.

D. Pab. Hermano, por vida mía que estás loco. Por cuanto hay en el mundo no quisiera que te vieran hacer lo que haces.

D. Hem. Pues no oyes las horrendas enfermedades que me amenazan?

D. Pab. Qué simple eres!

D. Hem. Y que dentro de cuatro días estaré ya incurable?

D. Pab. Y que él lo diga qué importa? Es algún oráculo? No parece sino que el señor Purgón tiene en su mano el hilo de tu vida, y que por su autoridad soberana lo alarga ó lo acorta á su placer. El principio de tu vida está dentro de tí mismo: y la indignación del señor Purgón es tan ineficaz para hacer que mueras, como lo son sus remedios para hacer que vivas. Este lance es muy á propósito para que salgas de médicos; ó si no puedes vivir sin ellos, á lo menos busca uno con quien no corras tanto riesgo.

D. Hem. Ay hermano! que él conocía muy bien mi temperamento y el régimen que debo seguir!

D. Pab. Ciertamente que tus manías son raras.

ESCENA VIII

D. HEMETERIO, D. PABLO, ANTONIA.

Ant. Señor, ahí está un médico que quiere ver á usted.

D. Hem. Qué médico es?

Ant. Un médico de la Medicina.

D. Hem. Lo que te pregunto es quién es.

Ant. Yo no lo conozco; pero se parece á mí como un huevo á otro huevo. Si yo no supiera que mi madre fué una mujer muy honrada, diría que era algún hermanito que me había dado después de la muerte de mi padre.

D. Hem. Que éntre.

ESCENA IX

D. HEMETERIO, D. PABLO.

D. Pab. Tú tienes fortuna: un médico te deja y otro se te presenta.

D. Hem. Yo me temo que tú has sido causa de un gran daño.

D. Pab. Todavía vuelves á eso?

D. Hem. Mira, yo tengo sobre mi corazón todas aquellas enfermedades que me dijo y que yo no conozco: aquellas...

ESCENA X

DICHOS, ANTONIA *disfrazada de médico.*

Ant. Señor, permítame usted que le visite y le ofrezca mis servicios para todas las sangrías y purgas que le sean necesarias.

D. Hem. Muchas gracias, señor. *(Á D. Pablo.)* Por vida mía que ésta es Antonia.

Ant. Perdone usted por un momento: se me había olvidado un encargo que voy á hacer á mi criado. Vuelvo al instante.

ESCENA XI

D. HEMETERIO, D. PABLO.

D. Hem. Vaya, no dirías qùe es la misma Antonia?

D. Pab. Es verdad que se parecen muchísimo: pero no es ésta la primera vez que se observan semejantes fenómenos: la historia está llena de ejemplares de estas travesuras de la naturaleza.

D. Hem. Yo por mí estoy admirado, y...

ESCENA XII

DICHOS, ANTONIA.

Ant. Qué manda usted, señor?

D. Hem. Cómo!

ANT. No me llamaba usted?

D. HEM. Yo nó.

ANT. Pues señor, me han retumbado los oídos.

D. HEM. Espérate aquí, verás cómo se te parece el médico.

ANT. Yo lo he visto ya y tengo mucho que hacer.

ESCENA XIII

D. HEMETERIO, D. PABLO.

D. HEM. Si no los viera á entrambos creería que eran uno solo.

D. PAB. Yo he leído cosas admirables en ese género de semejanzas: y en nuestros días las hemos visto tales que todos se equivocaban.

D. HEM. Yo seguramente me hubiera engañado también en ésta.

ESCENA XIV

DICHOS, ANTONIA, *de médico.*

ANT. Señor, le suplico á usted que me perdone.

D. HEM. *(Bajo á D. Pablo.)* Esto es admirable.

ANT. Usted no llevará á mal la curiosidad que he tenido de ver un enfermo tan famoso, y su reputación, que se extiende por todas partes, disculpará la licencia que me he tomado.

D. HEM. Señor, estoy para servir á usted.

ANT. Por qué me mira usted de hito en hito, señor don Hemeterio?

D. HEM. Yo creo que usted tendrá, cuando más, veintiséis ó veintisiete años.

ANT. Ja, ja, ja! Yo tengo ochenta años.

D. HEM. Ochenta?

ANT. Sí señor: mi frescura y vigor es efecto de los secretos de mi arte.

D. HEM. Por vida mía que es usted un bello joven viejo para tener ochenta años.

ANT. Yo soy médico ambulante que voy de ciudad en ciudad, de provincia en provincia, de reino en reino buscando casos célebres en que emplear mi capacidad y ejercer los prodigiosos secretos que he descubierto en la Medicina. Yo me desdeño de entretenerme con esas menudencias de las enfermedades ordi-



narias, con esas bagatelas de reumatismos, fluxioues, calenturillas, flatos y jaquecas. Yo quiero enfermedades de importancia, buenos calenturoncs continuos con transportes al cerebro, buenas fiebres de erupción, buenas pestes, buenas hidropesías formadas, buenas pleuresias con inflamaciones de pecho... Esto, esto es lo que me gusta: allí es donde yo triunfo: y yo quisiera, señor don Hemeterio, que usted tuviera todas las enfermedades que he dicho y estuviera abandonado de todos los médicos, desesperado y en la agonía, para que usted conociera la excelencia de mis remedios y el deseo que tengo de servirle.

D. HEM. Señor mío, yo agradczco el favor de usted.

ANT. Venga el pulso. Vamos, que se bata como debe. Ah! yo lo obligaré á usted á andar bien. Bueno! este pulso se hace retrechero: usted no me conoce todavía... Quién es su médico de usted?

D. HEM. El señor Purgón.

ANT. Ese hombre no está en mi libro de los grandes médicos... Y de qué dice que está usted malo?

D. HEM. Dice que de la hiel, y otros que del bazo.

ANT. Todos son unos ignorantes. Usted está malo del pulmón.

D. HEM. Del pulmón?

ANT. Sí. Qué es lo que usted siente?

D. HEM. Yo siento de tiempo en tiempo dolores de cabeza.

ANT. Precisamente, el pulmón.

D. HEM. Á veces me parece que tengo un velo delante de los ojos.

ANT. El pulmón.

D. HEM. Á ratos tengo fatigas en el corazón.

ANT. El pulmón.

D. HEM. Otras veces siento molido todo mi cuerpo.

ANT. El pulmón.

D. HEM. Otras, dolores de vientre como si fuera un cólico.

ANT. El pulmón. Usted come con apetito?

D. HEM. Sí señor.

ANT. El pulmón. Á usted le gusta beber un traguito de vino?

D. HEM. Sí señor.

ANT. El pulmón. Después de comer, no siente usted gana de dormir, y duerme con placer?

D. HEM. Sí señor.

ANT. El pulmón, el pulmón; no se lo digo á usted? Qué le manda el médico para su alimento?

D. HEM. Potajes...

ANT. Ignorante!

D. Hem. Aves...

Ant. Ignorante!

D. Hem. Ternera...

Ant. Ignorante!

D. Hem. Caldos...

Ant. Ignorante!

D. Hem. Huevos frescos...

Ant. Ignorante!

D. Hem. Y á la noche ciruelas para aflojar el vientre.

Ant. «Ignorantus, ignoranta, ignorantum.» Usted debe beber vino puro; y para espesar su sangre, que es muy sutil, comerá vaca ya grande, buen tocino, buen queso de Flandes, arroz, maíz, nabos y obleas para pegar y conglutinar. Su médico de usted es un borrico: yo quiero enviarle uno de mi satisfacción, y vendré á verlo de cuando en cuando mientras permanezca en esta ciudad.

D. Hem. Usted me hará mucho favor en eso.

Ant. Qué hace usted ahí con ese brazo?

D. Hem. Cómo?

Ant. Si yo fuera que usted me lo cortaría al instante.

D. Hem. Y por qué?

Ant. No ve usted que atrae á sí todo el alimento y no le deja nada á ese lado del cuerpo?

D. Hem. Ya! pero si yo tengo necesidad de mi brazo.

Ant. También me sacaría ese ojo derecho, si yo fuera usted.

D. Hem. Sacarme un ojo!

Ant. No ve usted que incomoda al otro y le quita el alimento? Sáquese usted ese ojo cuanto antes, y verá más claro con el izquierdo.

D. Hem. Eso no me urge.

Ant. Adiós. Siento dejar á usted tan pronto; pero tengo que ir á una gran consulta que se va á celebrar para un hombre que murió ayer.

D. Hem. Que murió ayer?

Ant. Sí; para ver y examinar lo que se debió haber hecho para sanarlo. Hasta otra vez.

D. Hem. Usted sabe que los enfermos no salen á despedir.

ESCENA XV

D. HEMETERIO, D. PABLO.

D. PAB. Este médico parece muy hábil.

D. HEM. Sí, pero va muy ligero.

D. PAB. Todos los grandes médicos proceden así.

D. HEM. Cortarme un brazo y sacarme un ojo para que el otro esté mejor! Más bien quicro que no esté tan bueno. Por cierto que es una bella operación dejarme tuerto y manco.

ESCENA XVI

DICHOS, ANTONIA.

ANT. *(Fingiendo hablar á uno que está dentro.)* Vamos, vamos; yo beso á usted las manos. Ahora no tengo gana de reirme.

D. HEM. Qué es eso?

ANT. Su médico de usted que quería tomarme el pulso.

D. HEM. Vea usted! y á la edad de ochenta años!

D. PAB. Ahora, pues, hermano, ya que estás reñido con el señor Purgón, quieres que te hable del partido que se presenta para mi sobrina?

D. HEM. Nó, hermano. La he de poner en un convento, porque se opuso á mi voluntad. Yo sé que en csto hay algunos amoríos... Yo estoy informado...

D. PAB. Y por qué te has de ofender de una inclinación virtuosa que se dirige al matrimonio?

D. HEM. Sca como fuere, será monja: lo he resuelto ya.

D. PAB. Tú quieres complacer á cierto sujeto...

D. HEM. Ya te entiendo... mi mujer... ya vuelves á la canción.

D. PAB. Pues bien, hermano: ya que te he de hablar sin rebozo, tu mujer es; y yo no puedo sufrir ni tu manía por la Medicina ni tu manía por ella, ni la facilidad con que caes en todos los lazos que te pone.

ANT. Calle usted, señor: no hable usted de la señora: cs una mujer de la cual no hay nada que decir; una mujer sin artificio, que ama muchísimo á su marido; que lo ama... oh! eso no se puede explicar.

D. HEM. Pregúntale tú las caricias que me hace.

ANT. Cierto.

D. HEM. La inquietud que le causa mi enfermedad.

ANT. Seguramente.

D. HEM. Con cuántos afanes y cuidados me asiste.

ANT. Verdad. Quiere usted que yo lo convenza y le haga ver cuánto quiere el ama á su esposo? *(Á D. Hemeterio.)* Señor, permita usted que yo le manifieste lo engañado que está.

D. HEM. Cómo?

ANT. La señora tiene que venir aquí. Tiéndase usted á la larga en su silla y fínjase muerto. Usted verá el dolor que tendrá cuando yo le dé la noticia.

D. HEM. Bueno; me gusta.

ANT. Pero no la deje usted penar por mucho tiempo, porque se moriría de quebranto.

D. HEM. Quedo en eso mismo.

ANT. *(Á D. Pablo.)* Usted ocúltese en ese rincón.

ESCENA XVII

D. HEMETERIO, ANTONIA.

D. HEM. Oye: me podrá hacer daño el fingirme muerto?

ANT. Eh, qué daño ha de hacer eso? Basta con que usted se tienda. Qué placer tendremos en confundir á su hermano de usted! La señora viene. Cuidado.

ESCENA XVIII

DICHOS, D.ª CLAUDIA

ANT. Ay Dios mío! qué desgracia! qué accidente!

D.ª CLAUD. Que es eso, Antonia?

ANT. Ay señora!

D.ª CLAUD. Qué ha sucedido?

ANT. Su marido de usted ha muerto!

D.ª CLAUD. Mi marido ha muerto?

ANT. Ay! sí señora. El pobre muerto está difunto.

D.ª CLAUD. Seguramente?

ANT. Seguramente. Nadie lo sabe todavía, porque yo me encontré aquí sola y espiró entre mis brazos. Mírelo usted ahí tendido en su silla.

D.ª CLAUD. Bendito sea Dios que estoy libre de una carga tan pesada! Qué tonta eres, Antonia, en afligirte por su muerte!

ANT. Yo pensaba, señora, que debía llorar.

D.ª CLAUD. Bah, bah! no vale la pena. Qué se pierde en él? de qué servía? Un hombre que incomodaba á todo el mundo, sucio, siempre con medicinas y lavativas, bestia, enfadoso, de mal humor, fatigando sin cesar á todos, y gruñendo noche y día con los criados y las criadas...

ANT. Pues es muy linda la oración fúnebre.

D.ª CLAUD. Antonia, es menester que me ayudes á ejecutar mi designio, y no lo perderás. Pues que felizmente nadie lo sabe todavía, llevémoslo á la cama y no descubramos su muerte hasta que yo haya hecho mi negocio. Hay dinero y papeles que quiero recoger; pues no es razón que haya pasado inútilmente al lado de este majadero mis más floridos años. Vamos, Antonia: antes de todo quitémosle las llaves.

D. HEM. Aspacito.

D.ª CLAUD. Ay!

D. HEM. Ah señora mujer! es así como usted me ama?

ANT. Ay, ay! el difunto no está muerto.

D. HEM. Me alegro de conocer el cariño de usted y de haber oído el hermoso panegírico que me ha hecho. Éste ha sido un aviso al lector, que me servirá grandemente y me impedirá el hacer muchos disparates.

ESCENA XIX

D. PABLO, D. HEMETERIO, ANTONIA.

D. PAB. Conque, hermano, ya lo ves.

ANT. Por vida mía que no lo hubiera creído. Pero la señorita viene. Póngase usted como estaba, veremos qué tal recibe la noticia de haber muerto su padre. Nunca es malo hacer esta prueba. Ya usted sabe hacer el muerto y puede conocer cuáles son los sentimientos de su familia respecto á su persona.

ESCENA XX

D. HEMETERIO, ANTONIA, ISABEL.

ANT. Ay Dios! qué acontecimiento tan infeliz! qué día tan desgraciado!

ISAB. Por qué lloras, Antonia?

ANT. Ay! qué triste noticia tengo que dar á usted!

ISAB. Y cuál es?

ANT. Su padre de usted ha muerto.

ISAB. Mi padre ha muerto! qué dices?

ANT. Sí; mírelo usted: acaba de espirar de un accidente.

ISAB. Ay Dios! qué desgracia tan cruel! He perdido á mi padre; la única cosa que me quedaba en este mundo; y para aumentar mi infortunio lo he perdido cuando estaba irritado contra mí. ¿Qué va á ser de mí, desventurada? ¿dónde hallaré consuelo á tanta pérdida?

ESCENA XXI

DICHOS, D. CARLOS

CARL. Qué tiene usted, bella Isabel? qué desgracia es la que llora usted?

ISAB. Lloro la pérdida de lo más amado y precioso que tenía: lloro la muerte de mi padre.

CARL. Oh Dios! qué accidente tan imprevisto! Yo venía á presentarme después de la petición que rogué á vuestro tio que hiciera en mi favor y á conseguir con mi sumisión y mis súplicas que accediera á mi solicitud.

ISAB. Ay Carlos! no hablemos ya de eso. Habiendo perdido á mi padre renuncio al mundo para siempre. Sí, padre mío! Si resistí á tu voluntad, quiero á lo menos seguir en parte tus intenciones y resarcir de este modo el sentimiento que me acuso de haberte dado. Permite, padre mío, que te dé palabra de cumplirlo y que te abrace en prueba de mi determinación.

D. HEM. Ay hija mía!

ISAB. Ay!

D. HEM. Ven, no tengas miedo, que vivo estoy! Tú eres mi verdadera

sangre, mi verdadera hija, y estoy loco de contento al ver la bondad de tu corazón.

ESCENA XXII

DICHOS, D. PABLO.

ISAB. — Ah, qué sorpresa tan agradable! Padre mío, pues el Cielo lo restituye á usted á mis votos, permítame usted que le ruegue una cosa. Si usted se opone á los deseos de mi corazón, si usted no quiere que Carlos sea mi esposo, á lo menos no me obligue á casarme con otro. Esta es la gracia que le pido á usted.

CARL. — Señor, muévase usted á sus súplicas y á las mías, y no se muestre contrario á una inclinación tan pura y recíproca.

D. PAB. — Hermano, resistes todavía?

ANT. — Señor, será usted inexorable á tanto amor?

D. HEM. — Que se reciba de médico y consiento en que se casen.—Sí, hágase usted médico y le doy mi hija.

CARL. — Señor, con mucho gusto. Seré médico, boticario, si usted quiere. Qué no haré yo para obtener á la bella Isabel?

D. HEM. — Pues si usted se resuelve á ello, ya es usted mi hijo. Hermano, entiende tú en los preparativos de las bodas: bien ves que un enfermo no está para esos cuidados. Voy á reposar un rato, porque mi cabeza está aturdida con tanto hablar... Entiende usted? Médico, y si nó no hay boda.

CARL. — Se lo prometo á usted á fe de hombre de honor.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, *menos* D. HEMETERIO.

ISAB. — Pero Carlos, qué palabra has dado? Ponerte ahora á estudiar la Medicina?

CARL. — Pierde todo cuidado, Isabel mía. Yo sé lo bastante para curar la enfermedad de tu padre. Yo te amaré tanto, yo te haré tan feliz, estaremos siempre á su vista tan contentos y tan alegres, que el espectáculo de nuestra felicidad disipará las nieblas de su enfermiza imaginación, y de este modo vendré á ser su médico sin récipes ni aforismos.

ANT. Y la cura se completará cuando usted le haya recetado un nietecito como un oro, bello como su madre...

ISAB. Calla, loca, no digas disparates.

D. PAB. Vivid felices, sobrinos míos! La principal furia que lo atormentaba ha perdido ya su funesta influencia. Convencido de las perfidias de su mujer y reconciliado con su hija, espero que no tardará mucho en desconfiar de sus manías y en conocer que toda su enfermedad ha sido solamente de aprehensión.

FIN.

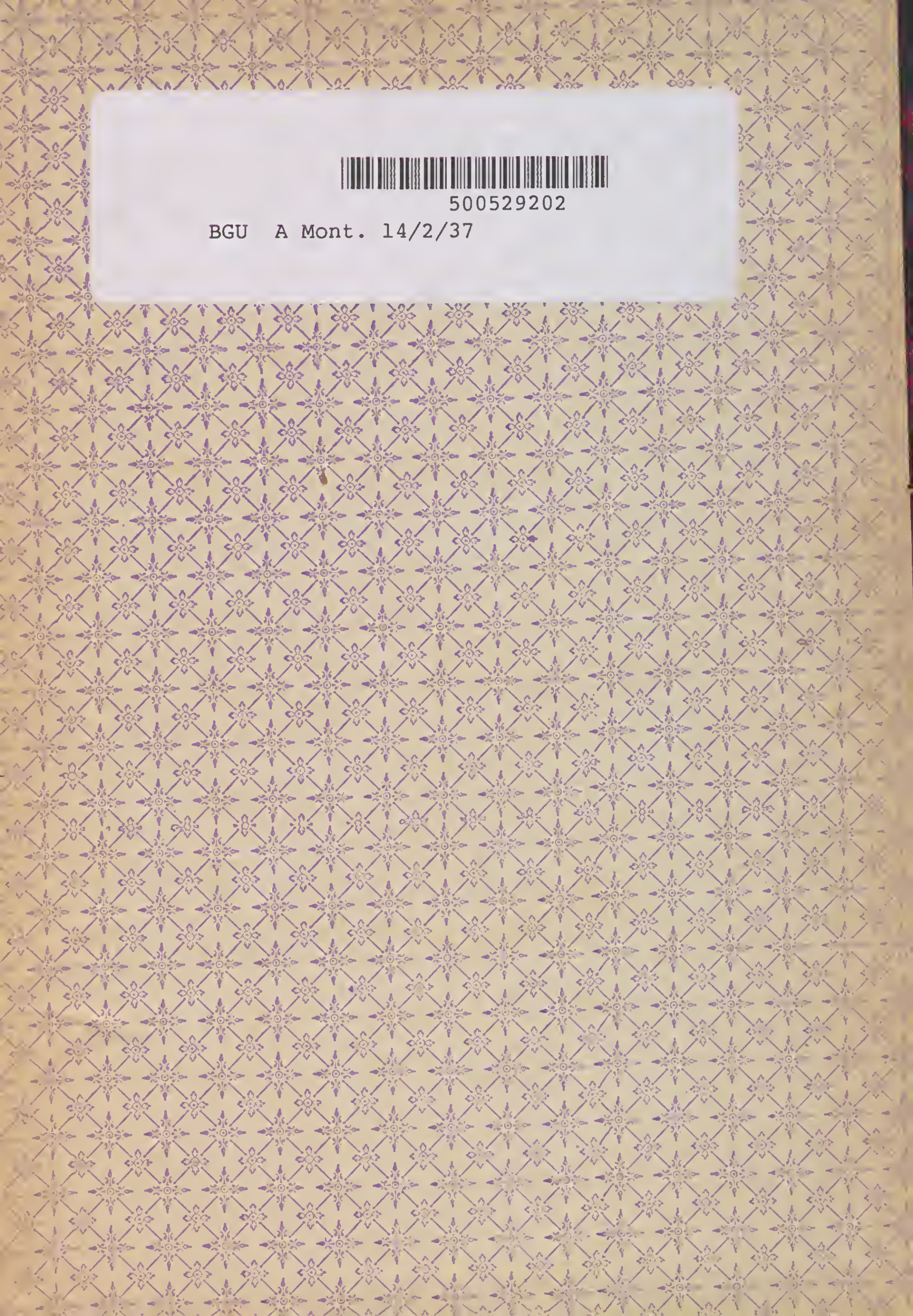


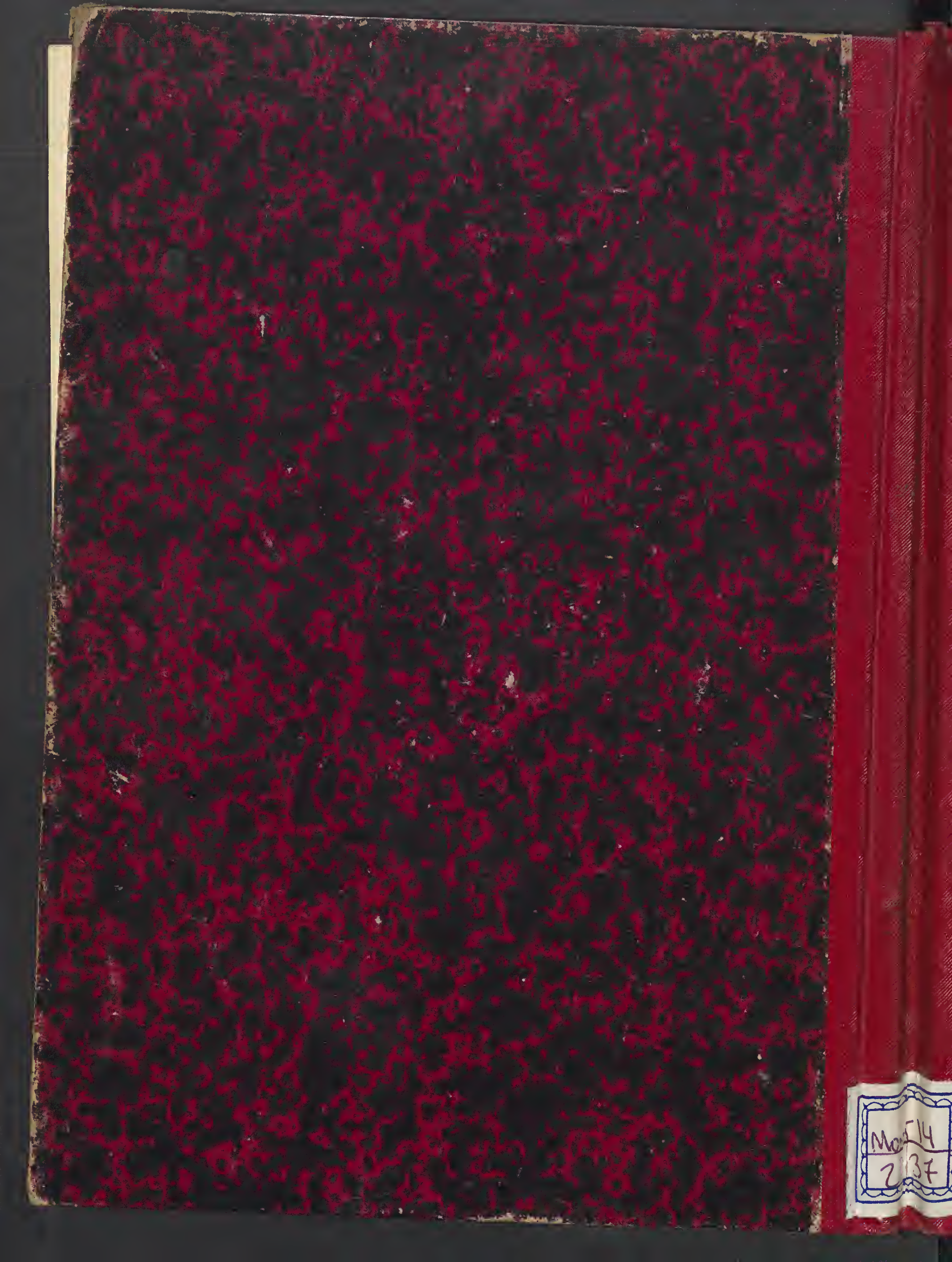
ACABÓSE DE IMPRIMIR
este Opúsculo en la M. N. ciudad de Sevilla,
en la Oficina de E. Rasco, en 20 días
del mes de Abril del año de
N. S. Jesucristo de
1891.
LAUS DEO.










Mc 14
2137